DOMINGO ALBERTO RANGEL

¡Qué molleja de huelga!

La huelga petrolera de 1936-1937



COLECCIÓN CRIATURAS DE PETRÓLEO NARRATIVA

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN
CRIATURAS DE PETRÓLEO

Desde los primeros destellos del siglo XX, la identidad venezolana se edificó no solo sobre su pasado épico, sino sobre lo que Rodolfo Quintero bautizó como «La cultura del petróleo».

Más allá de la deriva económica, la narrativa, el ensayo, la poesía y la dramaturgia han sido los verdaderos laboratorios donde esa metamorfosis social pasó de ser un dato para convertirse en una encrucijada disruptiva y política: una manera singular de pensar, sentir e imaginar a Venezuela.

Criaturas de petróleo congrega voces consagradas y miradas contemporáneas en un espacio de resonancia común. A través de distintos géneros, esta colección no busca simplemente compilar títulos, sino poner en diálogo las obsesiones, las grietas y las ficciones de un país modelado por el eterno sueño de la riqueza sin esfuerzo.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

DOMINGO ALBERTO RANGEL

¡Qué molleja de huelga!

La huelga petrolera de 1936-1937



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



1.ª edición en el Vicerrectorado Académico, LUZ, 2007
2.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

¡Qué molleja de huelga! La huelga petrolera de 1936-1937
© Domingo Alberto Rangel

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, El Silencio,
Caracas, Venezuela, 1010.
Teléfonos (+0058 212) 4828989
www.monteavila.gob.ve

Diseño de portada y diagramación
Mónica Piscitelli

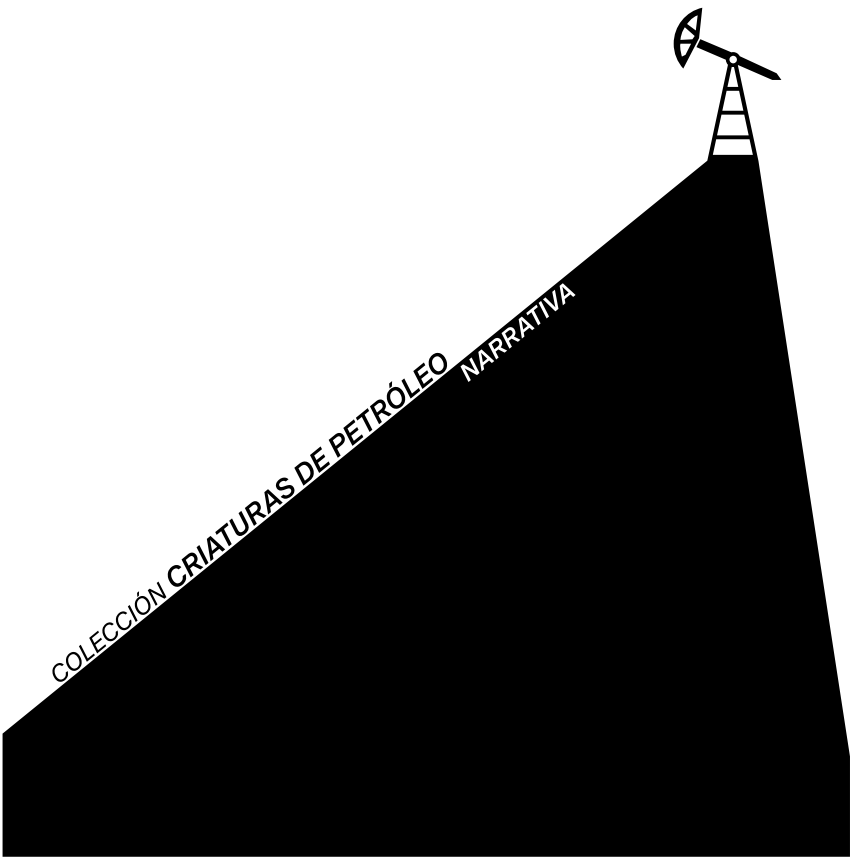
ISBN: 978-980-01-2689-9
Hecho el Depósito de Ley:
Depósito legal: DC2026001625

Caracas, Venezuela, 2026
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

DOMINGO ALBERTO RANGEL

¡Qué molleja de huelga!

La huelga petrolera de 1936-1937



NOTA EDITORIAL

¡Qué molleja de huelga! (*La huelga petrolera de 1936-1937)* fue publicada por primera y única vez por el Vicerrectorado Acadé-mico de la Universidad del Zulia, en el año 2007. De ahí que haya sido esta nuestra fuente para la presente edición.

La tarea de editar conlleva la unificación de criterios relacionados con pautas de estilo. En este caso, hemos diferenciado los diálogos y demarcado los pensamientos de los personajes que en esa primera impresión no se habían aplicado en los textos que lo requerían.

También corregimos las erratas evidentes y actualizamos la ortografía siguiendo las normas actuales.

PRÓLOGO

La gesta de los invisibles

> «Las batallas inauditas, las pruebas inesperadas de fuerza,
> exigen siempre un actor colectivo que de repente
> decida salir de la rutina para entrar a la epopeya».
> D. A. R.

Cuando entramos a la primera página de ¡*Qué molleja de huelga*! —texto que va de las pinceladas novelescas al ensayo histórico—, asistimos a una escena de wéstern. Un viajante, maletín en mano, pone los pies en un camino de tierra bajo un sol de canícula. El gocho Higinio, personaje que pudiera surcar las páginas como si de un hilo roto se tratase, llega como nosotros, un tanto desorientado, al edificio Las Laras en Maracaibo, frente a la aún polvorienta avenida 5 de Julio. Se presenta, seguramente recomendado, a trabajar de *office boy*, sin experiencia pero con ganas de aprender.

De vendedor de mandocas en sus tiempos libres a mensajero y mandadero, Contreras se desliza como una suerte de foco fisgón que nos revela los entresijos de una madeja que se va urdiendo y que amenaza, nada más y nada menos, que la estabilidad de la industria petrolera y, más allá, la paz mundial. Asoma Rangel el planteamiento de que parar el petróleo que movía

al imperialismo anglosajón le daría oportunidades al fascismo de avanzar sobre Europa y Rusia; de modo que, convenientemente, Moscú intervino para evitar que las fuerzas estadounidenses se vieran disminuidas frente al enemigo común. Desplegando esa vena mordaz propia de un Venenito Araujo, Domingo Alberto Rangel se queja e ironiza en el pasaje más sardónico del libro:

> —Comuníquele a nuestra Embajada en Washington —diría Stalin— la conveniencia de solicitarle una audiencia a Cordell Hull o a Sumner Welles, y les notifica que nosotros no auspiciamos huelgas en instalaciones como las de ese país de América Latina. ¿Cómo se llama? ¿Venezuela? Ah, sí, Venezuela, porque la derrota de Hitler hoy tiene para nosotros más importancia que la revolución mundial.

Crónica histórica con perfil sociológico y ficción/testimonio, ¡*Qué molleja de huelga*¡ nos revela que, en lo relativo al petróleo, hay una constante: una rabia sorda sobre condiciones sociales, económicas y culturales que nos afectan de manera estructural, derivadas de la explotación de una riqueza que, en definitiva, no parece nuestra. Conflicto soterrado que incluso hizo variar el registro de un Udón Pérez —mencionado en la obra como condenado al olvido—, ignorando que en *Oro rojo* (1926), es decir, ¡diez años antes de la huelga!, el poeta ya exclamaba:

> ¿I no romperás esos yugos?
> ¿Por siempre irá el pulpo, entre el lodo,
> tus fibras, tus nervios, tu sangre, tus jugos…
> sorbiéndote todo?

> ¿En dónde la mano pujante
> que corte la soga que cuelga
> sangrando tu cuello? ¿Dónde el olifante
> que anuncie a la Huelga?...

Zulia es definida por Rangel como «garita del petróleo» y Caracas como «caracol de influencias»; pero, en lo que al asunto petrolero respecta, «la huelga va a repercutir más, mucho más, en Trafalgar Square que en la esquina de Las Gradillas».

En ¡*Qué molleja de huelga*¡ vemos representado de algún modo lo que Rangel explicaría con detalle en *El proceso del capitalismo venezolano* (1968):

> El petróleo será, en un modelo económico distinto, hallazgo y necesidad del capitalismo monopolista transformado totalmente en imperialismo. Su oferta estará monopolizada y su demanda será intervenida siempre por el aparato comercial y propagandístico de los grandes consorcios.

En obras como *Los andinos en el poder* (1964) o *Gómez, el amo del poder* (1975), el autor analizó cómo las dictaduras del siglo XX (especialmente el gomecismo) sirvieron como garantistas de las concesiones a las compañías petroleras internacionales (verbigracia, la Standard Oil y la Royal Dutch Shell). Es aquí cuando N. O. Watson, perro guardián de la Shell y gerente general norteamericano-mexicano de la trasnacional, deviene estratega pragmático, precavido y obsesivo que prevé la agitación social tras la muerte de Gómez y actúa como sabueso y catalizador del espionaje corporativo. Watson organiza la represión preventiva confeccionando en su cartapacio de piel de becerro un *dossier* secreto sobre los líderes del movimiento:

Valmore Rodríguez, Isidro Vallés, Felipe Hernández, Olga Luzardo y María Teresa Contreras, la llamada «pentarquía». La insistencia en esa piel de becerro no es fortuita: remite de inmediato a la Venezuela pretérita, a la nación feudal, pecuaria y latifundista del gomecismo. Resulta profundamente irónico y revelador que la ultramoderna contrainteligencia de una transnacional anglosajona utilice la piel de un animal —materia prima del mundo agrario y arcaico— para clasificar, vigilar y disciplinar a la naciente clase obrera industrial. Es la metáfora perfecta del gomecismo moribundo prestando su cuero y su estructura arcaica para proteger el engranaje del capital internacional; un expediente que avizora los procedimientos de persecución sigilosa sobre las vidas de quienes amenazaban los intereses imperiales, valiéndose de cualquier infidencia que rezumara de resquicios e indicios.

Domingo Alberto Rangel ilustra cómo la penetración del capital transnacional estadounidense y británico reconfiguró de raíz la estructura de clases, el Estado y la dinámica social del país. Las relaciones de poder ya no pasan por el centro político nacional, sino que se tienden, de punta a punta, desde los pozos de la provincia hasta los centros de decisión en Londres y Washington. En esa provincia convulsa, los campos de césped de las compañías irrumpen como lamparones de primer mundo en medio de terronales sin fin, con la presencia *in situ* de los imperios inglés y norteamericano contemplando, desde una altura recelosa y distante, el movimiento de una masa obrera indistinta. Sin embargo, a pesar de semejante prepotencia, y tensionados entre el desgarramiento de la desigualdad y las directrices doctrinarias que intervenían a veinte mil kilómetros de distancia, aquellos hombres y mujeres cocinaron un movimiento que paradójicamente detuvo la poderosa industria que movía los engranajes del capitalismo mundial. Asombra, dice

Rangel, «el ánimo de lucha y la capacidad de improvisación demostrada por aquellos proletarios de temprano despertar».

Sin un verdadero tratamiento de personajes, los nombres y sus roles funcionan como arquetipos con el repujado perfil que la historia les dotó, como cuando Valmore Rodríguez o la casi adolescente Olga Luzardo aparecen responsables de acciones que marcarían el devenir de la Venezuela contemporánea. Recordemos que Valmore Rodríguez formaría parte del grupo Seremos, de tendencia vanguardista en lo literario, pero, como en este caso, político-conspirativo contra el régimen gomecista y contra las estructuras represivas que dejó enquistadas la dictadura, las cuales seguirían sirviendo a los mismos intereses e infundiendo terror.

De lo que se trataba entonces era de «liquidar el gomecismo con furia de tempestad para execrarlo y expulsarlo de la vida nacional, o aceptarlo como maldición bíblica y convivir con él en callada resignación». No obstante, la Internacional Comunista allá y el Bloque Nacional Democrático aquí –esa unidad circunstancial entre socialistas y comunistas– lograrían «convertir para diciembre en adictos a la legalidad a quienes, tres o cuatro meses antes, eran insomnes insurrectos». ¿Qué saldo arrojaría esta enorme experiencia y qué deja deslizar Domingo Alberto Rangel? Una insospechada capacidad de organización popular cuyo liderazgo no logra capitalizar ni llevar a puerto, arrastrando al mundo de la conciliación la fuerza insólita de una población consciente y decidida a cambiar el orden inveterado de las cosas.

Si bien no podemos hablar estrictamente de una novela de tesis, encontramos una historia que responde a una intención analítica: el autor va dirigiendo la

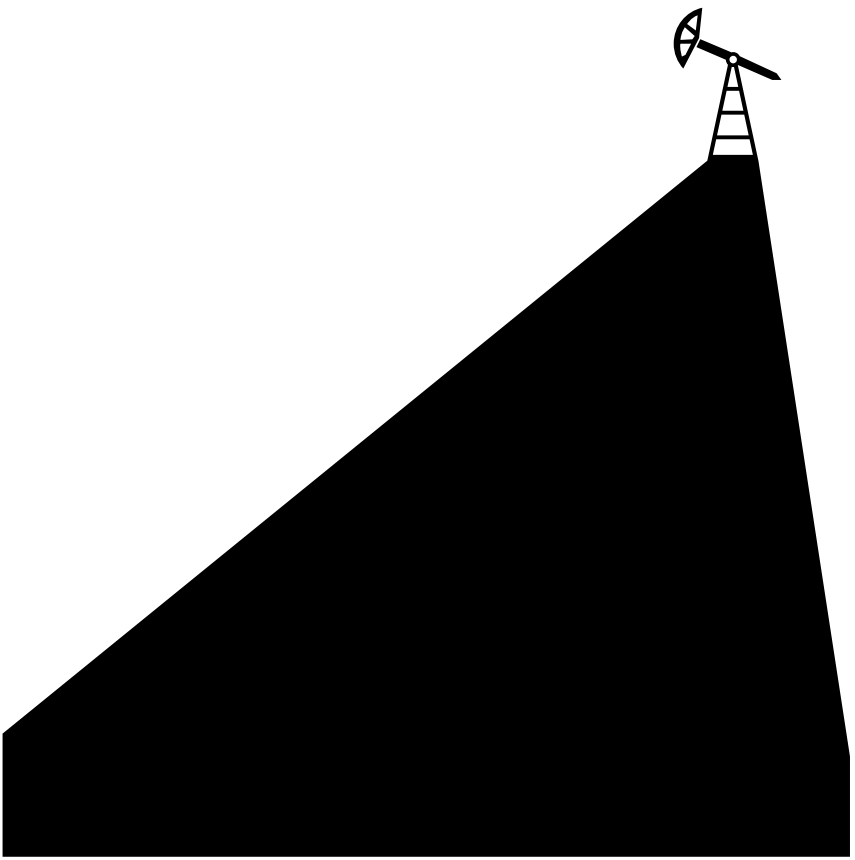
trama sobre hechos consumados, y en la última línea la expresión sintetiza la jerga popular –y de paso le da título al libro–, confirmando lo que durante poco más de cien páginas es el trasunto de una huelga que, casi como un milagro sociológico, responde a la grosera desigualdad que introdujo la industria petrolera en la agreste sociedad venezolana.

Enuncia Mariano Picón Salas, en *Suma de Venezuela* (1964), una imagen sobre la que Domingo Alberto Rangel hace pivotar el eje dramático de ¡*Qué molleja de huelga*! El ensayista merideño describe la que fuera una inmóvil provincia suramericana: «El gran caimán nos contagió de su sueño». Para entonces, inteligencia, creación e inventiva no parecían atributos de la venezolanidad, como sí lo eran la ignorancia y la pobreza, producto del abuso «de quienes en tres décadas de tiranía se convirtieron en clase dirigente». Rangel intenta demostrar que el mecanismo de relojería, la precisión y la contundencia del «aparato secreto» que alimentó y sostuvo la huelga –creado por los propios trabajadores– sería la contraparte épica y heroica al cerrero régimen gomecista. Aquel andino de escritura tersa y el tovareño, accidentado y pugnaz, coinciden en que en los veinte años de satrapía cabalgaron dos fenómenos: una nación agraria se convierte en un centro clave del petróleo mundial al tiempo que se engendra, «frente al antiguo y paciente campesinado, una clase obrera».

En ¡*Qué molleja de huelga*! nos divierte cómo las reuniones secretas se convierten en conatos de feria, con vendedores de helados que no se dan abasto, y en tiras y aflojes ideológicos que dan cuenta de una teoría llevada a la práctica a trompicones. Pero en el fondo y a ras de tierra, mucho más allá del liderazgo visible de cinco cabecillas, se deja ver el ejército de los invisibles: esos obreros que de manera coordinada soltaron al unísono las herramientas de trabajo y, con ese gesto de

¡Qué molleja de huelga!

La huelga petrolera de 1936-1937



A José Caldera Olivares,
revolucionario sin fronteras ni descanso,
que ha compartido la dura lucha de los trabajadores
por crear un mundo sin opresión ni explotación

I. Un edificio heráldico

Al bajarse del autobús en la esquina del American Bar, el gocho Higinio Contreras se sintió perplejo. Al subir en el vehículo, en la acera de la Casa Mac Gregor, alguien le dijo que al bajarse allí tomara la calle del tierrero. Pero aquí, en esta esquina frente a la cual se halla el gocho, todas las calles son un tierrero. Una persona que pasaba en ese momento por ahí, aunque presurosa, se detuvo a escuchar lo que pedía aquel circunstante extraviado. «En el gato te indican el camino». Higinio creyó que se trataba de un gato que podría ayudarlo. El recuerdo de la aldea Siloé, donde nació y se crio casi hasta la adolescencia, lo arrancó de aquella esquina calurosa para llevarlo a una estribación fresca y boscosa de sus montañas andinas. «No sea pendejo, el gato del cual le hablan –le dijo alguien– es el botiquín de la esquina». «Estos maracuchos le ponen nombre de animales a todo». En el gato, a Higinio le señalaron con la mano el edificio que buscaba. «El nido de musiúes es ese», sentenció alguna persona confirmando, en cierto modo, la indicación que le habían dado.

En pocos minutos franqueó las tres cuadras que separaban al American Bar del edificio Las Laras, al cual se dirigía y por el cual acudió a la guía de transeúntes y residentes. Poco lo impresionó al acercarse

a él. No era más alto que la casa del doctor Moncho en Tovar, ni podía compararse con la torre de la iglesia del pueblo. De todas maneras, el edificio trasmitía algo notable, como si fuera un monstruo. La grama verdísima que lo ceñía, el contraste entre el color amarillo de las paredes y el color sepia retinto de los listones que adornaban la fachada, los balcones continuos que rodeaban toda la construcción y aquella concha grandota enclavada en la puerta principal, reina absoluta y símbolo aplastante, denotaban dos cosas que un gocho rupestre no podía entender aunque las captara, fuerza y gracia, que no suelen mancomunarse. Más bien, andan reñidas. Higinio Contreras, al agotar la distancia del American Bar, había pasado de la modestia a la opulencia. Entraba, al trasponer la puerta anchísima del edificio Las Laras, a uno de los bastiones del poder mundial. Allí mismo le habló o lo recibió el poder.

Portaba un revólver Magnum .44, vestía uniforme gris y lucía un gorro ladeado de visera de celuloide. Era uno de los varios guachimanes que cuidaban aquella fortaleza donde reinaba la Caribbean Petroleum Corporation, eslabón de la Royal Dutch Shell. Con timidez de lugareño en metrópoli, Higinio preguntó al cancerbero por el doctor Castillo. «¿Castillo del Departamento Legal o Castillo del Departamento de Personal?», preguntó el guachimán. El pobre Higinio habría naufragado bajo aquella pregunta que no hubiera podido responder ni en el lapso que nos separa de la consumación de los siglos, como decía la maestra de Tovar. Lo salvó otro guachimán. «Este es gocho, debe venir a ver al doctor Castillo del Legal», dijo el entrometido. Y acompañando aquella sugerencia con algo

concreto, añadió, dirigiéndose a Higinio: «Por aquella puerta».

DEPARTMENT OF LAND AND LEGAL, rezaba un cartel adosado a la puerta. En la oficina a la que correspondía aquel cartel lo recibió un señor moreno, de cara redonda, amable, trajeado de negro y con corbata del mismo color.

–Siéntese –dijo a Higinio–. El doctor Castillo no está hoy, pero yo puedo atenderlo. ¿Qué lo ha traído hasta aquí?

Higinio le dijo que portaba una carta del doctor Moncho de Tovar para el doctor Castillo. A un gesto de quien así lo atendía, le entregó la misiva. Tras leerla, el doctor Montero, que así se llamaba el que lo recibió, comunicó una noticia que podía ser buena:

–Aquí necesitamos un *office boy*, pero solo Castillo tiene potestad para enganchar personal. Espere dos o tres días, que será lo que tardará Castillo. Entre tanto, vaya a la casa de misia Proserpina, allí enfrente, pero venga todos los días.

El edificio Las Laras no solo era el epicentro de las operaciones de la Royal Dutch Shell en Venezuela, era también algo así como un pequeño Versalles en medio del arcabuco más áspero. Frente a su fachada, en la acera opuesta, había una fila raleada de chozas o bohíos, algunas con gatos para vender mandocas, refrescos burbujeantes o guarapo a los empleados que trabajaban en el propio edificio. Por los dos costados lindaba con terrenos donde se hacinaban los cardones y los cujíes sobre pastizales interrumpidos por enormes lunares grises de tierra pelada. Solo por detrás del edificio se encontraban tierras ya trabajadas por la mano del hombre. Allí se levantaba el gran taller de

reparaciones de la Shell, el más completo y moderno de toda Suramérica. Esta afirmación era contestada o rebatida por Venenito Araujo, quien, irreverente y levantisco, se sentía obligado a negarlo todo. Era, como él mismo decía, la negación dialéctica por excelencia.

Los dominios de la Shell –ese Versalles cuyo Petit Trianon era el edificio Las Laras– empezaban justo allí, en aquella edificación, y recorría varias cuadras hacia atrás. Un poco más allá del gran taller se levantaba el hospital de la compañía. De paredes blancas, como las garzas, que viniendo tal vez del Sur del Lago sobrevolaban a Maracaibo, ruidosas, pero ordenadas. Una flecha blanca en el cielo imperturbable, aquellas garzas eran la blancura perfecta y el orden intangible. Como ellas, o semejantes a ellas, el hospital de la Shell despedía la blancura que atrae. El techo negro introducía allí un contraste parecido al que reina en esos velorios donde los familiares del muerto, todos de negro, lloran mientras los amigos llegan hasta la irreverencia de la carcajada. Detrás del hospital se acurrucaba la capilla anglicana, porque el imperialismo inglés también se valió de la cruz para consolidar o rematar a sus expoliaciones territoriales o sus influencias allende los mares.

Por último, a una cuadra del hospital, como párrafo aparte, venía la urbanización o colonia Tierra Negra. Tenía, como era de rigor en todas las instalaciones de la compañía, su guachimán de rolo y revólver en la entrada, en la cual se hacía notable una peculiaridad. Jamás cerraban allí la puerta de alambre tejido, material que también se empleó en la construcción de la cerca que aislaba a la colonia del resto de la zona. No era aquella cerca, sin embargo, lo más singular o

notorio, pese a ser descollante. Tal tributo pertenecía al foso tapizado de tubos horizontales por el cual podía pasar cualquier vehículo, pero reduciendo al mínimo su velocidad. El guachimán no necesitaba detener a ningún vehículo, podía hacer su trabajo sin doblarse de policía; los tubos realizaban la faena obligando al conductor atemperar la marcha. Venenito tenía para tales dispositivos de la Shell, de la cual era decente enemigo, como de otras empresas imperialistas, su observación volteriana. «El imperialismo solo inventa ahora –decía– instrumentos policiales como este o militares como las bombas».

Todo aquel conjunto, edificios, prados, jardines y talleres, contrastaba con sus alrededores, como contrasta un desierto y una dehesa o una montaña enhiesta y un llano inabarcable. Los dominios de la Shell significaban el verdor en medio de la desértica uniformidad de los sectores contiguos a ella. Pasar del American Bar al edificio Las Laras era como saltar de la campiña europea al corazón del Sahara. Cujíes y cardones reinaban en las zonas inmediatas al American Bar. Un desorden de bejucos enredados y de lagunazos dejados por las lluvias era el panorama reinante junto a este; como si tres o cuatro siglos de historia no hubieran existido jamás, todo ello quedaba borrado al aparecer el edificio Las Laras, cuyas inmediaciones eran de grama esmeralda cortada como cabello de señorita veinteañera. La grama rodeaba al edificio, a los talleres, a la iglesia anglicana y a la urbanización Tierra Negra, en la cual penetraba para echarse como sábana envolvente al pie de las treinta o cuarenta casas que allí existían. Las pertenencias de la Shell –Caribbean Petroleum era su nombre mercantil–, el verdor que

quebrantaba los horizontes siempre grises de la vegetación de un Maracaibo que, siendo puerto lacustre, no tenía agua ni para regar las plantas que nacieran a sus pies. Maracaibo tenía que conformarse con el cují y el cardón, únicos seres vegetales susceptibles de convivir con la sequedad ambiental. Quién dijera que Maracaibo esperó hasta la llegada de la Shell –y de sus primas yanquis, la Standard Oil y la Gulf Oil, que tenían también, en otras áreas o parcelas de la ciudad, urbanizaciones– para tener ese instrumento milagroso llamado manguera de riego.

El bastión de la Shell, como los de la Standard y la Gulf en otras áreas de la ciudad de Maracaibo, constituía una especie de ciudadela fruto de una ocupación. Las compañías petroleras habían ocupado el territorio venezolano y en él demarcaban los trozos o zonas que fueran necesarios para la realización de sus actividades específicas. Un ocupante no se siente obligado a poner bajo sus pies hasta el último centímetro cuadrado del territorio que haya conquistado o haya colocado bajo su control. El ocupante elige, en el ámbito o parcela sometido a su dominio, unas áreas, las más pertinentes para el cumplimiento de sus propósitos cardinales, y allí se hace fuerte, influyente o notorio.

La Shell y sus dos primas anglosajonas, la Gulf y la Standard, escogieron para asentarse algunas áreas marginales de Maracaibo hasta las cuales no había llegado el ámbito urbano de la ciudad. Zonas de chozas o de quioscos desperdigados, de casas distantes unas de otras, como las que se levantaban a orillas de las vías, aún entre rurales y urbanas, que convergían o se alejaban del American Bar, allí clavó su bandera la Caribbean Petroleum Corporation –adelantada en

Venezuela del imperio Shell–, que creara treinta o cuarenta años atrás un holandés aventurero y temerario: Henry Deterding. A la Shell le correspondió, en el reparto de Venezuela, algunas de las concesiones más jugosas. Tal circunstancia le otorgaba el derecho a erigir en Maracaibo una plácida urbanización o colonia para altos empleados. Equiparada a la Standard y a la Gulf, la compañía anglo-holandesa tenía derecho a las mismas prerrogativas que las dos empresas yanquis.

Pero cuando en los años de 1920 empezaron a trabajar los arquitectos, ingenieros, agrimensores y albañiles, movilizados con disciplina específica, en la Shell resonó fuerte la voz de W. T. S. Doyle, gerente de esa compañía, quien vino a Maracaibo, y, ejerciendo derechos de supervisión, dijo «no». En Venezuela el éxito exige un requisito, el exhibicionismo, el derroche, o en otras palabras, el exceso en todo lo que sea lucimiento. Frente al gerente de la Shell Union de Estados Unidos, presente en la conversación en la cual se decidió qué tipos de edificios debían levantarse y qué clase de urbanizaciones debían construirse para los altos empleados y el personal medio, propuso: un palacio para nuestras oficinas aquí en Maracaibo, con dos urbanizaciones, una para los ejecutivos más altos y otra para los del *senior staff* que no sean tan importantes.

–Tú ser un sociólogo *very* fino –le dijo el gerente de la Shell de Maracaibo a míster Doyle, por aquella interpretación del alma venezolana y de sus debilidades.

–*You are not right* –contestó Doyle con una carcajada estridente–, la idea del palacio para sede de la compañía en Maracaibo fue del general Gómez. Él me dijo en Maracay, «mire, Doyle, tienen ustedes, los musiúes

de la Shell, que levantar un gran palacio porque el petróleo va a mandar en jefe ahora en Venezuela; un palacio grandote, como el que levantó Eustoquio en San Cristóbal, más o menos». Y como yo, perdone, nosotros, es mejor decir, necesitamos tener al general Gómez lo mejor predispuesto, le tomé el campamento con una parada genial.

El interlocutor no entendió este último giro extraído de la jerga popular venezolana, en la cual ya era ducho W. T. S. Doyle para alternar con generales, coroneles y sargentos gomecistas, todos de la gallera los domingos, parrandas las fiestas de guardar y sancochos los sábados por la tarde.

Fue así como este *apartheid* desarrollado o cristalizado en Bella Vista del Maracaibo, aún medio colonial, iba a nacer en una zona del arrabal de aquella metrópoli. Gracias a la Shell, que necesitaba edificios para sus oficinas y casas residenciales para sus empleados, se hizo el milagro. En el costado más áspero de Maracaibo, partiendo de la esquina del American Bar, donde todo era manigua o *jungle*, como decía míster Doyle, emergió una joya de verdor, o diciéndolo en palabras rebosantes de sinceridad, por la voluntad soberana de Juan Vicente Gómez. Venenito, a quien tocaba en el Maracaibo de la época escribir o testimoniar la contrahistoria, no tardaría en decir: «Hasta milagros hace el Bagre, mirá vos, ¿veis que hasta urbanizador y arquitecto ha resultado el muy tunante?».

Pérez Soto viajó a Maracay para acompañar hasta ese Versalles rústico de Venezuela a míster Doyle, en la entrega solemne de los planos del conjunto administrativo y residencial, que tendrá talleres, hospital, capilla y urbanizaciones. «Como si Gómez supiera algo de eso», terminaba sentenciando Venenito, que solía ser el inquilino de entradas más frecuentes y de permanencias más largas en la cárcel pública que estaba ubicada al comienzo de la cercana avenida Bella Vista, donde ahora manda la Royal Dutch Shell.

II. Las cuitas de un musiú

En aquel edificio Las Laras, tan ordenadito y seguro, imperaba –aunque nadie lo creyera– la provisionalidad. Todo se movía allí con absoluta normalidad. Nada desentonaba, seres y cosas obedecían a mecanismos automáticos de regulación. Pero allí nadie sabía qué podía ocurrir, el futuro era tan impredecible y misterioso como los dioses de la Antigüedad.

Meses atrás había muerto el gran protector de la Caribbean Petroleum, aquel que desde Maracay, mediante papelitos que él mismo escribía, ordenaba favores inagotables al musiú que sabe «ordeñar». Nadie hizo tantos milagros como T. S. W. Odile, gerente general, o para decirlo en la lengua original del musiú, *chairman of the Board* de la Caribbean Petroleum. Ahora ni Gómez ni Doyle están en el país. Doyle se marchó y el otro yace en el panteón morisco que le erigieron en la ciudad donde murió.

Tendrá que venir a este edificio un nuevo *chairman of the Board*. Entre tanto, hay una especie de Consejo

Provisorio de Administración; lo integra Osenjuck, el holandés jurista, cosa nada extraña en un holandés pese a la vena comercial de tal país. (Holanda también fue la patria de Hugo Grocio, el creador del Derecho Internacional). En el Departamento Legal, por obra de Osenjuck, casi no se nota la provisionalidad que la muerte del Benemérito –o del Bagre, como lo llamaba Venenito, aun viviendo el tirano– ha irrogado a la compañía. Los otros dos miembros del Consejo Provisional son Jonathan Collins y Paul Dandridge, ambos ingleses y de reciente incorporación a la Shell. Mientras Osenjuck tiene un viejo récord como empleado, los dos ingleses no llegan a los diez años de servicios en la empresa. En el fondo, quien toma todas las decisiones en esta provisionalidad es el holandés, que solo somete cada cuestión al Consejo Provisorio por simple formalidad. La situación permite este sistema de gestión para una compañía que es dueña de la mitad del petróleo que extrae y comercializa Venezuela. Desde la muerte de Gómez nada grave ha ocurrido, nada ha quebrantado los intereses materiales de la Shell ni de la Gulf ni de la Standard en Venezuela. No hay llamamientos de los líderes de izquierda, regresados del exilio o salidos de las cárceles, a nacionalizar el petróleo. Todo parece obedecer a la misma dinámica que imperaba cuando la dictadura de Gómez.

Sin embargo, hay en el horizonte un nubarrón que podría albergar la tempestad. En los días que siguieron al deceso de Gómez, trabajadores de los campos petroleros asaron en los mechurrios, por los cuales descargan a la atmósfera su energía sobrante los pozos del crudo, a algunos guachimanes, en exceso represivos y odiosos. Los trabajadores constituyen para las

compañías la única incógnita inquietante en el panorama. Hay otra, pero es una incógnita deletérea.

El doctor Castillo, del Departamento Legal, a quien viene dirigida la carta que trae el gocho Higinio Contreras, tarda cerca de un mes en aparecer en su oficina. El guachimán de la puerta principal en el edificio Las Laras dice que el doctor Castillo anda por Caracas en una gestión de la compañía. «No lo aseguro –comunica a sus más allegados–, pero parece cierto».

En ese mes, Higinio Contreras demostró, en casa de misia Proserpina Navas, ingenio, iniciativa y perseverancia. La señora fabricaba mandocas, dulce de hicacos, huevos chimbos y otros platos de la repostería local. Los vendía a través del American Bar. A Higinio se le ocurrió algo lógico, «¿por qué no vendo yo de ambulante algo de lo que usted produce?». Higinio le arrima esa pregunta y misia Proserpina, al responder por la afirmativa, le permite aparecer por el taller de la Shell, en los alrededores del hospital y en las calles cercanas al edificio Las Laras y a la colonia Tierra Negra con una cesta ofreciendo toda clase de granjerías.

Tanta es la prosperidad de misia Proserpina que Higinio tiene que dividir su tiempo entre atender a las compras, cada vez más grandes, de materia prima y las incursiones por muchas calles donde sus platos vernáculos tienen cada vez más demanda. El éxito de las ventas hace que Higinio rechace la oferta que le traen del edificio Las Laras, al regreso del doctor Castillo, para que sea el office boy del Departamento Legal. Tiene que ir el doctor Montero, improvisándose en la tarea de negociador, para que Higinio acceda. Y solo acepta, no él, sino Proserpina, que asumió la representación de Higinio durante el coloquio con el

abogado, de trabajar solamente en la mañana. «*Half time*», dijo el doctor Montero, acostumbrado ya al argot de la compañía.

La compañía despejó por fin la incógnita. Con cierta solemnidad, el señor Osenjuck comunica a sus dos compañeros del Consejo Provisorio que Londres ha designado a N. O. Watson gerente general para Venezuela. Los ingleses Collins y Dandridge recibieron con cierto asombro y no poca hostilidad la noticia de que un ciudadano norteamericano hubiera sido el nombrado. Verdad que W. T. S. Doyle era de ese mismo origen, pero había venido a Venezuela cuando comenzaban las operaciones petroleras en el país. «Ahora que la Shell ya está consolidada como empresa líder, no tiene explicación que hayan seleccionado a un yanqui», dijo Dandridge. Osenjuck no tuvo comentario ni explicación alguna que ofrecer ante tales observaciones y encontró justificado el nombramiento. El señor Watson era un mestizo, producto de una mezcla bastante rara, de padre tejano anglosajón y de madre mexicana. Watson era el hombre ideal para desenvolverse en esta Venezuela que, sin Gómez, se ha convertido en una caja de Pandora, «sí, *Pandora box*», dice Osenjuck usando el inglés.

Cuando llega Watson y se realiza la primera reunión, Osenjuck encuentra confirmadas sus presunciones y los dos ingleses, o uno de ellos, como ya lo veremos, admiten a medias la escogencia. Watson habla el castellano sin acento, la letra O de su nombre corresponde al apellido de su madre, Ortiz. «Aquí pueden darse situaciones muy difíciles y peligrosas», dijo Watson en la primera reunión de lo que hasta aquel momento había sido el Consejo Provisorio de la

compañía y ahora, con el gerente general –*chairman of the Board*–, pasaba a ser Directorio General de la Shell en Venezuela. Detrás del primer cruce de impresiones, Watson soltó una verdadera bomba.

–Debemos nombrar, o Londres sugiere nombrar, a un venezolano como miembro de este organismo, así completaríamos a los cinco miembros que debe componerlo.

Uno de los ingleses, Dandridge, jefe del Departamento de Exploración, aplaudió la idea; Osenjuck y el otro inglés la acogieron con frialdad relativa.

El señor Watson redujo el número de guachimanes del edificio, del club y de los talleres de la compañía. «Vamos a depender ahora más de la persuasión y de las sugerencias que de las imposiciones», dijo, para explicar a sus colegas el fundamento o el alcance de estas medidas. Dandridge propuso abolir entonces las cercas de alambre tejido, que enmarcaban y aislaban las urbanizaciones y otras pertenencias de la compañía.

–No –respondió Watson–, *very dear my friend. A wall in iron is heavier than a mountain in money.*

El nuevo gerente general en su condición de mestizo, a horcajadas sobre dos mundos, tenía el hábito de someterlo todo al cedazo de la razón. Los conflictos y contradicciones que le tocara vivir, y hasta asuntos no tan trascendentales de los que fuera actor o le rozaran siquiera de manera accidental, pasaban por los poros de su filtro mental. «¿No tendrá razón Dandridge cuando propone eliminar las cercas en nuestras urbanizaciones de Maracaibo y en nuestros campamentos de la Costa Oriental del Lago?». La pregunta que viene martillando sus sienes, desde el día en que su

compañero puso la materia en la pauta de discusiones del Directorio, se le vuelve latiguillo insistente, como manecilla de reloj, y en este momento, cuando Watson escancia un vaso de Tom Collins en una de las mesas del comedor en el club, resuena como campanazo en su mente: «¿No tendrá razón?». La reiteración de la pregunta indica ansiedad y un gerente general de la Shell en Venezuela no puede sufrir la sensación de inseguridad que se esconde detrás de toda inquietud aguda.

–La Shell –insiste Watson– tiene que hacer concesiones a una marea izquierdista e insurgente que viene recorriendo a Venezuela desde hace seis o más meses, al morir en su cama el general Juan Vicente Gómez, quien resolvió todos los problemas políticos de la compañía en esta tierra. Ahora, en este año de 1936 ya avanzado, Venezuela marcha, si no ha caído ya, en la anarquía contra la cual clamó tanto Simón Bolívar, según he leído en unos de los libros que consulté durante el *briefing* que me impartieron en Houston, bajo los auspicios de la Shell Union, nuestra rama norteamericana. Las concesiones que hagamos al espíritu insurgente o levantisco que se ha adueñado de Venezuela, no puede comprometer la seguridad de la empresa. *Security first*, dicen los carteles con los cuales hemos anunciado los cursos de formación que recibe nuestro personal venezolano. Al mismo tiempo –prosigue Watson frente a su vaso de Tom Collins–, las concesiones que hagamos han de ser sustanciales y ello comprometería la seguridad de la compañía en Venezuela.

Lo peor o más grave, el ángulo o faceta más inquietante en la situación, es la parálisis o inercia reinante en el Directorio. Watson y Collins votan de una manera, Dandridge y Osenjuck de otra. Sin consultarse

de manera previa qué sería indebido o reprobable, Osenjuck y Dandridge convergen o comparten criterios por un lado y por el otro, entre Collins y Watson hay coincidencias de signo contrario. Ese reparto de fuerzas conlleva la parálisis como corolario. Dos contra dos, o mejor, porque no se trata de enemigos, dos y dos. Como se diga, sin embargo, el resultado asoma un panorama de parcelamiento propicio o generador de una parálisis permanente. Y eso cuando la reciente muerte de Juan Vicente Gómez abre en Venezuela, primer exportador mundial hoy de petróleo y tercer productor, una crisis inescrutable y riesgosa. La empresa como balsa en mar agitado, sin brújula ni faro, era la imagen que utiliza N. O. Watson en sus soliloquios del sábado por la noche cuando solía ir sin acompañamiento al club de Bella Vista.

Justo en el club, Watson llegó a caracterizar con exactitud la naturaleza de la presencia de la Shell en Venezuela. Una compañía ocupante, como lo son también la Gulf y la Standard.

—Si voy a libar unas copas de Tom Collins, o a veces de Scotch de dieciocho años, elijo el club de la compañía. En Bella Vista vivo en la colonia de la empresa, si fuera Osenjuck o Dandridge iría a la colonia Tierra Negra, de la misma compañía; el vehículo me lo repara el taller de la compañía y si me quiero sentir seguro acudo al cuerpo de guachimanes de la compañía, mejor armados que los destacamentos del Ejército de Venezuela y de la policía de Maracaibo, según nos informa nuestro jefe de seguridad. ¿No es la misma situación de la India? Si usted quita al virrey inglés, todo lo demás se parece a la India como dos cristalinas gotas de agua.

–¿Cree usted, Watson, que puede haber concesiones a Venezuela, dentro de ese cuadro, que al mismo tiempo no quebrante de manera irreparable nuestros privilegios?

Si la Segunda Guerra Mundial hubiera estallado en 1936, N. O. Watson habría tenido la palabra justa para la política que buscaba sugerirle a la Shell de Venezuela. En esa guerra los franceses acuñaron la palabra que convenía a las necesidades de la compañía, tal como las percibía Watson. *Camouflage* era la palabra precisa. Un *camouflage*, es decir, una simulación de amplitud y tolerancia frente a las posibles reivindicaciones del patriotismo o del orgullo venezolano, pero todo aparente. Ceder y hasta anticiparse en lo ornamental o formal para conservar lo esencial. *Camouflage*, habría repetido el yanqui-mexicano cien veces la palabra, pero la guerra vino a acuñarse en 1939.

No fue la única desgracia o el único chasco que sufriera Watson. En México vio cómo, desde 1934, ante el ascenso al poder de Lázaro Cárdenas con una plataforma o programa nacionalista y reivindicativo, las compañías hicieron concesiones. Entre todas ellas ninguna como la Eagle, que fue desde aquel mismo año tan elástica y, si se quiere, complaciente con el gobierno de Cárdenas. Salvar lo fundamental sacrificando lo accesorio, como el capitán que en la tormenta arroja por la borda el lastre que lo embarace para sortear el peligro. No podía adivinar Watson en este 1936 –porque no tenía los atributos del oráculo de Delfos– que aquellos arrumacos de la Royal Dutch y de sus hermanas del cartel petrolero de nada sirvieron, porque en 1936 vino la nacionalización del petróleo. Sin embargo, Nicolás Ortiz Watson, para darle el

nombre completo a este musiú medio atormentado, no era arúspice, brujo o nigromante que pudiera leer el futuro en la barriga de una oveja o en la nube errante que recorre el firmamento como peregrina de ilusiones.

«¿Cómo calmar a esta Venezuela que ahora podría encabritarse por la muerte del tirano que la domó durante más de un cuarto de siglo?», torna a preguntarse N. O. Watson otro sábado por la tarde, en el mismo club de la Shell en Bella Vista. «Caramba, el club de la compañía, el hospital de la compañía, la urbanización de la compañía, faltan apenas el cuartel militar de la compañía, para que esto sea una Nigeria o una Costa de Oro, con bandera, himno y presidente». Son palabras importunas que cruzan por la mente ahora que Watson, que ha cambiado por una vez sus hábitos alcohólicos, ha reemplazado el Tom Collins por un tequila de alta graduación. No eran, sin embargo, desvaríos alcohólicos o volutas mentales que suscitara el club. En la oficina, días después, estando solo en su despacho, le vinieron a la boca las mismas palabras, Nigeria con bandera, himno y presidente.

N. O. Watson, no teniendo en tal instante persona alguna en su despacho ni visitante que estuviere esperando una entrevista, se asoma a la amplia ventana que se levanta sobre la vía contigua al frontispicio de la edificación. Pasando la vía, el desorden, la pobreza o el descuido. Ranchos de paredes de zinc y techos de

no se sabe qué, una tierra rojiza arenosa que comienza junto a la vía asfaltada, llega al pie o entrada de cada rancho, los cujíes y cardones rodean, en fila raleada, a cada rancho. Pero del lado opuesto de la vía, hacia el edificio Las Laras, y en general, en los dominios de la Shell, todo es orden, verdor y lozanía.

–Este contraste es demasiado crudo o resaltante para que se soporte por mucho tiempo. Ahora la partitura venezolana puede pasar de un *allegro moderato* a un *forte fortissimo* –dice para sí este mestizo sagaz.

La secretaria, con una comunicación susurrante, lo trajo al mundo de las realidades:

–Tiene una llamada de Londres –le dijo.

Y Nicolás Ortiz Watson, volviendo o persistiendo en sus inquietudes o ansiedades, tiene otra reflexión de jaez pesaroso: «Aquí, ni el presidente de la República tiene el privilegio, banal para mí, de comunicarse a cada rato con la capital del Imperio británico».

III. Higinio y sus viajes

La Shell venía aplicando, desde la muerte de Juan Vicente Gómez, la política preconizada por N. O. Watson, sin que él mismo alcanzara a darse cuenta. ¿Acaso el propio Watson, al ser designado para la Gerencia General en Maracaibo, no fue el primer paso en la ejecución de tal política? Henry Deterding, quien aún vivía cuando se produjo el deceso del dictador venezolano, percibió, antes que nadie, la necesidad de ser más dúctiles o elásticos para no romperse. «Los metales dúctiles son aquellos que más resisten el acoso de la tempestad», recordó este *chairman of the Board*. Para no perder el emporio venezolano, la compañía anglo-holandesa debía otorgar algunas concesiones. «Lanzar el lastre», repitió la frase tantas veces oída por él a los rudos marineros de los barcos mercantiles que desde Rotterdam salían a surcar todos los mares.

Fiel a tal política de achicar el lastre entregándoselo a las olas, fue la designación del doctor Castillo Barrios para integrar el Directorio, pues habiendo cinco miembros cesaría el empate que impedía cualquier solución por la vía de las votaciones, para algún tropiezo inextricable. Osenjuck venía reclamando la composición impar del organismo y luego Watson, al posesionarse de la Gerencia General, abogó por la misma medida. Esperaban todos, conforme a las tradiciones colonialistas establecidas desde los tiempos de míster Doyle, el nombramiento de un inglés o de un holandés para el providencial quinto asiento

recién creado en el Directorio. Londres sorprendió al pequeño círculo dirigente de la Shell en Maracaibo designando a un venezolano, maracucho por añadidura, el doctor Castillo Barrios, adjunto al jefe del Departamento Legal. El estupor y la perplejidad producidos por aquella medida parecían los mismos –recordó algún historiador– que surgieron en el período de la colonia con los primeros nombramientos de curas criollos para las diócesis de Indias…

El nombramiento del doctor Castillo Barrios solucionó la situación de atasco existente, mas no porque el criollo inclinase con su voto un asunto empatado. La fluidez en el Directorio se logró porque Collins, alma de la discrepancia hasta aquel momento, viendo en la designación del abogado criollo una muestra del poder de Watson, optó por adaptarse a la encarnación local del poder ecuménico que en la Shell ejercía Henry Deterding. Y si en Londres y Ámsterdam todo tenía un solo carril, el que usaba Deterding para marcar su voluntad, en Maracaibo el funcionamiento de la misma compañía seguía en adelante las pautas de un mestizo de apellido sajón y alma expeditiva.

La designación del doctor Castillo Barrios y la coyuntura de actividad plena que se inauguraron en la vida administrativa de la compañía al mismo tiempo, abren para Higinio Contreras una situación de intenso trajín. El *office boy* tiene ahora que ir de La Arriaga, en el sur de Maracaibo, a la Plaza del Buen Maestro, en el norte. Por fortuna para él, por la avenida Bella Vista y por su similar de Los Haticos, modernas líneas de autobuses ponen el transporte de masas al alcance de cualquier vecino.

–¡No hago sino vivir montado en esos bichos! –exclama el gocho contrariado–.

Las exigencias del servicio a la Shell reducen en Higinio el tiempo antaño dedicado a la venta de las golosinas de misia Proserpina.

–No jose –se queja Higinio–, antes yo andaba toda la mañana vendiendo mandocas y dulces, ahora no puedo hacerlo. El musiú nuevo no deja de joder, apenas vuelvo al edificio me llama la secretaria: «Mirá, Higinio, me dice, tenéis que ir ahora al Liceo Baralt». Carajo, perdón, señora, pero si acabo de regresar del *Panorama*, que está allí mismito, déjeme descansar un ratico. Así –termina diciendo el muchacho–, le saco algo de descanso a la señora, de descanso y aprovechamiento.

«Decí la verdad –le susurra al oído la voz de misia Proserpina–, porque vos aprovecháis todo momento que ganéis frente a la compañía pa vender las granjerías».

–Si no fuera por las malditas diligencias de la Shell –dirá Higinio en tono de queja–, Proserpina y yo estaríamos más ricos que don Manuel Belloso.

La verdad es que Higinio podría servir de aguja de barómetro si con él quisiéramos medir las actividades de la nueva Shell, si así pudiera llamársela.

Higinio sale del edificio Las Laras, cruza la esquina del American Bar hacia el este, «dicen que aquí van a construir una plaza». El muchacho entra a una mansión aislada, muy elegante. Allí entrega un sobre. «Dicen –musita para sí– que el señor de esta casa, un tal doctor Serrano, va a ser presidente del Estado». Al día siguiente, Higinio llega a la misma esquina, pero sigue hacia el este, tuerce hacia el sur cogiendo la

avenida Bella Vista, en la acera de la mano izquierda bajando, penetra a una quinta que se ve en el fondo, detrás de una verdadera cortina de árboles.

–Aquí vive, sí, el doctor Abigail Colmenares –le contesta la voz de un jardinero que está podando un árbol.

Las exigencias de la Shell hacen que el gocho termine conociendo a todos, o a casi todos, los dueños de las quintas a lo largo de la avenida Bella Vista. Don Lucas Rincón Romero, dueño de un castillo feudal situado en la franja norte de aquella avenida, cerca de la plaza del Buen Maestro, el palacio que fue del general Pérez Soto, el Hotel Granada; la casa de los Márquez, perijaneros; la gran quinta de los gochos Zambrano, favoritos y protegidos de Pérez Soto; la de los otros Márquez, oriundos de Los Andes. Al final de Bella Vista, entrando al casco histórico de Maracaibo, a Higinio le gusta visitar la plaza de la Muñeca, frente a la cual estaba la casa del doctor Montero, adjunto del doctor Castillo Barrios en el *staff* de abogados de la Shell en Maracaibo.

El doctor Montero era famoso por su brillo y honestidad profesional y por sus numerosas hijas, «son tantas –decía Carilimpio, dueño del gato en la esquina más inmediata–, como estrellas hay en el cielo». Dicen los maracuchos más venenosos que cuando las Montero salen todas a la calle parece que hubiera una procesión. A Higinio le encanta ir a esa casa porque nadie es tan afable y educado en toda la ciudad como estas señoritas. «Lástima que no trabaje yo aquí –confesaba Higinio para su capote–, porque así viviría mucho mejor». Desagradecido, oyó resonar en su mente la voz de misia Proserpina: «Así me lo agradecéis».

«Me refiero a las comodidades de la casa», se disculpaba él, y de inmediato oía la voz de Proserpina que decía: «Así sí, carajito», lo que en su mente equivalía a un perdón tácito.

«Desde seis u ocho meses atrás, cuando expiró el tirano secular de Venezuela, no ha ocurrido ningún cambio sustancial ni se han recibido golpes drásticos», así reflexiona N. O. Watson, esta vez en la soledad de su despacho del segundo piso del edificio Las Laras, bajo el escudo de la compañía que corona o domina la fachada de aquella construcción. El gobierno de Venezuela ha reiterado, hasta el cansancio, que respetará con escrupulosa exactitud las concesiones de petróleo. Nada indica que eso sea una declaración hipócrita. Los líderes de izquierda ya regresados del exilio, salidos de las cárceles o brotados del escondite, han declarado su propósito de respetar, ellos también, los contratos entre el Estado venezolano y las empresas operadoras de petróleo. Hay una gran agitación en las ciudades, de la cual podría emanar mañana mismo una revuelta de gran alcance. Es el único signo de malestar, de peligro o incertidumbre en el horizonte venezolano. Watson acerca a sus ojos el último informe –*situation report*, se titula ese documente en inglés– sobre la vida en los campos de la empresa. Asaron a unos guachimanes, y en Cabimas y Lagunillas ha habido asambleas borrascosas con la presencia, y casi dirigidas, por cabecillas comunistas.

–Nada riesgoso sucedió tras esas asambleas –admite Watson–, los obreros oyeron a los cabecillas agitadores y luego se disolvieron. De todas maneras, si yo quisiera describir la coyuntura venezolana este segundo semestre de 1936, pondría una inmensa

interrogación. Sería el signo más pertinente. Nadie sabe con precisión o podría predecir con solvencia, qué va a ocurrir.

Watson no puede dedicarse por entero a las funciones gerenciales, como acontecía hasta unos meses, según se confiesa cuando al rastrearse el alma le llega ese minuto de intimidad transparente al cual nadie escapa. A cada rato debe dejar las tareas de gerente –*management responsibilities*–, dice en una de sus lenguas, para asumir las actitudes o labores de la brega política.

–La Shell –le dice Dandridge– es aquí lo que en Inglaterra el Consejo Privado del monarca, medio público y medio privado.

Dandridge es como su otro yo, el adversario íntimo que lleva todo hombre reflexivo bien guardado en el alma. A veces, Dandridge era solemne y patibulario; a veces, irónico y burlesco. Era, como se puede ver, el reverso de todo cuanto encarnaba la Shell en Venezuela y el mundo. Pertenecía este inglés crítico al mundo dominante, era un sujeto imperial en tierras, si no conquistadas por lo menos manejadas, pero debía sentir en el fondo del espíritu algún escozor o reserva, porque solo hablaba para censurar y objetar.

–Con Dandridge –sostenía Collins–, a la postre, contaremos; él es como los oradores callejeros de Hyde Park en Londres, que insultan al rey y proclaman hasta la anarquía, pero cuando el Parlamento proclama el Estado de Emergencia corren a alistarse en el ejército. La cohesión de la Shell, mi querido Watson –termina diciendo Collins–, no va a sufrir rasgadura, eclipse o mancha alguna en esta incertidumbre venezolana.

Watson, no obstante, seguía contemplando con una raya en la frente el panorama venezolano.

Los informes que enviaban los jueces de Maracaibo, y los cuales eran llevados desde el Palacio de las Águilas hasta el edificio Las Laras por Higinio Contreras, tienen, dentro de su aparente rutina, un elemento inquietante. Higinio Contreras termina por pasar a la condición de *full-time personnel* cuando, desde el Palacio de las Águilas, donde funcionan los tribunales y registros de Maracaibo, los llamados al departamento legal de la Shell obligan a enviar a aquel lugar, varias veces al día, al *office boy* para llevar y recoger documentos.

–Ve al tribunal del doctor Urribari –le dice el doctor Castillo Barrios.

–¿El viejito chupaíto? –pregunta Higinio.

–El mismo –contesta Castillo Barrios–, y la próxima vez, mijito, sea más respetuoso.

En una de las incursiones en el Palacio de las Águilas es detenido por un sujeto medio misterioso que le corta el paso y deja en su oído una explicación: «Llévele al doctor Montero este papelito». Así conoció Higinio Conteras la existencia en Maracaibo de una pequeña banda llamada Los Ojos de Dios. Todo lo ven, explicaba la gente para justificar el nombre. No hay juicio en el cual no declaren, no hay averiguación en la cual no participen.

–Son ellos, mijito, el instrumento fundamental de la justicia en esta Tierra del Sol Amada –le dice Venenito Araujo, cuando ve que el gochito recibe la pequeña hoja de papel que ha puesto en sus manos el extraño sujeto.

–Es uno de ellos, mucho cuidado –le advierte Venenito.

–¿Por qué? –inquiere el gocho.

—Porque Los Ojos de Dios, así como testimonian en un juicio civil, si hay quien les pague o contrate para eso, pueden declarar también en un juicio penal para hundir a un inocente. Estos carajos son mercenarios de la justicia.

A Watson no le interesa Los Ojos de Dios; sabe que la Shell podría contratarlos o engancharlos en su nómina confidencial, si así conviniere a sus intereses. Dejaron de preocuparle los peligros de alguna insurgencia borrascosa que redujera a polvo ensangrentado toda la riqueza petrolera del Zulia. Tampoco ensombrecen su frente los nubarrones de una eventual revolución muy radical, la apagaría a cañonazos la flota americana que está estacionada en las bases de Panamá y Puerto Rico.

A Watson le sacude el ánimo y le perturba la mente el cúmulo de demandas de terratenientes y ganaderos de la Costa Oriental del Lago contra la Shell, por haber dispuesto esta —durante el largo gobierno de Gómez— de terrenos situados en la superficie de concesiones petroleras, por los cuales, para poder usarlos, según la ley vigente, la compañía debía pagar un canon mensual o una indemnización. Como la Shell, en épocas de Doyle, estaba en el gobierno de Venezuela o tenía acceso directo al presidente, jamás expropió, como lo mandaba la ley, ni pagó los cánones de rigor. Y como muchas de las acciones legales no han prescrito, los perjudicados están acudiendo ahora a los tribunales para reclamar el respeto a sus derechos y recibir las indemnizaciones correspondientes.

El doctor Montero ve con alarma cómo las demandas por daños y perjuicios se acumulan en los juzgados de primera instancia en lo civil. «La compañía no

tiene y no tendrá apoderados suficientes para afrontar, mediante personas calificadas, el reto que significa cada demanda. Ni llamando al Moncho a Tovar o enganchando al primo del doctor Castillo Barrios, o trayendo, para que revaliden, como se hizo con Osenjuck, a abogados holandeses, alcanzaríamos a cubrir todas las exigencias de los juicios instaurados contra la compañía. Soluciones extraordinarias reclama esta situación, que también es extraordinaria».

El doctor José Trinidad Montero busca, recorriendo su universo mental, una fórmula que permita atender las cincuenta demandas que se acumulan en los tribunales de Maracaibo contra la trinidad formada por la Caribbean Petroleum Corporation, la Venezuela Oil Concessions y la Venezuela Oil Development. «Hace varias noches –recuerda una de sus hijas–, papá no durmió ni un minuto. Lo encontré –confiesa la muchacha– en la cocina con una gran taza de café; el reloj adosado a la pared marcaba las dos de la madrugada». El abogado, pese a tamaño esfuerzo, no encuentra una estrategia para enfrentar esta amenaza. Basta con que cualquier apoderado de un demandante solicite la medida cautelar del embargo para que la vida del grupo Shell en Venezuela sucumba a la parálisis.

El camino hacia la solución del problema lo indicó, o mejor, lo insinuó, el usurero Matías Fuenmayor, radicado en el extremo este de la plaza de la Muñeca. «Se le atrasaron sus víctimas, perdón, sus clientes»;

apeló a lo que prescribían las costumbres y la ley: demandar a cada deudor. El doctor Finol le dijo, al leer la lista de los presuntos demandados, «terminaremos en el año 2000». El «no puede ser» de don Matías, alumbró la mente del abogado. Abogado y cliente reunieron a los deudores y se llegó a un acuerdo completo. La misma fórmula sugiere Montero en el Legal and Land Department de la Caribbean. En el salón más vasto del edificio Las Laras, se reúnen los abogados de la Shell para una conversación con los miembros del Directorio. La compañía ofrece una suma igual a cada acreedor. Algunos rezongan, y otros, los más renuentes, manifiestan su rechazo. Desde el fondo del salón truena una voz aprobadora: «Cogiendo aunque sea fallo, lo demás es darles plata a los abogados». Fue como la voz de Jehová en los cuentos de la Biblia, convenció a todos.

Misia Proserpina protagoniza un breve e inofensivo escándalo cuando, viendo a un ser disfrazado en el corral de su casa, llama a gritos a Higinio, quien no podía oírla por encontrarse en el Palacio de las Águilas cumpliendo la tarea más engorrosa y prolongada que le hubiera confiado alguna vez el doctor Castillo Barrios. Se trataba de recoger, lo que hubiera sido rutinario, en nombre de los que, clamando contra la compañía y pese al arreglo recién efectuado, hubiesen introducido nuevos libelos de demanda; pero además debía copiar un documento rarísimo que obraba en el Juzgado Quinto de Primera Instancia, sobre unas apreciaciones hechas por un viajero francés en relación a la riqueza mineral de las cuencas de los ríos Socuy y Limón.

Misia Proserpina, por el miedo o por la rabia, gritó:

–¡Higinio, saca a un entrometido que tenemos en el corral!

Una risa cordial y, desde luego, la ausencia de Higinio hacía superflua aquella orden.

–Señora, no es para tanto –gritó el entrometido–, soy gente de paz y voy a estar aquí un momento. –Acercándose a ella, el desconocido le dijo–: Manuel Silveira, ingeniero civil, estoy haciendo unas mediciones para tender, en lugar de esta miserable cinta de asfalto, la mejor avenida de toda Venezuela. Aquí estará el centro futuro de Maracaibo –terminó diciendo el «invasor» estirándole la mano en cordial despedida.

Así se enteró misia Proserpina que aquella carretera de asfalto sería en el futuro la airosa arteria de la ciudad que ya estaba en los *blueprint* de los ingenieros del Ministerio de Obras Públicas, uno de los cuales, Manuel Silveira, había recibido la misión de trazar los planos de lo que sería la avenida Cinco de Julio.

IV. Venenito: un Voltaire marabino

Venenito Araujo, o mejor, procediendo conforme a la ley, el ciudadano Francisco Antonio Araujo era la sal, pero también el vinagre de Maracaibo. Las veinticuatro horas del día, y alguien agregaría los cien años del siglo, Venenito hacía honor cabal a su remoquete. Era él, del cerebro a la boca, arsénico puro. Tenía facilidad extremosa para el dicterio, despreciaba las jerarquías derivadas de la riqueza, el nacimiento o la figuración, no vacilaba en volcar su vena irónica sobre cualquier personaje, vivo o muerto, y no ahorraba a los próceres de la independencia en sus homilías ácidas. Este Voltaire marabino, sobra casi decirlo, era radical en su pensamiento político. Los Voltaire no pueden nacer, menos crecer en la derecha.

Desde los últimos años de la dictadura de Juan Vicente Gómez, Venenito se acercó al Partido Comunista buscando en aquella organización un reducto de desparpajo irreverente o demoledor. Encontró un partido muy radical, desde luego, y muy sufrido, sin rival o parecido en ambos campos, pero ayuno del ácido irónico, del desparpajo crítico que él practicaba.

—Nosotros los comunistas somos capaces de soportar unos grillos en el castillo y una «pasada» de plan de machete, pero no somos capaces de ridiculizar a la burguesía. Somos un partido para filósofos o para sociólogos, no para cruzados de la irreverencia y del desacato, como tienen que ser los comunistas.

Con semejantes ideas, Venenito era candidato a permanecer en el Partido Comunista de Lenin o de Trotski toda una eternidad, no en el de Stalin que parecía, como él mismo decía, la Sociedad de las Hijas de María, pero pintada de rojo.

El jefe de la célula –«responsable» era la palabra con la cual se denominaba para no atropellar las tradiciones igualitarias del comunismo de Marx y Engels– recibió ciertas instrucciones especiales cuando Venenito fue admitido en el partido semanas apenas de la muerte de Gómez, o el Bagre, como ya se le conocía en los círculos radicales. «Va a ser un militante difícil –se le advertía al responsable–, pero es preciso conservarlo por su talento, su formación marxista y, sobre todo, por su prestigio en los medios intelectuales de los cuales estamos desvinculados o con los cuales solo tenemos algunos nexos ocasionales o escasos». Venenito ingresó al partido cuando el estalinismo llegaba a su esplendor más radiante o, diciéndolo en términos modestos, alcanzaba su apogeo. Y ello comportaba, para todos los partidos comunistas, dos cosas difíciles de sobrellevar con serenidad y, a veces, con decoro. El comunismo de aquel momento combinaba una complacencia ideológica, ante todo, con la burguesía de cada país, de la cual el partido de Lenin, como ya quería denominarse, actuaba dentro del movimiento obrero como vocero o trompeta. Al mismo tiempo, el comunismo con Stalin llevaba a extremos obsesivos la intolerancia, el dogmatismo y el terror ideológico.

Un volteriano contumaz, calentado por los calores del trópico que agudizan la imaginación y acentúan la irreverencia, no permitiría a Venenito Araujo calentar

los bancos de este Partido Comunista, clandestino, por añadidura, en Venezuela. Ingresó, en efecto, este genio de la inconformidad en enero de 1936 y ya en junio estaba expulsado. Fue o adoptó su expulsión la forma de un retiro consensual, algo así, decía el propio Venenito, «como esos matrimonios burgueses que se disuelven por mutuo consentimiento». El expulsado necesitaba, para sus intemperancias verbales y sus irreverencias congénitas, un techo protector, o mejor, una solidaridad valerosa como solo el Partido Comunista podía proporcionarle. Y el partido no podía prescindir por completo de este intelectual callejero, dotado de dos instrumentos eficaces: una memoria de archivero y una lengua de víbora. Así se disolvió el matrimonio entre el comunismo soviético y un deslenguado maracucho.

No tardaría en hallar Venenito un ágora para el ejercicio de su imaginación punitiva. En la esquina del almacén de R. J. Villasmil, donde se cruzan las calles Ciencias y Colón, desde los días de la muerte de Gómez, fue creándose, sin ruido pero sin silencios, una tertulia que exigía casi la presencia en ella de un genio insurgente como el de Venenito. Era una tertulia curiosa porque no mediaba entre sus integrantes el factor omnipresente en todo corrillo de tal índole, la afinidad o uniformidad intelectual, profesional o anímica. Allí se confundían, entre las once de la mañana y la una de la tarde, varios personajes, destacados todos ellos, pero pertenecientes a diversos estratos profesionales o de muy variado nivel intelectual. Confluían o animaban esta singular tertulia algunos líderes prometedores del movimiento estudiantil, que tenían su nido, como decía Venenito, a media cuadra de aquel lugar, en el

antiguo Convento de San Francisco, sede ahora del Liceo Baralt. Darío Parra, el muy joven Eloy Párraga Villamarín, Francisco Esparza, hijo de un reputado profesor del cercano liceo ya mencionado, y otros más, se detenían en aquella esquina camino del liceo o, por el contrario, de regreso, para animar con algún chiste o chascarrillo el jagüey de aguas claras que allí había.

Los héroes del deporte, Luis y Ernesto Aparicio, el Manduco Portillo, Antonio Briñez, el Conejo Fonseca, entre otros, concurrían también a la tertulia. Y coronando tan heterogéneo rebaño de celebridades ya consagradas o por consagrarse, Venenito Araujo, con los petardos de sus burlas o el río de su erudición.

Venenito cuenta, cierto día, su expulsión del Partido Comunista:

–Mirá, muy sencillo, yo llegué al PCV creyendo entrar a un club revolucionario y me encuentro con una versión insólita de la Orden de las Terciarias y a unos dirigentes que pregonan la prudencia. Para eso están monseñor Marcos Sergio Godoy, obispo de Maracaibo, el padre Zuleta en la catedral y el Colegio de los Maristas en la avenida Bella Vista. Eso bastó para que no me convocaran más a las reuniones. Cuando reclamé, el responsable me dijo que el secretario general del partido hablaría conmigo. En efecto, varios días después, se acercó a mí con aires misteriosos; estaba yo leyendo un infolio colonial de los que guarda la Biblioteca Pública del Estado.

–¿Y qué conversaba usted con el secretario general? Contanos, Venenito –inquiere Luis Aparicio, *short stop* de los Gavilanes.

–¿Te interesa de veras saber esa vaina? –responde el interpelado–. Mirá, no vale la pena. Llegamos a una

conclusión: yo dejaría de militar, pero sería amigo del partido.

–No estáis echando el cuento completo –le ataja ya al final el otro Aparicio–. A mí me han dicho que los comunistas tienen en este momento miedo a la legua de vos. Así, como veis, no les convenía echarte de malas maneras. Te dieron a escoger entonces el puente de plata.

–Y vos lo cruzasteis –apunta a la voz del Manduco Portillo, cátcher del Pastora, rival eterno de los Gavilanes.

La tertulia tenía, como bien se ve, dos temas: el béisbol y la política. Del béisbol hablaban los dos Aparicios, los otros de la política; además de los estudiantes, intervenía Venenito, quien, por lo general, se burlaba de los figurones de la vida zuliana del momento. O criticaba a los dirigentes del Partido Comunista. «De comunistas, apenas tienen el nombre», decía ante el auditorio mudo en que se convertía la tertulia. Como se presumía que aquella reunión estaba entre los objetivos de la Policía Secreta, las discusiones políticas tendían a reducirse por el efecto de la prudencia defensiva. El vacío que va abriéndose en cuanto a los temas políticos, cada vez más raudos, lo llena, como hace el agua cuando encuentra cavidades desocupadas o no ocupadas, la crónica deportiva. El juego de béisbol entre los Gavilanes y el Pastora, que durara

veintiún *innings* en cero, ocupó la tertulia o les proporcionó tema durante varios meses.

Venenito puso término al tema al decir, dirigiéndose de manera expresa a Luis Aparicio, como cabeza visible del rebaño deportivo: «Si siguen hablando de esa vaina, les voy a contar en varios meses la historia del Estado». Como alguien preguntó acerca de si dedicaba mucho tiempo a leer, otro, tomándole el pelo, dijo que como un tal Karl Marx, que hizo lo mismo en la Biblioteca del Museo Británico.

La comparación era muy indicada, ambos compartían la manera de investigar. Como Marx, el zuliano mordaz dedicaba una hora diaria, por lo menos, a leer en la Biblioteca del estado que estaba ubicada al lado del Palacio de las Águilas, haciendo diagonal con la catedral de la ciudad. «La manzana del poder», así denominaba Venenito aquel paraje de Maracaibo. Allí se levantaban, a escasos metros unos de otros, todos los poderes; no solo tenía sede el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, también estaban la catedral, la Cámara de Comercio, y a poca distancia, el poder militar con el Cuartel Nacional.

Un Marx en Maracaibo era algo peregrino, pero al mismo tiempo fulminante. Nadie conocía como este desparpajado rebelde la historia del Zulia. La Academia de la Historia Regional había sido hundida en la vergüenza, si osare competir con este prodigio de memoria e imaginación. Desde el obispo de Maracaibo hasta el director del diario más importante de la ciudad, desde el presidente del Estado hasta las compañías petroleras europeas o gringas, todos, en algún momento dado, podían depender de Venenito para el dato o el concepto histórico que necesitaren.

«Deudores de este Voltaire medio guajiro», sentenciaba en la sacristía de la catedral el padre Zuleta, quien en sus mocedades llegó a albergar ambiciones de guerrero.

–Desde su ilustrísima hasta los buhoneros de la plaza Baralt, cada quien tiene que poner su suerte en las manos de Venenito o subordinar su éxito a la merced de este singular sujeto –insistía en proclamar asombrado el padre Zuleta.

Y nada menos que el imperialismo petrolero en su exponente más calificado y temible, el consorcio de Rockefeller, se vio precisado a utilizar los servicios o apelar a los conocimientos de Venenito. La Standard Oil, expresión de un imperialismo más vigoroso y juvenil que el de Inglaterra, era menos elástica que la Shell. En el caso de las demandas por daños y perjuicios, derivados del atropello a los derechos de los propietarios del suelo, destacó la política diferente de la Shell británica y la Standard norteamericana. La Shell concilió, luego de algunas escaramuzas judiciales. La Standard escogió el combate. Y fue a los tribunales a dirimir el asunto por la vía litigiosa. Difícil resultó a los abogados de la empresa desconocer los derechos de los reclamantes. Llegó un momento en que la compañía, con su tozudez, equilibró, sin embargo, las acciones. La verdad reposaba en los archivos que solo Venenito había alcanzado a explorar.

–Ja, ja –carcajeó Venenito para su capote–. El imperialismo yanqui, en lo que más tiene de arrogante, en mis manos... porque si suelto o comunico la verdad histórica, que solo yo conozco, la compañía podría respirar.

Los abogados de la Standard, sabedores del dominio ilimitado que ejercía Venenito en el ámbito de la documentación colonial de la que dependía la suerte de los litigios con los terratenientes criollos, intentaron obtener tal elemento de juicio que ladearía, por sí solo, la balanza de la justicia. El doctor Ángel Francisco Brice, principal abogado de la Standard, encontró un camino intrincado pero viable para llegarle al Voltaire criollo. Se le proponía indicar los documentos probatorios del alegato de la compañía. Venenito dio una respuesta que mezclaba la verticalidad de Catón el Viejo con la ironía despreciativa de un panfletista:

—Dígale al doctor Brice que no me está proponiendo nada deshonesto. Pero que no olvide que este maracucho mestizo, que no se doblegó ante los grillos de los esbirros de Pérez Soto, tampoco sucumbirá al oro del imperio americano.

La Standard no tuvo más remedio que indemnizar de antemano a sus reclamantes, como lo había hecho la Shell. Venenito recibió un homenaje a su integridad diamantina. Luis Aparicio y el Manduco Portillo lo recibieron, al recalar en su diario transitar por el centro de la ciudad, con un aplauso categórico. La esquina de R. J. Villasmil pudo ser más atractiva o más brillante en otro momento, pero jamás fue más justiciera.

V. El sanedrín

El doctor Castillo Barrios suelta ciertas preocupaciones en el salón del edificio Las Laras, donde sesiona, una vez por semana, el Directorio de la Shell en Venezuela:

–Frente a la situación nacional, tan difusa y crítica, parecería que estamos desorientados. Somos víctimas de esa seguridad extrema que nos proporcionó la tiranía de Gómez. Ahora, llenos de riesgos, frente a un futuro indeciso, no tenemos una estrategia clara.

N. O. Watson, que por su veta mexicana tiene un conducto que lo lleva a Roma, responde al oírle tales palabras:

–Roma no fue hecha en un día, mi doctor. Todo esto ha ocurrido de manera tan precipitada, la muerte de Gómez, de la cual no ha pasado un año, los brotes agitadores en la calle y los aires insurgentes, todo eso ha sucedido en cuestión de meses; nos ha sorprendido, como tenía que ser. Pero ya encontraremos el camino, mi doctor, no desespere.

Como la sociedad también le profesa horror al vacío, frente a las incertidumbres del momento, las compañías petroleras fueron encontrando la estrategia que ofreciera al embate de lo impredecible una coraza. Empezaron por consultarse entre ellas para proceder conforme a un cartabón común. El paso inicial hacia ese sistema de consultas lo habría dado la Shell, pues N. O. Watson era el más talentoso de los gerentes petroleros. La Shell, sin embargo, pertenecía

o representaba intereses que no eran ya caudalosos en escala internacional, como los representados por la Standard, a quien tocó concretar, en lo formal, una idea que había sido concebida por Watson.

La consulta entre compañías para fines de interés común comenzó por los consejeros legales. Por tal razón, el doctor Castillo y el señor Watson se entrevistan con el doctor Ángel Francisco Brice, consejero legal de la Standard, y con su gerente general. La Shell no comparte la seguridad o la tranquilidad de su par yanqui; Watson y Castillo no saben lo que va a ocurrir, pero será grave y violento. Puede ser una revuelta armada. El Consulado británico en Barranquilla notificó a la legación en Bogotá sobre cierto tráfico de armas hacia Venezuela. «Barranquilla –recuerda el cónsul– ha sido refugio de exiliados venezolanos. La Standard no comparte tales aprehensiones, que considera excesivas». «Es verdad, la muerte de Gómez ha destapado un barril de pólvora. Habrá revueltas, de allí no se pasará. Nada serio va a ocurrir», advierten los *advisers* de la Standard.

Es para conciliar criterios que van a reunirse en el salón de sesiones del edificio Las Laras. El doctor Brice llegó un poco retrasado. Un choque en la cercana esquina del American Bar atrasó el vehículo en que viajaba el jurista, por lo cual entró a aquel salón pidiendo excusas. La tardanza permitió a Watson exponerle a Castillo algunas inquietudes que no ha explayado siquiera en el círculo de los angloparlantes, con quienes a veces apura la dosis de su Tom Collins semanal.

–La Guerra Mundial es inevitable. En Inglaterra se va a imponer el apaciguamiento, pero a la larga no tendrá otra alternativa que la guerra. Con Hitler en

Alemania no hay sino dos posiciones: entregarse sin condiciones o resistir con las armas. Esta última será la única opción que tendrá que adoptar Inglaterra. Para nosotros es vital Venezuela, porque este país constituye el único abastecedor seguro de petróleo al estallar una guerra.

–Estados Unidos no está en la misma situación, todo lo contrario, exporta petróleo.

–Allí está, mi querido doctor, la diferencia entre la Standard americana y la Shell anglo-holandesa.

Así, con prólogo geopolítico, se inició el ciclo indefinido de conversación y consultas entre la Shell y la Standard, a las cuales se agregaría muy pronto la Gulf, representada por su gerente general, el señor Crebbs. Era el primer paso afrontando a una Venezuela que ya no tenía un caudillo militar en Maracay para amarrar el caballo brioso de la sociedad, que solo se detenía ante el terror más despiadado.

En la Shell de Maracaibo se reúne lo que Venenito habría llamado el sanedrín. Lo convoca, como es natural, el siempre preocupado míster Taylor; pero hay dos cosas significativas. Están presentes míster Forsythe, jefe del campo de Cabimas, y míster Donovan, de igual jerarquía en Lagunillas. No era frecuente esta convocatorio de jefes de campo ajenos a Maracaibo. No se detenían las novedades en la presencia de estos personajes, también fueron convocados ciertos empleados, como el Ñato Carrillo y Danilo Aprino, joven atleta, que no tenía jerarquía dirigente en la empresa. Míster Watson tenía algunas sorpresas y por ello necesitaba que lo oyera un círculo más amplio que el habitual del Directorio.

–Señores, los he convocado para someterles una idea novedosa, que con el respaldo de ustedes se podrá convertir en política de nuestras compañías.

Watson siempre que nombraba a la Shell usaba el plural, a lo cual Venenito, cuando oía ese giro, comentaba: «Watson cree que la Shell es como el Dios de los cristianos, uno en esencia y otro en persona».

–Vienen tiempos difíciles –continúa Watson–, el mundo y Venezuela son hoy dos incógnitas. Venezuela puede arder en la guerra civil. Hay una creciente agitación que nadie sabe a dónde llegará y esto obliga a modificar nuestra política. Hasta ahora, en Venezuela, nos bastaba consultar a las autoridades; hoy, debemos consultar a mucha gente, empezando por nuestros empleados de confianza, por lo cual están aquí algunos de ellos. Vean ustedes, aquí estamos todos, el Directorio, jefes de campo y varios y distinguidos empleados. Quiero oírlos acerca de lo que debe ser la política de relaciones públicas de nuestra compañía.

Las colectividades del Lago de Maracaibo vomitan toda una indigestión telúrica; los Estados Unidos recuerdan la existencia de la doctrina Monroe. Comienza el Ministerio de Fomento venezolano a aplicarle los frenos a la Shell y tal actitud siembra el recelo entre esta empresa y la Standard, primogénita del imperialismo yanqui en suelo venezolano. De allí en adelante, se instala la hipocresía en las relaciones entre yanquis y británicos, a propósito de Venezuela.

En apariencia, un lubricante de afecto y amistad baña tales relaciones, pero bien abajo, los dos se vigilan con aplomo de caballeros que saben manejar la duplicidad. Así transcurren para las petroleras los postreros años de la tiranía gomecista.

1936, que se abre con la muerte de Gómez –ocurrida en diciembre de 1935–, trae un cuadro mundial que asoma un dilema para Estados Unidos e Inglaterra. La Alemania nazi, que avanza con impaciencia por la pista del rearme, no cesará de equiparse para la guerra. Y ello arroja un guante, ante todo, a Inglaterra, pero también a Estados Unidos. Es cierto que Inglaterra, como dueña del imperio colonial más extenso del planeta, es el blanco o el adversario para el cual se rearma Alemania. Pero Washington, sin dejar de frotarse las manos por las consecuencias de este reto germánico a la potencia inglesa, vislumbra algo obvio, ¿puede ser desplazada hoy Inglaterra de su trono mundial, sin que ello comporte una *capitis deminutio* para Estados Unidos, al mismo tiempo? Inglaterra y Estados Unidos se han entretejido tanto como potencias imperiales; integran una relación tan estrecha que, pese a divergencias menores, constituyen una pareja estratégica. Algún cínico en Washington sintetizó esta situación con una frase chusca: somos un matrimonio mal avenido pero indisoluble.

Desde los primeros días de 1936, la fría distancia entre la Shell, por un lado, y la Standard y la Gulf, por el otro, empieza a acortarse en Maracaibo. La reunión entre los doctores Castillo Barrios, por un lado, y Brice y Montiel González, por el otro, constituye el reconocimiento de una nueva realidad estratégica. El imperialismo alemán, con su guante arrojado a los

pies de sus enemigos, obligará a Inglaterra y a Estados Unidos a cancelar sus querellas. De ahora en adelante, la Standard y la Gulf no harán nada sin consultar a la Shell, ni esta emprenderá nada sin la anuencia de las otras empresas.

Pero entre 1936 y 1939, cuando estalla la Segunda Guerra Mundial, esa situación cambia. Desde 1922, año del pozo Barroso II, que entroniza a Venezuela en los altares de la reputación petrolera, la Shell y la Standard se miran con recíproca desconfianza. La Cólquide, llena de riquezas naturales que el barreno ha descubierto en el costado Oriental del Lago de Maracaibo, al encender la codicia, establece una reciprocidad cargada de desconfianza. Las dos compañías se miran como buhoneros que se disputan una esquina. La Standard goza esa ventaja que en América constituye el espíritu de Monroe. Estados Unidos, con su bandera de estrellas y barras, ha recibido un legado: el continente americano. Es su herencia, por lo cual, en toda riqueza que advenga en suelo americano, las empresas yanquis tendrán prioridad casi bíblica. En el petróleo, los títulos prioritarios de Estados Unidos tienen además la seguridad que proporciona la existencia de yacimientos aceiteros en el propio subsuelo americano, lo cual otorga una ventaja, la de buscar el petróleo fuera de su territorio para evitar que un rival lo posea o conquiste, no para abastecer su mercado. Inglaterra, en cambio, no poseía entonces un solo barril de petróleo en su subsuelo y, para defender su vasto imperio, necesita ese combustible que concede a las flotas una ventaja apremiante. Inglaterra consigue petróleo seguro en el extranjero o debe resignarse a perder el imperio que en tres o más siglos de piratería

le labraron sus bucaneros. Para Estados Unidos, el petróleo es una conquista en el exterior que podría producirse o no, sin que ninguna de las dos alternativas altere su fuerza imperial. Para Inglaterra el petróleo extranjero marca la distancia entre el éxito y el fracaso, entre la maravilla y el desastre.

La apremiante necesidad de granjearse yacimientos petroleros en Venezuela se hace notoria para la Shell, como uno de los tentáculos que el pulpo inglés ha de desplegar en el mundo, con la designación, en 1913, de W. T. S. Doyle como gerente general de la empresa en Caracas. Los gringos miran, entre 1918 y 1925, los éxitos de la Shell en Venezuela, derivados todos de andanzas pioneras en el país, con la curiosidad fastidiada del tigre frente al ratón que sube por su lomo. Pero ya en 1925, cuando de súbito las concesiones petroleras de las compañías británicas en la Costa Oriental del Lago se acrecientan, cambian de actitud.

En el sanedrín, perdón, en la consulta, se acordó iniciar una serie de reuniones con factores representativos de la sociedad marabina. Tal proposición la hizo el más silencioso de los ingleses, míster Dandridge, jefe del Departamento de Exploración, geólogo introvertido y poco sociable.

–Aquí, *my dears* –dijo este inglés–, se va a plantear la misma lucha para Venezuela que vienen librando los obreros en Inglaterra para que sean reconocidos como seres humanos. La masa obrera inglesa pasó, en casi un siglo, desde el final de las guerras napoleónicas, tratando de obtener ese reconocimiento. Eso costó sacrificios sangrientos. Solo después de la Gran Guerra, *Great War, my friends*, a los obreros en Inglaterra se les mira como seres humanos. Aquí será peor, porque se

atraviesan los prejuicios de raza y de cultura. Los europeos creemos ser superiores al resto de la humanidad, a los hombres de piel oscura los despreciamos, sobre todo, si son obreros.

–¿Y ese discurso de mitin obrero, Dandridge? –pregunta Watson de repente.

–No, *my friend. I'm not a dark agitator in worker's gatherings* –responde Dandridge–. Digo la verdad. Se necesitó la muerte de un tirano en Venezuela y una perspectiva de guerra en Europa para que llamáramos nosotros a consultas a algunos de los aquí presentes. Lo lamento, al fin y al cabo, los cambios vienen siempre con los apuros. Casi siempre hemos llamado a los venezolanos para notificarles una decisión tomada en Londres y que los afectaba, o para sugerirles alguna tarea o servicio en beneficio nuestro. Ahora, nos empieza a preocupar otra situación, y tomamos otra actitud, la de solicitarles a los venezolanos su parecer sobre asuntos que atañen a su propio país.

Los doctores Castillo Barrios y Montero, presentes en aquella reunión, lo mismo que los jóvenes Carrillo y Aprino, no salían del asombro en que los sumió la exposición de Dandridge. Watson fue más aplomado, teniendo para tal discurso una interpretación objetiva.

–Es verdad, mucho de lo que usted dice es correcto, pero es hora de corregir, no de criticar.

VI. ¿Habrá o no revolución?

Nadie conoce tan bien a Maracaibo como el gochito Higinio Contreras. El latosillo empleo de *office boy* en el *junior staff* de la Shell, imponiéndole incursiones a los lugares más inverosímiles, le convierte en un trotamundos urbano. Las relaciones públicas de la compañía van haciéndose tan profusas y universales, que el gochito, único mensajero de la Shell, tiene que renunciar a las mandocas de misia Proserpina. No importa que le doblen el sueldo, la tarea es tan agobiadora que ni el emolumento de míster Watson resultaría justo para remunerar el arduo trabajo de Higinio repartiendo cartas, colocando cartapacios o distribuyendo paquetes. Desde San Francisco, por el sur, cerca del pueblo de Moján, por el norte, el *office boy* de la Shell mide a diario la inmensa extensión del perímetro urbano de Maracaibo.

—Coño, ahora sí sabéis, gochito —le dice Antonio el heladero—, que Maracaibo es la ciudad más grande de Venezuela.

No hay recoveco que Higinio no haya rastreado ni rincón al cual no haya penetrado. En cierta ocasión tuvo que llegarse hasta la esquina de La Jorobada, en el callejón de Los Agachados; y en otra ocasión se vio obligado a subir hacia Los Valles Fríos, donde los hampones que allí tenían su bastión lo recibieron con muestras de efusiva complacencia. Eurípides, el más bronco de aquellos bravucones, fue cordial como ninguno y Helimenas le dio un recado verbal para su

madre, que trabajaba como cocinera de una familia inglesa en la colonia Tierra Negra de la Shell. El doctor José Trinidad Montero, que presume por su condición de agrimensor de conocer mejor que nadie la ciudad, queda asombrado cuando somete a examen los conocimientos del gochito.

–Mirá –le dice el abogado–, ¿conocéis el rincón de Los Colgados?

Higinio le responde con una cristalina risa:

–Claro que lo conozco, y ¿sabe una cosa? Allí venden las mejores mandocas de la región, se lo dije a misia Proserpina. Y ahora –le advierte el gochito– le voy a pasar un rectazo, como los que tira Lázaro Salazar, el cubano, allá en La Ciega. ¿A que no sabe usted dónde queda el Cardón Colorado? –El doctor Montero no lo sabía–. Pues aquí mismo, entre el hotel Granada y Los Peñascos del Milagro, mi doctor –lo consuela Higinio.

Esos conocimientos enciclopédicos de Higinio sobre el paisaje de Maracaibo le serían utilísimos a la Shell a medida que, avanzando el año 1936, los peligros avizorados por Watson parecerían hacerse más perentorios. Uno de los recursos pensados por el gerente general es o está en el acercamiento a las gentes que pudieran, teniendo de la Shell una aceptable opinión, labrarle a esta alguna respetabilidad. Watson envía de repente cartas, notas o relaciones a las gentes más inverosímiles. El archivero del Estado recibe una consulta del gerente general, quien quiere saber si el «mene» del que hablaron los adelantados españoles del siglo XVI es el mismo petróleo u otra sustancia. Watson sabe, mejor que cualquiera, por su condición de ingeniero, la naturaleza de ambos minerales, pero quiere halagar al archivero. Cuando el doctor Castillo

Barrios dice que el archivero anda presumiendo de aquella carta, el doctor Montero le recomienda no seguir divulgando el hecho.

–Nos joderíamos, porque Watson le mandaría entonces cartas hasta a Proserpina preguntándole si los fundadores de Maracaibo ya comían mandocas y dulce de hicaco.

–Entonces –agrega el previsor Montero–, no dispondríamos nosotros de Higinio para enviar a los tribunales los libelos y memoriales que nos interesan. Déjese de vainas, colega.

Entre Watson y Castillo Barrios va abriéndose un golfo de divergencias, en cuanto a lo que sucedería en este país que, con la muerte de Gómez, parece haber perdido su indispensable curador. «Watson vivía como Hamlet, esperando acontecimientos sombríos. El fin del mundo o poco menos», comentaba Castillo Barrios jocoso.

–Lo mismo decían en México, en los días que siguieron al derrocamiento de Porfirio Díaz y vean lo que ocurrió. Aquí puede repetirse la historia –repostaba Watson.

–Mirá, N. O. –así llamaba Castillo a Watson cuando quería ser cordial–, aquí en Maracaibo hay demasiado dinero y demasiada cordura para que haya alzamiento o siquiera asonadas. Aquí corren ríos de dinero desde 1922 y eso no va acabarse. Cuando Ovidio Márquez pierde trescientos mil dólares en el casino de Cabimas,

exclama: «¡mañana mismo los repongo!», no puede haber disidentes ni inconformes. Solo Venenito habla pendejadas sin pasar de ahí.

Watson no le replica porque no quiere abrir grietas en el alto personal de la Shell. Castillo Barrios hubiera prologado aquella discusión en ciernes, pero una especie de tucán subía por una rama de uno de los árboles más próximos a la pared este del edificio. El largo pico, las plumas negras relucientes, los ojos verdosos y el copete rojizo eran todo un abanico de belleza y variedad. Castillo guardó silencio y abandonando su sillón, se acercó a su ventana, a través de la cual se veían el árbol y la pequeña maravilla del pájaro; Watson lo siguió con la mirada y al ver, él también, el ave montada en la rama, exclamó: «¡Cómo en México!». El pájaro levanta vuelo recortándose en el azul del cielo sus bellas alas. Los dos hombres permanecen en silencio mirándolo durante un minuto largo. El tucán había sacado así a dos esclavos del petróleo del mundo apremiante en que vivían, para elevarlos al éter donde impera la fantasía. El edificio Las Laras no solo era un oasis de frescura, podía ser también un cálido refugio, muy de vez en cuando.

Más allá de esos gratos momentos, la ciudad vivía el drama de Venezuela, el cual, en pocas líneas, podría sintetizarse en el dilema, planteado con aguda brutalidad desde el momento en que expirara Gómez: liquidar el gomecismo con furia de tempestad para execrarlo y expulsarlo de la vida nacional o aceptarlo como maldición bíblica y convivir con él en callada resignación. Tal vez porque había vivido en México y en otros países a donde lo llevó su calidad de *globetrotter* de la Shell, Watson esperaba la tempestad. En la

intimidad de su conciencia debía admitir que la posibilidad de revueltas y hasta de revoluciones muy violentas en la Venezuela de esos días, era más que fácil de predecir. En México, se repetía a sí mismo, se han visto cosas peores sin que los gobiernos en los cuales se ampararon o de los cuales se valieron las compañías hubieran llegado, como ocurrió en Venezuela, a ser tan opresores y hambreadores.

–Allí está el detalle –rebatía el doctor Montero cada vez que lo invitaban, por cortesía o reconocimiento a sus méritos de jurista y de servidor de la Shell, al Directorio–. Gómez, en 1915, no se encargó de la Presidencia de Venezuela para la cual acababa de ser designado. Sugirió, para llenar el vacío burocrático que abría tal actitud, un presidente provisional, el doctor Victorino Márquez Bustillo, quien invistió la Presidencia a título transitorio hasta 1922.

Watson, que no carecía de sentido del humor, apuntó:

–Parece que en Venezuela lo único que dura son las provisionalidades, por lo cual voy a sugerir a Londres cambiar el nombre de la Caribbean para llamarla Caribbean Provisional Petroleum.

Los chistes descargaban la tensión del momento, pero no liberaban las conciencias de la carga de inquietudes que las agobiaba. Watson permanecía en el salón donde sesionaba el Directorio que él presidía, aún finalizada la reunión. A veces, ausentados los otros miembros de aquel cuerpo, el gerente general seguía allí, en la cabecera de la gran mesa oval de caoba en torno a la cual deliberaban los adelantados del imperialismo británico en Venezuela, como los llamaba Venenito. En cierta ocasión permaneció hasta pasadas

las diez de la noche, siendo tan insólito el hecho, que Deogracias Sierna, guachimán nocturno, creyó que el gerente general pudiera haber sido víctima de un accidente.

Promediando 1936, las discusiones en el Directorio tenían un apéndice dedicado a tratar la situación de Venezuela. En ciertas oportunidades, esa parte era más larga que el cuerpo principal.

—No puede ser, no puede ser —insistía míster Watson— que todo vaya a limitarse a un mitin en el Nuevo Circo, un desfile en la plaza Baralt y una apedreada a las casas de los gomecistas más prominentes. Estoy seguro de que alguien intentará una revolución.

—¿Una revolución? —pregunta sorprendido, y casi saltando del asiento, el doctor Castillo Barrios—. No puede ser.

—Pues sí puede ser, querido doctor. ¿Acaso en Rusia había más agitadores? No, menos, a pesar de que Rusia tiene ochenta o cien veces más población que Venezuela. Lean la historia de la Revolución rusa, sobre todo un clásico, *Los diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed. Los comunistas eran un puñado, tal vez menos que los agitadores existentes hoy en Maracaibo.

—En Rusia —interviene Dandridge— existían problemas de nacionalidades y un gran drama campesino, cosas que no veo en Venezuela. En cuanto a los obreros, son aquí una pequeña minoría, y aunque muy mal pagados, incluso por nuestra empresa, sus salarios son superiores a los de otras capas trabajadoras de la población.

—Aun así, querido amigo, aquí puede haber un estallido. No es posible que habiendo desaparecido una tiranía tan cruel y tan prolongada, no haya una seria

revuelta o una inmensa revolución. Es elemental, lo digo a mi pesar, pues la Shell fue de las grandes beneficiarias de los privilegios que otorgó la dictadura.

—Como lo fueron las otras compañías, como la Standard y la Gulf. Pero hubo también beneficiarios venezolanos, ¿no? Acaso el ferrocarril del Táchira, el Central Venezuela, el Central Bolívar, el almacén de Tito Abbo o la Casa Mac Gregor, ¿no fueron iguales beneficiarios? —quien dijo estas palabras fue el doctor Castillo Barrios, que fue convirtiéndose dentro del Directorio en una suerte de árbitro o de amigable componedor.

Una tarde, habiéndose ido ya la mitad del año 1936, Watson entra al salón de sesiones con unos manojos de papeles embutidos o insertados en una carpeta revestida de cuero de becerro. Este último detalle llama la atención del doctor Castillo Barrios, que opta por el silencio. Con sobrada malicia criolla piensa que, de haber allí materiales interesantes o trascendentes, el propio Watson terminará revelando el contenido de aquellos documentos. La discusión vuelve al tema ya manoseado de si habrá o no habrá revueltas revolucionarias o insurgentes en Venezuela. Las dos tesis, la del gerente general y la de los otros miembros, vuelven a enfrentarse. Las posiciones van abroquelándose tras el escudo de la intransigencia o el baluarte de la rutina. Ninguna tesis, ni la del gerente general, llena de temores, ni la de otros colegas hacen progresos o gana adeptos. Tampoco ninguna retrocede, las cosas empiezan a petrificarse o a caer en un charco o tremedal de aburrimiento. Discretos bostezos se ven o se escuchan cuando alguien insinúa el tema.

Entre tanto, por las calles se ven pequeños desfiles presididos por una muchacha que porta la bandera nacional de Venezuela; se reparten unos panfletos de nombres extravagantes, como «El Corta Cabezas» o «El Coñazo» o «El Nuevo Circo», son como el *ring* de un boxeo político. Pero de allí no pasa la crónica política. Sin embargo, Watson reitera su tesis de la revuelta y a menudo, cuando no tiene visitantes en su oficina, abre el cartapacio de piel de becerro y estudia su contenido.

VII. El cartapacio de Watson

Al doctor José Trinidad Montero le extrañó bastante que los documentos que N. O. Watson guardaba con tanto celo en el cartapacio forrado en cuero de becerro, no siguieran ninguno de los tres caminos o suertes que aguardaban de costumbre a los papeles del gerente general. El primero de tales destinos era ser leídos en alguna reunión de Directorio; no lo fue en este caso. No fueron enviados al archivo, y allí estaba el segundo destino posible; no fueron puestos, como era práctica, sobre la mesita de su despacho para que su secretaria procediera a tal fin. Tampoco, y era el tercer e inverosímil destino, fueron entregados al oficial de guardia para su devolución, en el caso de que alguien los hubiera dejado por olvido en el salón de reuniones.

–Allí –le decía Higinio a misia Proserpina, cuando por la noche le comentaba de los sucesos del día–, no queda ni un solo trocito de papel que no recoja el oficial de seguridad, Clark J. Donovan, al terminar la jornada de trabajo.

–A propósito –le dice misia Proserpina–, vos vais a tener que pedir alza de sueldo porque ya te están haciendo ir hasta La Concepción, y eso es un abuso.

–Un *office boy* –contesta Higinio– debe estar como un *boy scout*, siempre listo, *every ready*, doña.

–Every Ready es una marca de pilas de linterna, so pendejo.

Shell, y en general las compañías, desde los días que siguieron a la muerte de Gómez, tenían su propio

aparato de seguridad, o mejor, coronaban la creación de sus aparatos policiales llevándolos hasta las oficinas. Bajo la tiranía, la vigilancia armada era ejercida por las empresas en sus «colonias» residenciales o en sus establecimientos cerrados, no así en las oficinas abiertas al público. El personal de seguridad, en su totalidad, destinado al edificio Las Laras tenía la particularidad de provenir de Texas. Lo dirigía o comandaba Jack H. Ross, de Corpus Christi. Así manejaba la Shell a sus propios altos empleados en Venezuela, colocando en las oficinas donde trabajaban unas normas especiales de seguridad, a las cuales estos debían ceñirse.

Sin embargo, no hay regla sin excepción ni secreto que no sea violado. En el caso de las andanzas u operaciones de Watson y del ambiente de sus oficinas, la tronera por donde se filtraban los secretos a la calle tenía que ver tanto con sus dos secretarias, una angloparlante, tejana, igual que los vigilantes, y la otra hispanoparlante y perijanera, como con los otros empleados criollos. La secretaria hispana, como la apodaban, Agripina Márquez, era muy amiga de las hijas del doctor Montero y, por añadidura, vecina de ellas. En ciertos atardeceres, cuando el calor de Maracaibo obligaba salir al aire libre, la secretaria de Watson trasmitía todo un reporte a sus vecinas, pero no fue el caso del cartapacio forrado en cuero de becerro, por el cual el doctor Montero sugirió a una de sus hijas indagar con extrema discreción, pero tampoco pudo

saberse algo. El cartapacio empieza a hacerse misterioso o legendario, en la misma medida en que crece la curiosidad en torno a él.

El ya famoso cartapacio no hubiera merecido tanto interés de no ampararlo el velo de tensión o el clima de incertidumbre reinante desde el deceso de Juan Vicente Gómez. Sin embargo, nada auguraba o suscitaba tal clima; es verdad que hubo algunas protestas en la ciudad, así como en los campos petroleros de la Costa Oriental del Lago. También vinieron las declaraciones estridentes a la prensa y los pregones incendiarios a través de la radio, pero sin eco real en la calle. Todos esperaban una noche de San Bartolomé y otra toma de la Bastilla, entre ellos, un oficial adscrito a Scotland Yard, quien pasaba por «tenedor de libros» en la nómina de la empresa. Desde el presidente del Estado, señor Rocanjolo, hasta los conductores de los carritos «de a real», todos aguardaban la gran catástrofe. N. O. Watson no era una excepción. Por un fenómeno contagioso este compartía la ansiedad general, a pesar de que el cónsul inglés en Maracaibo y el ministro de la Embajada en Caracas procuraban inyectarle un poco de serenidad ante la situación. Pero Watson estaba como el correo del zar, buscando intrigas, averiguando complots y actuando como un barómetro que reflejaba las posibles borrascas, así estas estuvieran a horcajadas entre lo real y lo imaginario.

Todo ese miedo al futuro, todas las fantasías temerosas, se sintetizaban justo en el cartapacio de cuero de becerro, del cual era tan celoso míster Watson. Si alguien quisiera demostrar que los temerosos y los desconfiados son seres inocentes, le bastaría seguir como sombra a este míster, cuyo mestizaje

latino-sajón le convertía en injerto de Scotland Yard con la Santa Hermandad. El contenido del cartapacio era un dechado de inocencia. Había allí, desde luego, la demostración de la paciencia y el método sajón. Un pragmatismo llevó a míster Watson a preguntarse, desde los días que siguen a la muerte de Gómez, quiénes eran los líderes que, regresados del largo exilio, brotados de forzosos anonimatos o liberados de incómodas prisiones, hacían ejercicio político bajo el sol de la supuesta libertad. ¿Agitadores?, ¿revolucionarios?, ¿aventureros? Las preguntas ruedan como gotas de sudor por la frente de N. O. Watson, injerto de gringo y mexicana, híbrido, contradictorio, pero imaginativo.

Por esa inquietud sobresaltada, por tal angustia existencial, Watson anda en todos los meses de 1936 como el genio que descubrió algo fantástico en el campo de la ciencia, pero que nadie lo escucha o atiende. Los gerentes de las otras empresas petroleras –todas yanquis– respiran seguridad. «*All sure, my friend*», le responde el gerente de la Gulf, un virginiano, cultivado pero indiferente.

Watson no tiene, desde principios de 1936, otra opción que hacer sus propias investigaciones sobre la realidad venezolana y la más concreta del Zulia, y además hacerlas en silencio, sin ayuda, mediación ni colaboración de nadie. El contenido del cartapacio es, por ello, secreto e ingenuo, como todo lo que hacen aquellas personas que tienen ideas o preocupaciones que pocos comparten. Allí se encuentra una lista con cinco nombres que correspondían a personalidades de la supuesta izquierda revolucionaria que, según temía, podían incendiar al Zulia destruyendo las instalaciones petroleras, y con ello, condenando a Gran Bretaña a la

indefensión, peor, a la inocuidad militar. «*No Venezuelan oil, no more United Kingdom*», le repetía el acompasado latir de sus sienes. Gran Bretaña estaba más amenazada por estos cinco revolucionarios venezolanos que por Hitler, cuya maquinaria infernal calentaba ya sus motores allende el río Rin. Watson así lo creía, y el tiempo dedicado por él a enriquecer el contenido del cartapacio forrado en piel de becerro así lo testimoniaba.

Antes de la muerte de Gómez, Watson salía siempre de su oficina a las seis en punto de la tarde, luego de cumplida su jornada laboral; ahora permanece muchas veces hasta las diez de la noche, manejando papeles, escribiendo memoriales, enviando o recibiendo mensajes telefónicos o redactando cartas, en inglés y en español, que al día siguiente despachaban sus dos secretarias, pero ninguna de ellas tan expertas, leales y discretas han visto el contenido del cartapacio. No tiene límites la confianza que Watson les tiene, pero, a pesar de ello, no les ha franqueado senderos de revelación en cuanto a lo contenido en el cartapacio, tampoco ha dejado ese mamotreto barroco al alcance de ellas. Siempre está sobre su propio escritorio o en la gaveta bajo llave.

Watson cree, deslizándose un poco en las aguas de la paranoia, que la suerte de Venezuela y del Imperio británico yace en aquel cartapacio que parece más valioso o milagroso que el oráculo de Delfos. Si alguien le hubiera preguntado en aquel momento cuál objeto era el más estimado por él, sin dudarlo, el gerente general hubiera respondido, el cartapacio. Allí estaba para él, como en los oráculos, la llave del porvenir.

Watson prolonga, cada vez con mayor frecuencia, el lapso de su permanencia en la oficina más allá del horario de labores. «El maldito cartapacio –diría el

doctor Castillo Barrios–, al cual el gerente general le consagra aquel celo misterioso, cae en la extravagancia y hasta la locura maniática». Castillo opta primero por el chiste para disipar en el gerente la obsesión hacia el objeto:

–Con el debido respeto, míster Watson, cuando tengamos un problema serio no lo estudiaremos aquí en el Directorio, se lo consultaremos al «cuero de becerro».

Watson lo mira amoscado, pero ahorra toda respuesta. En él empieza a crecer, respecto a aquel objeto, la dependencia que se establece entre el brujo y el talismán. Este no tarda en apoderarse tanto del ánimo de quien lo consulta o lo maneja convirtiéndolo en apéndice suyo. Watson era demasiado inteligente como para no haberse dado cuenta de la situación de recelo que creaba entre sus colaboradores que aquel objeto, vulgar o corriente, se hubiera convertido en talismán milagroso. Castillo Barrios decide seguir observando en silencio y para sus adentros exclama: «¡Esta vaina no tardará en reventar!». La misma conducta adopta el doctor Montero, pero en este el problema toma un giro chistoso. «Algún día –dice para sí–, parirá esa barriga llena de papeles. Tendremos un huracán de hojas volantes o de papelillos, según sea el tamaño de la sorpresa». Pero decide también aguardar en silencio.

N. O. Watson capta la curiosidad que va creando su cartapacio. A Agripina Márquez, la secretaria, le ha sorprendido varias veces lanzando miradas de soslayo, tan reiteradas que el gerente general tose ex profeso, como para darle la advertencia que pide el orden sin el menoscabo de la discreción. En la mesa de

la sala de reuniones, cuando los otros miembros del Directorio llegan con anticipación, registra las mismas miradas insistentes. No sabe cómo abordar y resolver el problema que se plantea por el cartapacio, revelar el contenido en una reunión indicaría la lealtad o sugeriría confianza. Pero este gringo con alma medio latina le parece tal opción un poco brusca. Con varios argumentos descarta otras disyuntivas.

Una tarde, viene la solución. Estaba el cielo nublado, había llovido a mediodía y el clima fresco, mejorado por vientos vespertinos de los que recorren Maracaibo casi siempre o muchas veces. Este ambiente de frescura invita a Watson a caminar por lo que alguien hubiera llamado la ciudad de la Shell. Salió a la cinta de asfalto que ni siquiera tenía nombre en aquel momento, hoy avenida Cinco de Julio; desde la esquina sureste del edificio avanzó por otra cinta de asfalto que era perpendicular a la que venía. Al llegar al taller, una cuadra más allá, hacia el norte, se detuvo a ver cómo dos obreros reparaban un camión de la compañía que habían parapetado en lo alto de un puente mecánico. Allí estuvo entretenido mirando cómo los obreros debajo del camión trabajaban con absoluta eficacia.

Siguió hacia el norte, por la misma cinta de asfalto, rumbo a otras instalaciones. El hospital de la Caribbean le impuso un alto al pasar frente a él. Aquellas paredes blancas, aquellos techos negros, aquel dorso rojo de los mismos techos y el verde que aparece de repente, «son una maravilla de contrastes sabios», piensa este gringo acriollado mientras detiene su marcha unos minutos. Cuando la reanuda ve, habiendo avanzado algunos metros, dos cosas que llaman su atención. Un

entierro llega a la pequeña iglesia anglicana que se levanta muy cerca del hospital. «La muerte al lado de la enfermedad», dice para sí Watson. La otra observación es un partido de béisbol que se juega en un terreno no edificado que la Shell tiene como reserva para una futura urbanización.

Watson sigue su marcha hacia el norte, siempre dentro de las áreas privadas de la compañía. Así llega a la colonia Tierra Negra. Las treinta o cuarenta casas que hay allí parecen globos cuadrados de luz. El sol se hunde en el oeste, allá en las cordilleras que se estiran entre Venezuela y Colombia. El estilo Shell está presente, las casas son todas de dos pisos, el mismo color, amarillo desvaído, con techos de asbesto. En la planta baja de cada casa, un porche o portal de madera oscura, una puerta para pasar a una sala vecina al comedor, ambos pertenecientes al mismo ambiente. Y luego, en la parte trasera, bajando, está la cocina. Cuando Watson penetra a la colonia ve a un grupo de muchachos jugando en la grama amplísima, casi con dimensiones de parque, que se extiende entre las casas de cada manzana. Watson llama al guachimán y le ordena:

–Mañana vaya a la oficina y le pide a Gutiérrez unas pelotas de béisbol para aquellos muchachos.

Y Watson dota así al club callejero de la colonia con las primeras pelotas que no son de trapo.

Llega el gerente hasta el final de las casas que se extienden por tres cuadras desde la garita del guachimán. Allí ve, en el oeste, el espectáculo de un sol ya hundido en el horizonte que pareciera no querer irse sin incendiar antes todo el firmamento. La ciudad de la Shell, este enclave neocolonial en pleno Maracaibo,

era un reducto de privilegios, pero no rehusaba a mostrar los tesoros del paisaje. Watson los necesitaba en vísperas, creía él, de abrir la caja de Pandora, perdón, el cartapacio de cuero de becerro.

VIII. El cartapacio sale a la luz

Tan importante es el cartapacio de piel de becerro que N. O. Watson consulta a Londres si debe revelarlo en la sesión del Directorio, que se efectúa cada jueves por la mañana en el salón destinado al efecto en el edificio Las Laras. En la capital del Imperio británico, el propio Deterding, según imagina Watson, sometió la materia a consideración del *Board of Directors* de la empresa. Para decidir, aquel augusto cuerpo, sondeó al Consejo de Ministros de la Gran Bretaña a través de *sir* Samuel Hoare, ex primer ministro y jefe del Partido Conservador, y a la Corona de Holanda, tarea de la cual se ocupó el propio *sir* Henry Deterding, ya que tenía acceso directo a la reina Guillermina de Holanda. «La nueva política europea –dijo en Londres *sir* Hoare– tiende a incorporar a gentes distinguidas de nuestra tierra o de países amigos en los cuales hay importantes inversiones británicas de capital, manejo o discusión de asuntos relacionados con esos intereses». La misma opinión vino de Ámsterdam. Holanda e Inglaterra aprobaban la política implícita en aquel cartapacio.

Watson sigue asumiendo, respecto a la carpeta mágica, el mismo aire misterioso de agente de Scotland Yard o de personaje de Conan Doyle. El cable con el cual el *Board* de Londres, en nombre de las Coronas inglesa y holandesa, da la aprobación a la consulta hecha sobre el hacer conocer el contenido de los documentos, lo tomó el gerente general casi arrebatándoselo de las

manos a la señorita Márquez, a quien por equivocación le fue entregado el texto. El gerente general había ordenado ponerlo en el escritorio de la secretaria inglesa, a la cual Watson en lo personal y la compañía en lo institucional tenían más confianza. El espaldarazo que daban las dos capitales de la Shell a su representante en Maracaibo estimuló, más bien, la reserva o desconfianza que venía adoptando este hombre medio inverosímil con el mamotreto de piel de becerro. Como si fuera el diamante que lució la reina Victoria en su corona, Watson aguardó por unas semanas más el hacer público los documentos, que él ya había convertido en amuleto por lo reservado y en joya sagrada por lo reverenciado.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Pasadas unas pocas semanas –envejecía ya 1936–, a Watson, la incertidumbre sobre la evolución del caso venezolano se le iba enroscando con mayor fuerza en el cuello. «Es como una serpiente de las que aquí llaman tragavenados», decía el gerente metido a policía secreto. Antes de decidirse a comunicarles a sus colaboradores del Directorio –nuestro *Board*, como lo designaba Watson en sus intimidades–, quiso completarlo con algunos datos que allí faltaban. De manera astuta, tanto que él mismo se sorprendió de su maestría en tal terreno, sondea a la señorita Márquez, al doctor Montero, al jefe del taller, e inicia contactos con hombres de posición moderada, como

Nicolás Vale Quintero, dueño de la prestigiosa emisora Ondas del Lago, que va convirtiéndose, en este caluroso Maracaibo, en profeta de multitudes tensas; también a un grupo de jóvenes personalidades, como Vale Quintero, que alejadas y hostiles a los gobiernos represivos que suele sufrir Venezuela tienen en lo social un pensamiento conservador o moderado. Ese grupo y otros, que solo revelará Watson cuando comunique al Directorio el contenido del cartapacio, devendrán una de las columnas fundamentales de nuestro trabajo.

—¿La quinta columna? —habría preguntado Venenito, quien ya estaba enterado de tal expresión, por seguir con tenaz atención el curso de la guerra civil iniciada en España semanas atrás.

—Sí, la quinta columna. ¿Por qué voy a ocultarlo? —le habría contestado Watson, quien cuando tomaba un camino era para llegar al final sin vacilación.

Cuando Watson creyó que había llegado el momento, dio su golpe sorpresivo. Era ya oportuno divulgar en una sesión del Directorio su tesoro escondido, es decir, su cartapacio de piel de becerro. En una sesión ordinaria, sin aviso previo, para que la sorpresa permitiera mantener en la espontaneidad de las opiniones que allí verterían sus colegas, Watson trasmitió al Directorio de la Shell en Venezuela la joya informativa que él venía guardando con avaricia de prestamista desde hacía meses.

Al doctor José Trinidad Montero le extraña hasta el desconcierto que se le haya invitado a la «reunión ordinaria del Directorio», como le dijo el gochito Higinio, a quien Watson en persona impartió la orden de trasmitir tal mensaje al jurista en el propio Departamento Legal y de Tierras. La sorpresa del jurista llegaría a

la estratosfera cuando, sentado ya ante la gran mesa oval, vio a los jefes de campo de Cabimas, Lagunillas y Mene Grande. «Aquí hay gato enmochilado», pensó Montero, y optó por el mutismo del que, ante una situación desconcertante, adopta el papel de espectador. Al abrir Watson la sesión de aquel día martes 18 de septiembre de 1936, Montero observó que no faltaba nadie del Directorio, ni siquiera míster Dandridge, a quien fastidiaba todo lo que fuese ceremonioso. El gato enmochilado no tardaría en saltar.

Discutidas con rapidez las materias de rutina, Watson dijo, sacando de su maletín el ya legendario cartapacio forrado en piel de becerro, que en lo sucesivo, en esta reunión hablaría más como vocero de la Directiva Central de Londres que como gerente general en Venezuela.

Relató, para comenzar, que desde diciembre del año anterior, cuando expiró el general Gómez, venía experimentando gran ansiedad frente al montón de incógnitas que dominaban la situación venezolana.

–Nuestros enemigos van a aprovechar la agitación y el desorden inevitables para golpearnos a fondo. ¿Quiénes son nuestros enemigos?, se preguntarán ustedes. Los cabecillas revolucionarios que el general sepultó en los castillos del litoral venezolano o a los que obligó a huir del país. Desde el momento en que estas personas vuelvan al país o salgan de las cárceles, la espada de Damocles penderá sobre nosotros. Me he dedicado y he dedicado mis ratos libres desde hace meses a catalogar y rastrear la vida de estos sujetos.

Watson se detiene mientras sus dedos ojean las páginas del *dossier* que saca del cartapacio.

—Creo que no hay revolución o asonada que no sea fruto o para la cual no esté predispuesto un puñado de dirigentes. La agitación callejera, el malestar que se advierte, son fruto en Venezuela y con más ímpetu en Maracaibo. Yo veo acá la clara mano del comunismo internacional. Lo puedo comprobar con unas informaciones, recogidas por mí, durante meses desde mi despacho en este edificio, pero también desde el club de la compañía en Bella Vista. Con paciencia he recorrido los periódicos venezolanos y en particular los del Zulia, desde los años veinte, para lo cual me ha ayudado la señorita Márquez, pero he pedido a Londres más información sobre los grupos políticos internacionales a los que estuvieren ligados los cabecillas venezolanos.

»Después de mucho rastreo, puedo decirles que la posible revolución que estalle aquí en el Zulia, y que sería una amenaza o traería amenazas para nuestras inversiones, tendría cinco cabecillas —así terminó Watson su primera rueda de revelaciones.

Un silencio sepulcral reinó sobre la sala. Los allí presentes se miraban unos a otros. Era demasiado abrupta la sorpresa y bastante amenazante el peligro como para largar una frase convencional. Y adentrarse en el terreno de los análisis, con tan sumarios elementos de juicio, implicaba una aventura. Watson interpretó el silencio de los circunstantes como una incitación a proseguir, «ahora viene lo bueno —pensó el gerente—, con los nombres que voy a soltar».

—Los cinco cabecillas a los cuales aludí son Valmore Rodríguez, Isidro Vallés, Felipe Hernández, María Teresa Contreras y Olga Luzardo. Si algún riesgo corre nuestras instalaciones vendrá de ellos o pasa por el cerebro y las manos de ellos. Fuera de esas cinco personas

no hay peligro alguno, y si ellas no existieran esta reunión no tendría sentido o no habría sido jamás convocada.

Watson vuelve a la pausa y recorre con la mirada la fila que bordea la mesa ovalada junto a la cual forma un rosario humano los dignatarios de la compañía. Míster Collins, aleccionado por Watson desde días atrás, solicita al gerente general explicaciones sobre los métodos, recursos y estrategias seguidas por él para obtener datos confidenciales sobre la vida y trayectoria de aquellos cinco cabecillas. «Los servicios de información de la Legación británica en Caracas, el *Foreign Office*, las oficinas de nuestra compañía en Londres». Collins hace la señal que allí se acostumbra para pedir la palabra que le es concedida.

–Creo –comienza así su exposición–, que si hubiere en Venezuela algunas revueltas o alguna revolución izarían la importancia del petróleo, única riqueza existente hoy en el suelo venezolano. Ningún revolucionario pierde el tiempo aplastando o tratando de controlar otras riquezas que pudiera guardar el suelo de este país. Hoy día, Venezuela vale casi de manera absoluta por el petróleo. La revolución comenzaría por el control de los campos petroleros.

Nadie más pidió la palabra o intervino para formularle preguntas a quien había actuado como ponente.

Watson procedió a sintetizar las informaciones de los personajes mencionados por él.

–Valmore Rodríguez es el más veterano de los nombrados. Se formó en Estados Unidos cuando las persecuciones lo obligaron a dejar Venezuela. En Estados Unidos trabajó cerca de Houston como obrero. La localidad donde residía en Texas tenía varios

campamentos petroleros. Allí habían adquirido prestigio los líderes de la organización llamada Industrial Workers on the World, la rama más intransigente del sindicalismo norteamericano. Mientras permaneció en Estados Unidos, Rodríguez jamás faltó a los deberes que había contraído en esa federación anarquista. Ya en Venezuela, Rodríguez, antes de huir o ser obligado a dejar el territorio, se le había detenido por sumarse a desfiles o concentraciones radicales. Es tal vez hoy en Maracaibo el líder más capaz de los agitadores de izquierda. Isidoro Vallés, a diferencia de Rodríguez, es maracucho, como suelen decir ustedes. Ha recorrido todo el Caribe y en algunos países fue expulsado por sus actividades agitadoras. Desde que regresó del exilio, a raíz de la muerte de Gómez, parece ser aquí el más consciente de la importancia ya crucial que han alcanzado los campos petroleros, pues no deja de visitarlos una vez por semana con puntualidad de centinela. Tiene buena formación intelectual y su condición de periodista lo obliga a alternar con muchas personas.

El auditorio embebido, y medio asustado por el tono apocalíptico de Watson, parecía implorar, o Watson así lo interpretó, una tregua en aquella narración digna de san Juan Evangelista. Pero el jefe seguía impertérrito:

—Señores —advirtió el gerente—, aunque esto es un poco fastidioso debemos llegar hasta el final. Por mi parte, procuraré sintetizar al máximo la narración.

Las señales de cansancio en el auditorio le indujeron a ser conciso al máximo con las tres últimas personas de su lista de cinco:

—Felipe Hernández es muy inteligente, según confiesan o sostienen sus amigos, pero lo domina la negligencia, no llegando, desde luego, a ser perezoso. Tiene esa cultura siempre superficial de los que se han formado solo oyendo a los demás en cafetines y otros lugares parecidos.

Aquí casi cerró el gerente su narración o interpretación, porque a las dos damas que clausuraban su lista las despachó con frases breves y apuradas.

—Son las mensajeras de los tres líderes que he mencionado. Eso sí, las dos mujeres, señora Contreras y señora Luzardo, son valientes y decididas.

Al callar Watson reinó el silencio. Collins tosió con tos seca y breve, el doctor Castillo Barrios escribía en una libreta que reposaba en la mesa frente a él y los demás se asemejaban a tumbas faraónicas. Parecía que la exposición del gerente iba a ser preámbulo para un silencio rotundo y solemne. Pero la liebre salta siempre de donde menos se piensa. Míster Dandridge, que no tenía mala atmósfera en la compañía y no parecía ser hombre de audacias inauditas, pidió la palabra. Este inglés, geólogo de profesión, cuya oficina estaba llena de mapas colgados en las paredes o embutidos en voluminosas gavetas en varios escritorios, iba a dar la sorpresa del día. Intervino, rompiendo el silencio fúnebre que siguió a las palabras, con una breve pero sustanciosa conferencia.

—El señor Watson ha debido averiguar la filiación política y la matrícula ideológica de estos caballeros y así prestaría a la compañía y a nosotros mismos un mejor servicio.

Algunos miembros del Consejo querían interrumpir a Dandridge. Pensaban rogarle detener allí sus

palabras, pero el inglés, quien parecía muy decidido, cortó el propósito de algún consejero que ya alzaba la mano para insinuarle al jefe del Departamento de Exploración que cuidara sus palabras irónicas y bastante cortantes.

—Queridos amigos, *my dear friends* —así inició sus palabras el señor Dandridge—. Yo conozco a los mencionados por el señor Watson, no son revolucionarios. La prensa de Maracaibo, la radio o, en otras palabras, *Panorama* y Ondas del Lago y Ecos del Zulia, para nombrar el primer periódico y las dos primeras estaciones de radio, publican casi a diario declaraciones de esos cinco caballeros. Ninguno de ellos es revolucionario, porque ninguno ha asumido una postura insurgente en el problema del poder, así como ninguno ha planteado la abolición de la propiedad privada. La Shell, el diablo de los infiernos o cualquier otro podría convivir con ellos. Si nosotros publicamos un aviso de prensa diciendo que las compañías de la Shell quisieran dialogar con los dirigentes de los partidos que están surgiendo y con los dirigentes de los sindicatos, sospecho que la respuesta de ellos sería positiva. Los dirigentes sindicales o políticos de izquierda que han aparecido en Venezuela con la muerte de Gómez, todos ellos, siguen la corriente socialdemócrata, de bastante fuerza en la actualidad, y otros se inclinan hacia el comunismo de cuño soviético. Hay grandes diferencias entre unos y otros, pero todos respetan el orden político y la estructura social de la Venezuela de hoy. Esa circunstancia permite suponer que de mediar invitaciones, todos ellos conversarían con la Shell y las otras compañías petroleras. Propongo hacer sondeos en tal sentido.

Watson replica sin tardanza al terminar Dandridge las palabras que acaba de pronunciar:

–Vea usted, apreciado colega –así habla el gerente general en esta ocasión–, para eso necesitaríamos la aprobación de Londres y en este momento no es probable que Londres otorgue el *all right* indispensable.

–Entonces, ¿vamos a cruzarnos de brazos, encerrados en nuestra *ivory tower*? No, querido Watson, debemos marcar una orientación audaz. No les tenga tanto miedo a los recién aparecidos dirigentes que operan en la calle. Son ellos, le aseguro, criaturas menos peligrosas de lo que se supone.

Watson volvió a reiterar que las conversaciones que insinúa Dandridge eran imposibles por ahora.

–En cambio, sí podemos seguir la carrera y, sobre todo, los propósitos de los agitadores recién aparecidos en la escena política de Venezuela. Los recortes de prensa por un lado, informaciones que nos pueden dispensar algunas personas a quienes les sugiramos que asistan a los mítines y algunos contactos con propietarios de bombas de gasolina que vendan productos nuestros nos permitirán desenvolvernos en cuanto a información.

–Eso dista bastante de ser completo y no rima con la situación actual. Es una tarea de seguimiento político para engrosar el cartapacio que viene formando el señor Watson. Soy escéptico en cuanto a la eficacia de este camino.

Pese a tales observaciones, la estrategia del seguimiento político que mantuviera informada a la compañía de las andanzas de unos líderes dispuestos, según temían algunos, entre ellos el propio Watson, a destruir

la sociedad existente en Venezuela para implantar una macabra dictadura comunista, siguió en pie.

–La Shell será un Argos del petróleo –dijo Dandridge.

–Y con la propuesta que ustedes sugieren, la Shell sería como el salón de *madame* Sevigné o *madame* Staël –aclaró Watson.

–En todo caso, es la primera vez, desde que asisto a este consejo, que se ha planteado una discusión política a propósito de Venezuela y sus habitantes. ¿No les parece positivo?

IX. ¿Viene o no viene la tormenta?

No se equivocaba N. O. Watson ni el contenido de su cartapacio, que había formado con tanta maña y paciencia. La revolución, la revuelta o el caos que surgiera de la ola de agitación o de la incertidumbre que se cernía o brotaba de Venezuela, solo podía tener por caudillos o líderes a alguno o a todos de los cinco personajes que durante meses fue atrapando en su cartapacio forrado en fina piel de becerro. Era imposible intentar o planear una revolución en Maracaibo o en el Zulia sin contar, por lo menos, con la complicidad, ayuda o colaboración de los cinco personajes o de algunos de ellos. Míster Watson, persuadido a fondo por ese señalamiento, consideraba que la revolución venezolana tenía su Petrogrado en Maracaibo y su región báltica en el Zulia. Esto y el consignar los documentos en un maletín que había mantenido en el misterio durante meses, se había transformado para Watson en una manía. Pero las manías son casi siempre la sistematización de preocupaciones entroncadas o derivadas de hechos reales. En Venezuela entera, pero en el Zulia con más claridad, se manifestaba, desde la muerte de Gómez, una ebullición política susceptible de culminar en una revolución. Y en ella tenían participación inevitable, casi fatal, los cinco personajes o algunos de ellos. La paranoia de Watson no nacía en un alma atormentada e imaginativa, era producto de realidades objetivas, que los sentidos podían captar y trasmitirle al cerebro una correcta interpretación. Tal

vez era Watson el único sujeto que en la Venezuela de aquel momento vislumbraba una revolución honda y auténtica, a pesar de que Londres y Nueva York, alertadas por él, estuvieran algo escépticas ante tal hipótesis.

—Ni el oráculo de Delfos —dijo míster Deterding en la capital británica— fue tan infausto.

—Vea —le atajó uno de los Rothschild que gozaba de asiento en el *Board* de la Royal Dutch—, ese hombre es mestizo de yanqui y mexicana, y ello lo capacita para otear revoluciones.

Sin embargo, esta opinión quedó descartada.

Aunque Watson acertaba en cuanto a predecir o preocuparse por una presunta revolución en Venezuela, de la cual sería Maracaibo su Petrogrado y el edificio Las Laras su posible Palacio de Invierno, entre los líderes que él señalara, aún antes de iniciarse en Maracaibo la agitación posgomecista, no existía humor o ánimo revolucionario. Si un historiador doblado de panfletista quisiera o se viera obligado a definir o caracterizar la situación, pero de alma conciliadora, diría que los cinco, tres varones y dos hembras, aunque radicales, ni siquiera soñaban con la revolución. El mundo en que atizaban sus sueños, la ideología que los guiaba, las conexiones internacionales a las que acudían en demanda de auxilio o asesoría, todo ello les impartía un papel o una posición conciliadora, muy propicia al mantenimiento del orden social existente. La depuración del Ejército y la administración, expulsando de ellos a los esbirros o sicarios que allí embutió el gomecismo, resumía todas sus exigencias. Ninguno de ellos se planteó preguntas elementales, además de obligatorias para todo revolucionario auténtico: ¿a

quién representaba Gómez en el poder?, ¿para qué servía toda la superestructura legal armada a lo largo del cuarto de siglo que duró la tiranía? Eran suficientes aquellas preguntas para entender que no bastaba perseguir la libertad de pensamiento, de manifestación y de organización. A ella debía superponerse la destrucción total del Estado gomecista, la disolución del Ejército, la reforma agraria y la modificación profunda de las relaciones legales entre el Estado y la industria petrolera, donde reinaban como soberanas absolutas la Standard de Rockefeller, la Shell de Deterding y la Gulf de Mellon.

El programa que acabamos de enunciar podía servir, en las condiciones venezolanas de entonces, de plataforma ideológica o conceptual para un movimiento revolucionario. Pero ninguno de los líderes, que en los meses siguientes al deceso del tirano acaudillaron a la masa en Maracaibo, pensaban en un vuelco revolucionario. El programa que los guiaba, o mejor, el espíritu que los animaba, pertenecía más a Kérenski que a Lenin. Los miedos de Watson eran reales, en Venezuela había materias explosivas que cruzaban su ambiente político, pero el propósito revolucionario faltaba por completo. Sintetizando este aspecto en una frase, diríamos que había un Palacio de Invierno sin destacamentos revolucionarios que quisieran tomarlo. Watson hacía bien en catalogar a cinco personas como peligrosas para los intereses que él encarnaba, mas sus miedos obsesivos eran, cuando menos, prematuros. Nadie en la vasta Venezuela pensaba aprovechar la desaparición del dictador para permitirle a la «partera de la historia» su trabajo creador. Los cinco personajes del cartapacio iban a clavar las

banderillas al toro y a lanzar, como en las corridas, algunos petardos al cielo, pero ninguno de ellos buscaba matar a la bestia.

De todas maneras, ellos fueron los protagonistas de la agitación y los fogoneros del despertar con que avanza por el almanaque el año de 1936 en el Zulia. Concentraron en sus figuras el cariño de la masa, interpretaron el sentir de la colectividad y si no llegaron a la faena máxima de encabezar una revolución social, debemos señalar ahora tal falla sin sentarlos en el banquillo de los acusados; ellos interpretaban un momento histórico y eran tal vez más arúspices anticipados de la propia masa popular que no sabía nada. Si con ánimo de fiscal insomne y tremendo quisiéramos levantar a un culpable, debemos entonces mirar a Moscú y a París. El movimiento obrero internacional, que entonces tenía sus dos cabezas en aquellas ciudades, creó el ambiente de pánico al cual se cede y el oportunismo con el cual se complace. Muchas influencias condicionaron hacia la inocuidad al formidable movimiento de masas que suscitó el fallecimiento de Juan Vicente Gómez. Para explicarlo bien, dejando satisfecho el ánimo retrospectivo del lector y los reclamos de la solvencia intelectual, vamos ahora a formular un análisis detallado de aquellos cinco personajes y de su contorno ideológico en el momento en que muere el dictador.

Valmore Rodríguez había sido en Estados Unidos un revolucionario, tanto que el sindicato Industrial Workers of the World es posible que haya sido la organización sindical más extremista de toda la historia. Pero cuando adviene la muerte de Gómez, giraba en torno de la Segunda Internacional, que fue y sigue siendo un freno para las tendencias revolucionarias. Isidro Vallés simpatizaba o era miembro del Partido Comunista. Pero ¿seguía siendo revolucionario en aquel momento el comunismo soviético, que era el monitor ideológico de todos los movimientos radicales del mundo o de la mayoría de ellos? Felipe Hernández y las dos damas seguían o respaldaban a Valmore Rodríguez o a Isidro Vallés.

Valmore Rodríguez no podía auspiciar y trabajar por el derrocamiento del sistema político y del orden social porque ya no era el militante de la Industrial Workers of the World. Tenía él algunas de las virtudes encomiables del intelectual de izquierda en aquellos años, pero la llama insurgente se había apagado en su corazón. El régimen de Juan Vicente Gómez, por implacable en sus métodos y secular en su duración, había forzado en el exilio a secundar y hasta parodiar a algunos cabecillas de la oposición emigrada y a no pocos exponentes de la oligarquía venezolana enemistados con Gómez, por estrictas razones de carácter mercantil. La condición burguesa que fue asumiendo la oposición emigrada –única oposición visible siendo Gómez un tirano paranoico– se revela en dos de los alzamientos o insurgencias que confrontara el sistema gomecista, ya en las postrimerías de su existencia. La insurgencia de José Rafael Gabaldón en su hacienda Monte Cristo del estado Lara es el primero de tales

episodios. El general Gabaldón era un hombre de derechas. Y si militó en movimientos o campañas de la izquierda fue obra de sus hijos, Joaquín y Argimiro; el primero participó con entusiasmo y perseverancia en la izquierda insurgente y Argimiro, decenios más tarde, encabezaría una de las pocas guerrillas serias que se alzarían en armas contra Rómulo Betancourt, ya en los años sesenta.

Valmore Rodríguez fue pasando de sus posiciones anarquistas o anarcosindicalistas, absorbidas en su pasantía yanqui, a posiciones socialdemócratas que le imponían en la arena venezolana una moderación casi automática.

Isidro Vallés era también, ya para 1936, un hombre moderado. La Unión Soviética, central o cerebro de todos los partidos comunistas, venía aprendiendo, desde 1925, a convivir en cada país con fuerzas burguesas muy conservadoras. Los partidos comunistas eran aliados, cuando fallece el tirano de Venezuela, de Édouard Daladier, *premier* de Francia en vísperas de la Segunda Guerra Mundial; de Ramsay MacDonald, cabecilla del cretinismo burgués más acendrado, o de Manuel Azaña, jefe de una República Española que necesitaba en el timón de gobierno a un caudillo de recia e intransigente personalidad. Para los partidos comunistas todo el problema táctico, tanto en Europa como en América, consistía en hallar un sector burgués con el cual aliarse. El Partido Comunista de Venezuela era una de las últimas fuerzas que en 1936 hubiera podido postular o buscar una salida revolucionaria para el drama político que se desarrollaba en el país.

Felipe Hernández, y luego las damas, para rematar con este recorrido de lo que pudiéramos llamar jefatura

de la insurgencia en los días críticos que siguen a la muerte de Gómez, era un hombre de agudísima inteligencia, pero con un defecto cardinal: era indolente o carecía del estremecimiento entusiasta que debe habitar en todo revolucionario. Oscilaba además entre la socialdemocracia y el comunismo, aunque su frialdad emocional lo llevaba a sentirse más en su mundo dentro de la primera. Por lo que respecta a las damas, María Teresa Contreras tenía para las masas zulianas, en aquel momento, el inconveniente de ser gocha en un país que no había soltado aún los prejuicios regionalistas, exacerbados por el deceso de Gómez. Olga Luzardo, digamos para cerrar este perfil de las cinco personalidades, era en ese momento demasiado joven, apenas estaba entrando a la adolescencia.

Esas mismas personalidades encauzaron, condicionaron o marcaron el paso de la situación en Maracaibo desde el instante mismo en que expiró el tirano. Algunos de sus amigos tenían lazos de parentescos o amistad con sectores influyentes en la sociedad marabina y Valmore Rodríguez había sido, bajo el gomecismo, en los momentos en que no estuvo encarcelado, colaborador del diario *Panorama*. En fin, ese grupo de cinco proscritos que volvieron a la vida cívica o recuperaron su condición de ciudadanos con el fenecimiento de la dictadura, no carecían de nexos en la sociedad dominante.

Valmore Rodríguez propone algo que pasaba por el meridiano de la sensatez táctica:

—Actuemos unidos —dice abordando a Isidro Vallés—. En la etapa que viene, comunistas y socialistas debemos operar unidos, somos muy débiles, empezamos una lucha cargada de acechanzas mortales y,

dentro de la situación de ustedes, con las últimas resoluciones de la Internacional Comunista, cabe el frente unido con nosotros los socialistas.

–¡Aceptado! –exclamó Isidro Vallés–, era lo que pensaba proponer. Frente al fascismo y al imperialismo, hoy solo cabe, como acabas de decirlo, el frente único de las corrientes progresistas.

Maracaibo brinda a Venezuela, en esos días que siguen a la muerte de Gómez, un espectáculo inusitado. La izquierda dividida o separada en facciones propicias apenas a la colaboración, pero distanciadas por orientaciones políticas muy diversas y hasta pugnaces entre sí, ofrece otro rostro. No es el hombre de las mil caras, es una sola corriente, encauzada por una organización única: el Bloque Nacional Democrático del Zulia.

Allí conviven socialistas y comunistas, distanciados en el resto de mundo y apenas unidos meses más tarde cuando en España la rebelión de los generales, auxiliada por Hitler y Mussolini, pone una brasa muy caliente en la hidra de las divisiones infinitas. El Bloque Nacional Democrático no es un partido, no tiene solidez, pero es un estrado, una pulpería única donde quienes, en otras comarcas de Venezuela, siendo izquierdistas se acuchillan entre sí. Guardar las apariencias mientras la situación objetiva termina de esclarecerse era el papel, precioso por el momento, de este parapeto. No podría, desde luego, durar mucho tiempo el experimento unitario. De no haber madrugado la represión policial desencadenada por López Contreras en 1937, cuando expulsó a cuarenta y siete líderes de izquierda, el distanciamiento habría separado a quienes ya eran socialdemócratas y a quienes,

en ese grupo de cinco personas, abrieron entre sí una pausa de colaboración o entendimiento.

De los cinco personajes que, contra la costumbre divisionista que databa de quince años atrás en el mundo, consintieron un experimento unitario en el Zulia, el de más solera, experiencia y vivacidad era Valmore Rodríguez. En el primer encuentro con los otros cuatro, y con distintas personas, que no había surgido de persecuciones en el «tiempo del desprecio» de la tiranía, dijo palabras que servirían de preámbulo para hechos de relevancia histórica:

—Aquí en el Zulia —dijo Rodríguez— tenemos algo que nos coloca por encima del resto del país. En el Zulia está el petróleo, única riqueza codiciable para el imperialismo entre las que guarda el territorio venezolano. Entre las riquezas que posee Venezuela, la que apenas puede despertar interés en Wall Street —proclamó Valmore, como empezaría a llamársele, podándole el apellido—. Maracaibo es importante, quién lo duda, pero más importante son Cabimas, Lagunillas y Mene Grande, campos petroleros de primera magnitud.

Aquella mezcla de discurso con charla profesional tuvo un desenlace o conclusión. El expositor o tribuno propuso, a la audiencia que lo escuchaba, algo obvio:

—Concentremos el trabajo en los campos petroleros. Sería la estrategia adecuada para nosotros. Allí radica la concentración obrera más gruesa del país. Y allí están las inversiones de capital de más entidad. Si ganamos la confianza de los trabajadores del petróleo, podríamos amenazar a cualquier gobierno en Venezuela e imponerle a la fuerza cualquier arreglo al imperialismo yanqui. Petróleo contra lo que sea

podría ser nuestra consigna, si obtenemos la confianza del proletariado petrolero.

Todos, no solo los restantes miembros del quinteto del que nos ocupamos desde hace rato, aplaudieron juntando el fervor a la convicción.

–¡Tenemos una línea política en la cual todos estamos de acuerdo! –gritó Isidro Vallés, quien agregó además–: con la unidad podemos tomar el Palacio de Invierno.

Venenito Araujo, quien estaba presente, tuvo que explicarles a unos muchachos del El Saladillo, quienes estaban ahí porque eran amigos de las hermanas de Olga Luzardo, que el Palacio de Invierno estaba en Rusia, un país donde caía la nieve y de vez en cuando caían las cabezas de los reyes que allá llaman zares.

Como era de rigor se acordó de poner énfasis especial en los campos petroleros, lo cual significaba, entre otras cosas, el envío de comisiones de trabajo para visitar cada campo.

Pero dentro de aquel movimiento empiezan a perfilarse corrientes ideológicas enfrentadas, posiciones distanciadas, filosofías antagónicas. La casa donde funciona o tiene su cuartel general el Bloque Democrático es un ágora ateniense con el correr de los meses. Cada jueves, hay allí una asamblea general. El Bloque tiene varias casas, pero una de ellas, situada en la calle Ciencias, esquina de Vargas, fungía como matriz. A ella concurrían las cinco personalidades, con puntualidad británica, todos los jueves a las seis y media de la tarde, para presidir la asamblea general. Aquella reunión era un muestrario ideológico, una quincalla política, como era inevitable y hasta obligado. A un discurso de Isidro Vallés sobre la necesidad de instituir y cuidar la unidad

para llevar al pueblo hasta la victoria, seguía una vehemente y desordenada oración del adivino de la calle Urdaneta, quien sostenía la necesidad de consultar a los astros. Muy serio, este señor sostenía que la Revolución francesa había sido posible por la conjunción de Marte y Júpiter, el 14 de julio de 1789.

–¡Qué molleja! –exclamó Venenito a la sordina–, en la Revolución rusa la conjunción sería entre Marte y otro planeta arrecho.

Las asambleas generales del Bloque, los jueves al atardecer, empiezan a competir con la función intermediaria de los teatros Baralt y Metro, atrayendo no solo a los militantes de ese agrupamiento político, también asisten los curiosos, los descontentos, los desocupados y otros especímenes flotantes en la nata de la sociedad.

Venenito mide la atracción o fuerza que comienzan a alcanzar aquellas reuniones por el número de carritos de los helados El Polo que se congrega en la calle adyacente al local los jueves por la tarde o ya anocheciendo. «¡Parece mentira, los capitalistas dueños de la empresa que fabrica esos helados –exclaman algunos– son hoy los primeros beneficiarios de la revolución!». Alguien llegó a contar hasta siete carritos de expendio de la golosina en la calle inmediata a la casa del Bloque.

Valmore Rodríguez e Isidro Vallés registran el fenómeno, pero no para admirar o admitir el enriquecimiento de una empresa fabricante de helados. Hay dos factores que van caldeando el ánimo de los dos dirigentes. El primero de ellos es el volumen de la masa que se concentra en la casa del Bloque los jueves en el atardecer, para el ágora acostumbrado. Ya a mediados

de 1936 tienen que colocar un altavoz hacia la calle, al no poder entrar en el local techado la multitud que concurre a la ya tradicional sesión. El otro signo es el alza de la temperatura política de la muchedumbre de ese véspero de los jueves. Se da un fenómeno inusitado en ese hervor de la pasión política. La mayoría de los asistentes –parece mentira– tiene o asoma un aliento insurgente de cepa anarcosindicalista, pero embutido en la tradición venezolana del que «tira una parada». Del vientre de Bakunin va brotando, en esta pleamar maracucha, el Mocho Hernández.

Todas las tardes de este tenso año de 1936, Valmore Rodríguez e Isidro Vallés intercambian impresiones y cruzan criterios sobre el proceso del cual serían testigos y actores. A veces la disidencia, matizada por su dispar ubicación ideológica de uno y otro, pone candelillas en sus conversaciones. La noticia de los primeros juicios de Moscú, con el inevitable Vichinski de fiscal, inspira a Rodríguez a algunos comentarios traviesos:

–Como Stalin superó ya a Lenin, quiere emular ahora a Maximiliano Robespierre –apunta con un periódico que despliega la noticia en titulares de escándalo.

–¿Qué queréis vos? –subraya sin retardo Isidro Vallés–, ¿que esperemos a los nazis con flores y luces de bengala?

–Entonces– replica Rodríguez–, ¿vos creéis que Zinóviev y Kámenev son o eran espías?

La discusión no prosigue porque en ese momento entra una delegación de Cabimas que quiere discutir con los dos un proyecto urgentísimo.

Pasaron a un pequeño salón donde solía deliberar el Consejo Directivo del Bloque Nacional Democrático.

La delegación estaba compuesta de tres personas: Germán Ríos Linares, Manuel Taborda y Luis Hurtado Niguera, muy joven este último, casi un niño, pero ya embarcado en la nave de la pelea política.

Los tres venían a Maracaibo a exponer el proyecto de la toma de Cabimas mediante un golpe, para que el grupo de acción que realizara tal operación en la Costa Oriental del Lago de Maracaibo se hiciera fuerte, «iniciando así una guerra civil que tendría la ventaja de abrir conversaciones con el petróleo en nuestras manos», declaró enfático el más locuaz de los dos, Ríos Linares, que había sido entrenado en las faenas oratorias por los Testigos de Jehová.

Valmore Rodríguez guarda silencio mientras Isidro Vallés califica de putchista la operación que sugieren los dos delegados de Cabimas.

–No sé qué cosa es ser putchista –contesta Manuel Taborda–, pero la toma de Cabimas es facilísima para nosotros. No hay allá hasta Mene Grande más que un solo cuartel del ejército. Nada más que policías; nosotros en Cabimas tenemos apalabrados, desde antes de la muerte de Gómez, a los sargentos que mandan en la policía. Los guachimanes que vigilan los campos no tienen sino revólveres ocho y medio. Un paseo, si ustedes aprueban nuestra proposición.

–Tan fácil –subraya Taborda–, como la toma de Curazao que hizo el camarada Gustavo.

«La diferencia –piensa Isidro Vallés– está en que para el momento del asalto a Curazao por Gustavo Machado, la Internacional Comunista sostenía la política de "clase contra clase" y ahora sostiene algo muy diferente: los frentes populares. Y si en 1929 Gustavo Machado fue censurado por su aventura, como fue

calificada aquella toma, ahora nos colgarían, por lo menos».

En la discusión sobre el proyecto de alzamiento, las posiciones extremas fueron sostenidas, siendo ambos delegados más o menos influidos o comprometidos con el Partido Comunista de Venezuela, por Isidro Vallés y Manuel Taborda. Valmore Rodríguez comprendió que a él le tocaba allí el papel del conciliador para mantener la armonía y, más aún, las relaciones operativas con algo tan vital como los campamentos petroleros de la Costa Oriental del Lago.

–¿Por qué no discutimos la materia allá en Cabimas?, nosotros pensamos cumplir una gira por toda la Costa Oriental del Lago dentro de quince días. Ustedes, que ya tienen un rudimento de organización allá, aparte de servirnos de brújula en aquella zona, nos orientarían en el sitio sobre este plan insurgente. ¿No les parece?

Un aplazamiento de la materia, cuando ya sonaba la hora undécima allí en Maracaibo, solucionó la discrepancia entre los dos grupos. Valmore Rodríguez ríe, no hay como aplazar una cuestión que sea difícil; es la mejor manera de liquidarla cuando ella es inoportuna o ilusa.

La gira del Bloque o de sus dirigentes por la Costa Oriental del Lago fue lo más promisorio que pudiera esperarse. Abarrotados los locales, cuando se trataba de asambleas populares, recibimientos de emperador romano en las visitas a los barrios, acogida cordial, sin argucias ni acomodos ya ensayados, dominaron las jornadas desde Cabimas hasta Mene Grande. Los trabajadores petroleros extremaron la camaradería y la solidaridad.

—Un solo hombre, así piensa y actúa esa gente —comenta Isidro Vallés, aludiendo a la actitud homogénea, de una sola pieza, con que fueron acogidos en todas las jornadas cumplidas en ese mundo—. Toda la población nos saludó con fervor, pero los petroleros llegaron al asta de la bandera.

Las reuniones con los trabajadores del petróleo fueron tan categóricas, por su entusiasmo y su volumen, que tanto Isidro Vallés como Valmore Rodríguez coincidieron en proponer, en cada campamento, un Comité de Acción dotado de plenos poderes en lo político y en lo administrativo para cumplir, en el lapso más breve que fuera posible, la tarea magna del momento: organizar a los trabajadores del petróleo.

De regreso a Maracaibo, en una lancha facilitada por un grupo de trabajadores, la delegación que acababa de redondear en los campamentos del petróleo tan brillante tarea tuvo un mal pensamiento, como habría dicho el cura Zuleta del capítulo metropolitano de la capital del Zulia. «¿Y si desencadenamos, cuando haya un mínimo de organización, una huelga petrolera?».

La pregunta aterriza en la mente de los integrantes de la delegación mientras las olas mecen la embarcación con suavidad casi ensayada. «¿Una huelga petrolera? ¿No es mucho? Nos enfrentaremos no solo al gobierno venezolano, también, y ante todo, al imperialismo yanqui. ¿Pero el imperialismo podría intervenir con sus malditos infantes de Marina, ahora cuando proclama Roosevelt la solidaridad continental? Palabras, palabras, palabras —como exclama un personaje—. Un momento, alto allí. Las palabras comprometen, por lo menos míster Roosevelt tendría que

convencer a mucha gente suya para realizar una intervención militar».

X. El menudo por la morocota

El contraste entre las colonias, campos y oficinas de las compañías petroleras y las zonas que los circundaban era mucho más agudo en Cabimas, Lagunillas o Mene Grande que en Maracaibo. Pasar en Cabimas de Las Cuarentas, barrio, urbanización o reparto de la Shell al centro de la ciudad era descender del cielo al infierno en la mitología de Dante. La urbanización de la compañía era un lote desprendido de los suburbios más risueños de Londres; el centro de Cabimas, un tosco o sórdido arrabal de Calcuta. En Maracaibo, al llegar las petroleras en 1914, había ya un cierto desarrollo urbano, una innegable acumulación de capital. Y todo ello se traducía en un modesto pero claro progreso edilicio. La plaza Baralt, el Malecón, el centro de la ciudad, eran muestras decorosas de transformación urbana. Cuando arribaron las petroleras, terminada la Primera Guerra Mundial que las alzó en vilo durante cuatro años, Maracaibo exhibía avances que la destacaban en el Caribe. Urbanizaciones como Bella Vista, el Milagro o los Haticos eran realidades o proyectos concretos que la elevaban de rango en la agria Venezuela del siglo XIX o del recién iniciado siglo XX.

Cabimas y Lagunillas, para solo mencionar a estos dos polos del petróleo, eran cocales en playas íngrimas, criaderos ocasionales de chivos o aliviadero de pescadores. Allí nadie sabía comer con cuchillo y tenedor, como diría un abogado de la Shell, queriendo

destacar el primitivismo que reinaba ahí. Entre Las Cuarenta y el resto de Cabimas había la misma distancia histórica que aleja a París de alguna aldea africana. El *apartheid* existente entre el edificio Las Laras y la cercana esquina del American Bar, tolerante en Maracaibo, era odioso y desconsiderado en Cabimas, cuando se establecía entre la citada colonia y el corazón de la urbe. En Cabimas y en Lagunillas el combate contra el gomecismo sobreviviente iba a acentuarse.

Isidro Vallés y Valmore Rodríguez lo asientan con inequívoca claridad. «El movimiento popular venezolano –dicen ambos– solo tiene un recurso, paralizar la industria petrolera. La única riqueza yacente en este país es el petróleo. Y petróleo significa entre nosotros Cabimas y Lagunillas. Aquí en Venezuela podríamos paralizar toda la agricultura, incendiar todas las fábricas si se nos ocurriera tal locura, y Wall Street apenas rezongaría. En cambio, si paralizamos el petróleo, Wall Street y la *city* perderían el sueño. Agitar, incitar y organizar a los obreros petroleros nos daría un arma de alcance internacional». En el Bloque donde todos fraternizan, pese a los matices de opinión que ya se insinúan, se abre el camino de la convicción, la batalla que viene debe ser ganada por el progreso y la renovación social, si los campos petroleros de la Costa Oriental del Lago se organizan.

–Y organizarse contra reloj –sentencia con autoridad de profeta Valmore Rodríguez.

–¿Y por qué contra reloj? –interroga un estudiante de bachillerato de apellido Paz Galarraga, allí presente.

–Porque dentro de la actual coyuntura internacional, el petróleo venezolano juega un papel importante.

Una incertidumbre en el manejo de ese petróleo, una indefinición en torno al petróleo, no puede ser consentida por Estados Unidos. Así como Roosevelt enrola voluntarios o renuentes reclutas en el ejército gringo, también cataloga riquezas, y el petróleo es una riqueza demasiado notable para olvidarse de ella.

«¡A los campos!», es la consigna que define el Bloque Nacional Democrático desde sus primeros pasos. Se decide visitar cada fin de semana a Cabimas, Lagunillas y Bachaquero, este último, un campo petrolero recién establecido. Comisiones del Bloque tendrán tal tarea cada ocho días. A bordo de lanchas, que son como los carritos por puesto del Lago o de piraguas –una de las cuales, la *Ana Cecilia* alcanzará una trágica celebridad–, los dirigentes del Bloque visitarán los campos petroleros. Allí empiezan a ver a aquellos hombres que han pasado los diez años más recientes agazapados, encarcelados, extrañados o proscritos y no gozaron del derecho a subir tranquilos o desprevenidos a una lancha que se mece sobre las olas del Lago, el nuevo país que ha engendrado el petróleo.

Hasta la muerte de Gómez, el temor a la cárcel, la sombra del espía que sigue, y a veces cerca, los ojos invisibles pero ciertos del intrigante o del esbirro, no les permitieron a estos hombres ahora cobijados por el Bloque Nacional Democrático contemplar los contrastes entre opulencia y miseria, entre complacencia y desagrado, que desgarran el nuevo panorama del país.

En Cabimas, primera población recorrida por los dirigentes del Bloque, hay prados y casitas, todo muy primoroso y ordenado. Es el país de Gales o Escocia arrimado al trópico. Pero unas cuadras más allá está la Cabimas del barro, el desorden, la miseria y el atraso.

Las Cuarenta es como Liverpool, elegante y discreta urbanización donde la Shell puso una regla de cálculo y una plomada en manos de unos ingenieros para el milagro de unas casitas coquetas, abrazadas por una grama hecha para embellecer. En cada manzana de aquella urbanización, el visitante cuenta cuatro o seis casas ceñidas por el verdor del césped. En cada esquina, un *bouquet* de palmeras es como un moño tropical. Las Cuarenta es el ramillete de la cultura británica en el desordenado arcabuco de la Costa Oriental. Pero quinientos metros más allá viene el amontonamiento de las casas sin paredes, puro techo de zinc, montado sobre zuecos de madera, porque descansan sobre las aguas del Lago casi siempre. Una callejuela de dos tablas hace el papel de calle entre dos hileras de viviendas. Estos barrios de la Cabimas recién surgida del petróleo se han formado al azar y mediante la «partera de la historia», que no siempre es grata o risueña. Como la tierra pertenecía a la Santísima Trinidad, vale decir, la Standard, la Shell y la Gulf, los invasores, gentes atraídas por la leyenda del petróleo, siempre dorada, tuvieron que construir sus ranchos de zinc y tablas sobre las quietas aguas del Lago. Desarmando los enormes cajones de la compañía petrolera que era dueña de la playa, los invasores improvisaban sus viviendas aguas adentro. Les tocaba el lado sórdido del petróleo. El lado grato era para los coroneles de Gómez, que en el casino de Cabimas se daban el lujo de perder trescientos mil dólares, sin que la sonrisa de esos afortunados huyera de su cara. Uno de tales coroneles tenía otro lujo, encender sus habanos con un *greenback* de diez dólares.

En Maracaibo no se veían estos ranchos sobre el Lago, tal vez porque las oleadas de recién llegados no eran tan grandes como en Cabimas. Además, la tierra costanera no estaba acaparada como en los campos petroleros por la Trinidad imperialista de las compañías.

–Mirá, ¿vos habéis visto mayor acaparamiento? –dijeron algunos delegados del Bloque–. Toda la playa, desde los Puertos de Altagracia hasta San Lorenzo, es de las compañías, hasta el Lago es de ellas. Nos dejan hacer los ranchos sobre el agua, porque de correrlos no tendrían mano de obra.

Algunos recién llegados a Cabimas cuentan a Valmore Rodríguez y a Isidro Vallés cómo a ellos los ha favorecido la muerte de Gómez.

–Cuando expiraba el tirano, las compañías, todas ellas, se replegaron esperando lo peor. Así que le dije al compadre Facundo: «Llegó nuestra hora», entonces invadimos unas tierras de la Shell sin que nadie nos molestara. Y como había un montón de cajones de la compañía, pues nos pusimos las botas. Nos construimos unas quintas como las de Bella Vista –dice el que narra, dándole un giro final de jactancia.

Las compañías, bien entrado 1936, se niegan a reconocer a los sindicatos, formados a prisa por unos trabajadores que de pronto han descubierto, por la palabra de los líderes, que tienen derechos. Las autoridades de Maracaibo responden a los trabajadores diciendo o recordando la existencia de un orden jurídico.

–¿Cómo? ¿Qué es eso de orden jurídico?

–*Iuris imperium* –contesta un viejo abogado–. Hay que llenar los requisitos legales para que las compañías se sientan obligadas a reconocer la personalidad

jurídica de cualquier organismo representativo de los trabajadores.

En otros frentes, las empresas son más dúctiles. Toleran las asambleas de trabajadores celebradas en sus locales. Hay que aflojar, o que parezca, en el punto más delgado de la soga. Esta advertencia es convertida por la Shell en regla de oro. Las asambleas son útiles, ante todo, para tomarles el pulso a los trabajadores. Allí es posible medir el estado de ánimo de la masa, es una especie de auscultación médica la que allí puede hacerse. A medida que declina 1936, con el paso de sus meses, va perfilándose un sentimiento: castigar a las compañías petroleras, ante todo, por la cabronería que guardaron ante Gómez y también por el increíble desparpajo que pusieron o matizó su relación con la sociedad venezolana. Pero junto al ímpetu viene el miedo. «¿No será demasiado audaz, no estará más allá de nuestras posibilidades?». Esa interrogante ya envuelve el temor como el guante a la fina mano que lo calza. Los dirigentes oscilan al compás de la masa. Son ellos un poco como un termómetro, que según sus ánimos sube o baja la columna de mercurio.

Las asambleas de Cabimas y Lagunillas son celebradas en destartaladas casas que ya muestran grietas en las paredes y troneras en los techos. En una de ellas, ubicada a un centenar de metros de la playa del Lago, fue tal el entusiasmo que los obreros salieron

con el comentario unánime: «¡Qué molleja! –decían–, de vaina no hirvió el agua del Lago».

La de Lagunillas fue aún más borrascosa. Desde La Salina hasta San Lorenzo va cuajando un sentimiento unánime o empieza a perfilarse un solo sentimiento: la huelga. Si el criterio de la masa fuera el único factor, ya el conflicto se habría desencadenado, pero... una huelga petrolera tiene ante todo resonancias mundiales. «Venezuela es hoy –piensa Valmore Rodríguez– el primer exportador mundial de crudos». Está planteada una contienda armada de alcance mundial, la cual no podría ser ganada si no se cuenta con el concurso de las democracias burguesas de América y Europa.

–Una huelga decretada por nosotros, sin apoyo –añade Rodríguez a sus reflexiones–, rompe esa alianza indispensable.

–Hay maneras de acordar la huelga sin menoscabo de aquella alianza –le contesta Lucifer, que es su contertulio–. Si la huelga es votada por más del sesenta y cinco por ciento, digamos, de los trabajadores en asambleas a las cuales asistan la casi totalidad de ellos, no tendrían nada que reprocharnos nuestros aliados internacionales más tibios.

Los meses transcurren mientras llega a hervir el ánimo apasionado de los trabajadores, abundan las asambleas y... los sancochos. La idea de los sancochos fue del compañero Arsenio Chacín, de El Saladillo, al oír acerca de la necesidad de sondear el ánimo de los trabajadores, exclamó, en presencia de varios caudillos sindicales:

–Pa eso, coño, nada mejor que un sancocho. –Ante el asombro de los circunstantes explicó–: Mirá, los petroleros estiman un sancocho como a sus vidas. Esos

carajos se mueren por comerse uno en la playa… Y como ahí todo se riega con ron Ceiba o con cerveza Zulia, las lenguas se aflojan. La mejor asamblea no sirve tanto como un sancocho pa conocer cómo piensa la gente.

El argumento resultó tan convincente que el propio Arsenio recibió el encargo de promover y realizar varios sancochos en playas cercanas a las localidades petroleras. El resultado fue categórico. Los obreros se inclinaban por la huelga. En esos sondeos, los dirigentes de los trabajadores asumían la posición del abogado del diablo, abultando las dificultades de la huelga, pero nada de ello alteraba el resultado de la consulta favorable a la solución conflictiva. Faltaba, sin embargo, la consulta a potestades como el CIO de Estados Unidos, potestad sindical recién creada en ese país, y a las *trade unions* de Inglaterra. Sin tales consultas, la huelga, como advirtió Valmore Rodríguez, era una aventura. Isidro Vallés estuvo de acuerdo, pero agregó otras federaciones sindicales a consultar, a la CGT de Francia y a la Federación de Sindicatos soviéticos. Aceptado tal añadido, se procedió a enviar las comunicaciones a las respectivas centrales obreras. Los dados empezaban a correr.

–La decisión está tomada –opina Valmore Rodríguez.

–No por nosotros –glosa Felipe Hernández–, sino por la masa en tantas asambleas y sancochos, nunca una decisión de ir a la huelga fue más democrática.

De todas maneras, una huelga petrolera es riesgosa. En los campos de la Costa Oriental viene la sistematización de las discusiones. Junto a los veteranos, en este caso, Isidro Vallés y Valmore Rodríguez, irán

las muchachas; entre ellas hay que destacar a Olga Luzardo, apenas adolescente, pero también a otros jóvenes que igualmente están llegando a la adolescencia, como Eloy Párraga Villamarín y Panchito Esparza, hijo de un acreditado profesor del Liceo Baralt de Maracaibo.

La posible huelga petrolera sume en persistentes cavilaciones a los dirigentes políticos y a los presuntos jefes sindicales. Parece en exceso ambicioso tal conflicto. Paralizar una industria tan vasta como la del petróleo, se supone por encima de las fuerzas del heterogéneo proletariado que han ido juntando los pozos del Lago. Es como si a un niño se le pidiera levantar un edificio. Estamos dando los primeros pasos… Gómez murió hace menos de un año y aquí los sindicatos eran y siguen siendo desconocidos. El vaivén del pensamiento recorre todo el trayecto que va de un extremo a otro. La idea de la huelga no se sabe quién la concibió primero, pero de repente surge en una de las apretadas asambleas, a veces celebradas en las placitas, que no necesitaron las compañías cuando se tragaron toda esta vaina, como dicen los trabajadores cuando quieren ser expresivos.

¿Pero no es difícil y, sobre todo, arriesgada una huelga? La suspensión de labores brota como borbotón de botella agitada en lo más caluroso de una discusión; al azar alguien menciona tal eventualidad, la masa prorrumpe entonces en salvajes gritos de aprobación. Todo se apaga minutos más tarde cuando la masa que juntó la asamblea se disuelve en grupos que vuelven a sus casas y en conversaciones ambulantes se reducen a murmullos las olas de la indignación. La idea de la huelga no desaparece, basta que haya más

de cien trabajadores en una reunión para que ella renazca con más fuerza, como brote poderoso, en cuanto un orador menciona las calamidades que enmarcan o dentro de las cuales viven los obreros del oro negro, como empieza a ser llamado el petróleo. «¿Por qué es tan persistente la idea de la huelga?», así reflexionan los dirigentes de Maracaibo cada vez que visitan alguno de los campos en la Costa Oriental del Lago. ¿Por qué? Es la pregunta preñada de oportunidades, mas también de peligros, que subiendo desde las asambleas proletarias de los sábados por la noche llega a Maracaibo y toca, con nudillos que comienzan a ser de apuro, las puertas del local donde sesiona el Bloque Nacional Democrático.

Franklin D. Roosevelt, presidente de Estados Unidos, retardó, nadie sabe si por semanas o por meses, la decisión de desencadenar la huelga petrolera en los campos del Zulia. Los dirigentes locales, en Cabimas, Lagunillas o Mene Grande, vieron al comienzo la idea como un extremo medio extravagante o un latiguillo desesperado de algún orador necesitado de aplausos. En medio de una exposición sobre la necesidad de un pliego reivindicativo que se debía formular a las compañías, alguien que se refería a la testarudez de las empresas petroleras terminaba su oración, urgida de aplausos, diciendo que aquella obstinación de las empresas tenía un remedio: la huelga, que es para el proletariado su mejor cañón. Al principio, expresiones de tal ralea pasaron como curiosidades destempladas, sin embargo, su repetición llevó a los dirigentes a verlas con atención.

Había en las asambleas obreras que se efectuaban, casi desde la muerte de Gómez, con regularidad

cronométrica cada quince días, dos líneas de problemas para el orden del día. Problemas políticos y problemas laborales, siendo entre los primeros el más sobresaliente, ya un estribillo, si se puede decir, el de la necesaria liquidación del gomecismo, y entre los otros la necesaria cancelación del gomecismo laboral, a lo cual equivalía la modificación del régimen de trabajo establecido por las empresas en sus campos del Zulia. A varios meses de la muerte de Gómez, el régimen político del país arrastraba aún las limitaciones que fueron inherentes a la tiranía y la pauta de trabajo vigente en los campamentos del petróleo era la misma. Faltaba, para liquidar ambos sistemas, un movimiento que golpeara a los dos al mismo tiempo. La huelga satisfacía, única entre todas las opciones posibles, tal exigencia a plenitud.

«Ni mandada a hacer», como les dijo a Isidro Vallés y a Olga Luzardo, Pedro Méndez, perforador de la Venezuelan Oil Concessions en Cabimas.

La huelga, sin embargo, era atractiva como ninguna otra opción, pero requería o exigía tales requisitos que no podía decretarse de un momento a otro. Era ella un parto que demandaba no una preñez de nueve meses, sino de doce, como la de las yeguas.

–Ante todo –les dice Valmore Rodríguez a Isidro Vallés y a Felipe Hernández, regresando los tres a Maracaibo–, una huelga de tal magnitud solo puede decretarse tras una tenaz discusión en todos los campos, consultándose además a otros gremios, como los periodistas, los profesionales universitarios, entre muchos otros. Pero no he terminado todavía de recorrer el panorama de las consultas. Aunque a ustedes les parezca impertinente. Ahora no es un caudillo

venezolano, despótico pero aldeano, es el imperio más poderoso de todos los tiempos el enemigo contra el cual habremos de enfrentarnos. Es cierto que todos los caudillos de esta huelga han combatido contra ese mismo imperio cuando, exiliados en América Central y el Caribe, sentían ante huelgas similares el llamamiento de la solidaridad internacional. Sin embargo, no es igual la responsabilidad ni equiparables los riesgos. En otras naciones de nuestra América éramos auxiliares o adjuntos de los jefes de la subversión social, aquí somos los jefes. Los líderes, desde Maracaibo hasta Casigua, pasan meses consultando a compañeros del Caribe de forma confidencial, que como los cubanos llevan ya medio siglo de luchas huelguísticas contra el imperialismo.

Hay como dos líneas de navegación para este barco insurrecto y alzado. Cada campamento es dividido, en lo que toca al personal obrero, según el lugar donde vivan los trabajadores. Así están las asambleas de Ambrosio en Pueblo Viejo, del centro de Cabimas o de Lagunillas. En determinados días, como los sábados, cuando la asistencia obrera es multitudinaria o completa, los jefes de las masas, al analizar la soberbia de las compañías, señalan la única actitud frente a tal intransigencia. Dejan ellos que la masa exprese sus puntos de vista, pero más que eso, brindan para ella toda la libertad que permite exhibir el alma sin reservas ni equívocos. Algunos dirigentes hacen de abogados del diablo exagerando, ex profeso, las dificultades inherentes a conflictos de tal envergadura. La temperatura sigue encrespándose y cada asamblea es un llamamiento de la masa al combate. Los jefes populares que van emergiendo, desde el momento en que muere

Gómez, empiezan a erguir su figura como bandera de reto y espada de pelea. Nada los arredra o amedrenta.

Por un momento, los dirigentes soslayan el problema de la huelga porque necesitan ahora estar seguros de la posición de los obreros, sondear a los jefes del movimiento popular en Caracas y a los aliados internacionales en México, y, sobre todo, en Estados Unidos y Europa. Y las fuerzas políticas de la propia Venezuela, empezando por las del Zulia, ¿cuentan tan poco, en un conflicto que tendrá por escenario los campos petroleros del Lago, que no tienen el honor de unas horas de debate y esclarecimiento?, podría haber preguntado un observador. Una huelga petrolera, en el país en que se ha transformado Venezuela por la magnitud de tal industria, es un problema de Estado. Más que los batallones del Ejército, que ni siquiera saben desfilar, cuentan aquí los pozos de petróleo. Si una huelga petrolera es cuestión de Estado, quienes la promueven, organizan y sostienen deben ser más guerreros, en un momento dado, que sindicalistas.

Hay que llenar dos requisitos contradictorios en la etapa preparatoria del conflicto. Por un lado, consultar para que la huelga no sea un «cuartelazo» obrero y, al mismo tiempo, adelantar la consulta con un mínimo de discreción, de manera tal que el enemigo, al enterarse de los preparativos que se adelantan, crea que en ellos hay más rumor que realidad. Los dirigentes del Bloque Nacional Democrático, que por leyes dialécticas inexorables serían los organizadores de la huelga, tienen la ventaja en el campo de la discreción, por no haber sido los padres de la idea, pues esta surgió, como ya lo vimos, en uno de los campos, el de Cabimas, durante ese *cahier de condoléances* que en los primeros meses

del régimen posgomecista asumieron las asambleas de cualquier tipo en todo el país. La discreción así garantizada o esbozada no fue obra de los jefes del Bloque, sino de la paternidad inesperada de la idea.

Lo inesperado también obliga a ser prudente así sea *a posteriori*. Al regresar a Maracaibo como pasajeros de la *Ana Cecilia*, los jefes del Bloque –creyendo que ya han adoptado la idea de ir a la huelga– deciden, en el primer encuentro que sostienen en la ciudad, ser herméticos como caja fuerte. Y para que esta medida previsora tenga alcances de política oficial del Bloque, convocan a un ampliado, que en la jerga tomada de los bolcheviques, entonces rectora en todo movimiento más o menos radical, era de uso obligado; significaba que la dirección corriente sesionaba con unas personas más. Junto a los dirigentes de Maracaibo, el ampliado reunía a los representantes de otras colectividades zulianas; en él actuaron como ponentes principales Isidro Vallés y Valmore Rodríguez. El Bloque Nacional Democrático tenía una ley: en toda reunión importante las discusiones serían iniciadas por aquellos dos caballeros que encarnaban a la socialdemocracia y al socialismo soviético. En el fondo, cada reunión del Bloque era una prueba de fuerzas entre dos corrientes que en aquellos dirigentes tenían a sus voceros. A propósito, al instituirse tal regla, poco tiempo después del fallecimiento de Gómez, se creyó estar estableciendo un sistema muy precario. Por el contrario, la duración

del sistema, sin sobresaltos o traspiés, indicaba lo serio que era el viraje hacia la derecha del comunismo soviético.

No hubo entre los miembros del elenco dirigente del Bloque discrepancias que exigieran para ser ventiladas en una ardorosa confrontación o un paciente contrapunteo.

La reunión de varias horas, más de cinco, según referían en la tertulia de la esquina de R. J. Villasmil varios días después, fue por el vasto despliegue organizativo que planteaba o demandaba una huelga de aquella envergadura. Allí sí fue director de orquesta Valmore Rodríguez, con batuta exclusiva. La experiencia internacional, adquirida por los sindicatos americanos, le brindaba sobre la materia una maestría incuestionable.

–Tiene que ir hoy mismo un compañero a Caracas para comunicar a las direcciones de los partidos de izquierda la decisión de ir a la huelga. Mantenemos en suspenso la fecha de la misma solo porque ella deriva de la puntualidad con que avance el trabajo preparatorio. Escribiremos a las grandes centrales sindicales de América y el mundo comunicándoles nuestra decisión de ir a la huelga, destacaremos desde ahora a un compañero de nuestra dirección para que atienda a un determinado campo, en fin, nombraremos «enlaces» con la prensa y la radio.

Con otros detalles que no valían la pena dedicarles un análisis por obvios, el Bloque Nacional Democrático se lanzó a preparar lo que Valmore Rodríguez, con el aplauso de Isidro Vallés, llamó el «bautismo de fuego del proletariado venezolano».

–La sal de ese bautismo puede ser de plomo –dijo, saliendo del local del Bloque terminada la asamblea, Parménides García, coriano de Churuguara y trabajador petrolero en el recién creado campo de la Concepción, muy cerca de Maracaibo.

Hubo en la reunión que cerrara Valmore Rodríguez con aquellas palabras un detalle importante que, sin embargo, pasó inadvertido. No solo concurrieron a ella los trabajadores venidos de los campos, cosa obvia tratándose de una reunión en la que iba a deliberarse sobre una huelga en tal industria. Allí estaban, siendo miembros del Bloque o no perteneciendo a su directiva, algunos profesores del Liceo Baralt y no pocos estudiantes, amén de figuras pertenecientes a las profesiones liberales. Jesús Enrique Losada y su primo Eduardo Matías Losada, Rafael Belloso Chacín y Francisco Esparza García, quienes se destacaron entre los profesionales; Darío Parra, Jesús Ángel Paz Galarraga, Francisco Burgos Finol y otros, descollaron entre los estudiantes.

–Aquí –dijo Isidro Vallés, para explicar la invitación a tales personas ajenas todas a la clase obrera–, una huelga y todo lo que concierna al petróleo es de supremo interés nacional.

Aunque los oradores fueron breves en sus alocuciones y no hubo monsergas, la reunión duró como las jornadas de trabajo en las haciendas de Santa Bárbara del Zulia, de sol a sol. Los líderes, y en especial Valmore Rodríguez, quisieron ser enfáticos en el análisis más escrupuloso de todas las materias. «Es nuestra jugada más riesgosa –dijeron todos casi a coro–. No podemos fracasar, por lo cual, hay que planear la perfección, si fuere necesario». Lo perfecto es enemigo de lo

bueno. Todas las precauciones tomadas por los jefes del Bloque, entre las cuales destacaron la advertencia de ser lo más discretos posible, la escogencia escrupulosa de invitados y convocados y, en general, algo que fue la muletilla, la discreción que fue encarecida e impuesta. «El enemigo», como llamaba Isidro Vallés en sus momentos de expansión bolchevique a las compañías petroleras, conocería rápido algunas de las decisiones allí tomadas, en especial la del llamamiento a la huelga.

Misia Proserpina, sin quererlo, facilitaría al enemigo tal información. Uno de los delegados de Mene Grande fue a casa de la misia y ahí soltó la prenda de la decisión acordada, a propósito de cualquier fruslería. De allí pasó a los oídos de Higinio Contreras, y este, para quitarse de encima a uno de los guachimanes en el edificio Las Laras que jodía demasiado, le dijo: «No vas a joder más porque les viene una vaina que llaman la huelga».

En las más altas esferas de lo que ya podía llamarse movimiento sindical venezolano, en su epicentro del Zulia cunde, por un lado, la impaciencia, y por el otro, anida el temor. En las asambleas de trabajadores tanto en Maracaibo como en los campos más importantes –Cabimas y Lagunillas– se vierten ya, para mediados de 1936, dos tendencias netas. Una de ellas, cediendo a la impaciencia del que no siente crujir por estirados sus propios nervios, quiere cortar el suspenso acordando de una vez la huelga. «De estar colgando –dice–, es preferible caer».

«¡Hasta cuándo vamos a consultar! –exclaman algunos cabecillas–. Que si consultamos a la CGT francesa, que a las *trade unions* inglesas, que a una vaina que

llaman CIO de Estados Unidos»; «por ese camino, terminaremos yendo a la huelga cuando san Juan haya agachado ya el dedo», exclaman en los corrillos algunos obreros.

Otros, por el contrario, creen indispensable toda consulta y catalogan como obligado todo lapso de reflexión. Como siempre ocurre frente a todo reto grandioso, la posibilidad del paso tiene a moderados y a radicales partidos por una raya neta.

–Mirá, ¿vos creéis que las compañías van a ceder de buenas a primeras? Ante todo, ellas tienen cómo resistir. Podrían, las condenadas, aguantarse muy campantes seis meses sin producir una gota de petróleo –sostienen los prudentes.

–¿Que puedan resistir meses enteros? Estáis muy equivocados. Los capitalistas dejan de vivir si no ganan, así sea, una locha diaria.

Ese vaivén de argumentaciones encontradas se cruza en las asambleas, en los corrillos y hasta en los encuentros personales. Es cierto, sin embargo, que una huelga, siendo la batalla más importante del proletariado, debe prepararse como se prepara un viaje o se previene cualquier otra contingencia. ¿Cómo alimentar y atender a sus familias? ¿Cómo contrarrestar la acechanza de la desmoralización? Preguntas clave a las cuales hay que encontrar respuestas antes de iniciar el paro. El gremio obrero que vaya a la inmovilización está decretando una guerra. Y un conflicto de tal naturaleza exige armas, municiones, alimentos y medicinas, el cuarteto de la supervivencia.

En principio se toma la resolución, mantenida secreta por obvios menesteres tácticos, de iniciar el conflicto, pero sin fijar fecha precisa. Se adoptan otras

resoluciones que calman a los impacientes y satisfacen a los morosos. Deciden crear una especie de Comité Supremo o Comité Central, como diría Isidro Vallés, copiando el patrón organizativo de los bolcheviques. En ese comité estarán representadas las comunidades obreras de Maracaibo, Cabimas, Lagunillas, Mene Grande y Casigua, cuando menos. Se prescribe un dispositivo de consultas en lo nacional y lo internacional, que no siendo muy embarazoso o prolongado, satisfaga los imperativos de la precaución. Un factor reconcilia a radicales o apresurados, y a morosos o retardados, es el fervor. Los trabajadores petroleros, que jamás se habían reunido en grandes asambleas, descubren su fuerza colectiva. Por allí comienza la conciencia de clase. El proletariado principia a ser una clase temible para sus enemigos cuando junta sus fuerzas, como el riachuelo pasa a ser río en el momento en que vierte sus aguas en un cauce común. La clase obrera del petróleo en Venezuela nace como conciencia cuando en Cabimas, Lagunillas o Bachaquero sus hombres llenan un local, en el cual se oye el grito de «¡Los obreros unidos, jamás serán vencidos!».

El momento acompaña a los audaces y arrincona un poco a los cautos. Todo parto encierra o resume un mundo de optimismo y, por qué no decirlo, también de locura. En él se imponen los díscolos, avanzan y sobresalen los empecinados. Después, si la vida irroga un empellón, vendrán las rectificaciones y reinará otra vez la sensatez. Nunca la historia exigió regla de cálculo; exigió, más bien, pasiones de las que no pueden contenerse y apenas caben en el ancho mundo donde solo baila lo grandioso. Si el fervor lo arropa todo, hay historia grande. Y el fervor reinó entre

los trabajadores petroleros del Zulia en aquel año de 1936, en el cual amaneció para ellos un horizonte de audacia. «Asaltar el cielo», esa frase inmortal de Karl Marx, es entonces la divisa de todos. Viene, y cuando ello ocurre nada seguirá siendo igual. Nada seguirá siendo igual en Venezuela, pese a que la huelga, *stricto sensu*, no fuera un éxito. Había llegado la hora de cambiar el menudo por la morocota.

XI. ¿Le echamos pichón?

La huelga petrolera, por la cual ardían ya como mechurrios los corazones del proletariado en toda la Costa Oriental del Lago de Maracaibo, iba a tener ese instante que no parece terminar nunca, que es como la preñez de todo cuanto signifique audacia, desplante o desafío. Una huelga… ¿pero eso no es muy peligroso? Los obreros que hacían tal pregunta recordaban la larga peinilla de la policía gomecista, aún existente, porque la muerte del tirano casi no ha aparejado cambio alguno en los campamentos del Zulia. Pareciera que todavía despachan en Maracay, el Benemérito, y en Maracaibo, el general Pérez Soto.

—Ayer mismo —dice un obrero en Ambrosio discutiendo con otro—, de vaina no planearon a un grupo de obreros porque discutían en la calle. Si declaramos la huelga, nos tirarán bombas como las que, según informa *Panorama*, caen sobre Madrid.

La audacia extrema, la ambición infinita, suscitan, cuando ya todos han tomado la determinación suprema o están ganados para tomarla, un minuto de titubeo o de duda. «¿No será demasiado?», preguntan algunos. Así ocurre en Cabimas, en Maracaibo, en Mene Grande, en Lagunillas. Los más atrevidos entre los obreros, los más clarividentes entre los cabecillas del proletariado, abren ese minuto de reflexión. No ha habido hasta hoy insurgencia, alzamiento o paso audaz en la historia de la lucha social que no haya acordado ese paréntesis a la vacilación meditativa; es como la

despedida al miedo que hace la audacia, la mirada hacia atrás que acuerda o tiene el jinete antes de echarle pierna a un potro siempre brioso e impredecible.

Ese minuto de vacilación reflexiva puede prolongarse o encogerse, según sean propicias o desfavorables las circunstancias que van suscitando la vida política. La huelga petrolera de 1936 –el acontecimiento más grande e importante hasta hoy en la historia de Venezuela– se produjo en una etapa de la historia universal en que proyectaba sobre el orbe una realidad aborrecible y un hecho doloroso. La primera radicaba en la Guerra Mundial que apenas tardaría tres años en tomar o asumir forma concreta para otra carnicería, en la cual el costo mayúsculo le iba a corresponder, como siempre, a los explotados. El hecho doloroso que ya mordía los talones de la civilización moderna era el fascismo, con sus campos de concentración, sus torturas de pesadilla, su calvario inenarrable inferido a los pueblos. La guerra y el fascismo circunscribieron de tal manera la situación mundial que todo se juzga en función de ellos.

Las fuerzas que emergen en Venezuela con la muerte de Gómez, las cuales se venían madurando bajo la costra de la tiranía, trasladaron a la esfera pública, desde la muerte del déspota, un debate que habían sostenido a la indecisa luz de los candiles de medianoche. ¿No es una torpeza táctica insurgir o conspirar en un país como Venezuela, parte íntegra de la retaguardia de Estados Unidos, siendo el papel de este vital en el conflicto mundial que se avecina, por su fuerza militar, su potencia económica y su peso político? ¿Una huelga petrolera no torpedearía a países como

Francia, Inglaterra y al mismo Estados Unidos, adversarios seguros de la Alemania nazi?

Dentro del movimiento comunista internacional se dibuja, desde 1933, una tendencia que ya no aboga por la revolución; ahora plantea, con tacto y sutileza de abeja libando su miel, la necesidad de otorgarle prioridad al enfrentamiento con el fascismo y a la prevención de la guerra que asumen desbordada importancia en su agenda. Estas actitudes o posturas, coreadas pronto por el mismo Stalin y por los jefes más destacados del comunismo internacional, rebasan el ámbito de la Unión Soviética para extenderse por todo el mundo. Ese confesar una derrota o una manera indirecta de sentirse vencido y de cambiar, en pleno revés y en la confusión del arrollamiento por el enemigo, toda una estrategia. Desde 1917, Lenin, Trotski, Stalin, Bujarin y todos los caudillos de comunismo ruso habían proclamado la revolución como paso inmediato, inaplazable y directo del proletariado. No emprender el camino de la revolución o no acomodar las cosas a una estrategia revolucionaria, cuyo único objetivo debía ser la toma del poder en cada país, significaba nada menos que capitular ante el enemigo. Revolución o ignominia era el dilema.

Ahora estamos en 1936, la táctica oportunista y cretina de apuntalar el orden burgués es auspiciada y difundida desde los muros del Kremlin, a los cuales trepan los dirigentes soviéticos, como los papas erguían sus altares en el altozano de San Pedro de Roma, para revelar la verdad a una feligresía ecuménica. Pero el comunismo, por universal que haya sido, tenía sus matices diferenciadores. Los comunistas venezolanos, con centro de gravedad ubicado en el Caribe, recibían

sus insinuaciones o directrices a través de un raro organismo que para 1935 –cuando muere Gómez– ha alcanzado ya fama medio legendaria; y que funciona en Nueva York y está encargado de regularizar las relaciones entre los altos círculos dirigentes de la Internacional radicados en Moscú y los partidos nacionales, así el de Venezuela sea, hasta 1935, una sombra en los calabozos más oscuros de las cárceles donde el gomecismo guarda a sus enemigos.

Este marco internacional, poco propicio a decretar huelgas susceptibles de golpear, dañar o molestar al imperio americano, va a chocar con el ímpetu de un proletariado petrolero en Venezuela que vive una especie de *apartheid*, viviendo en condiciones inverosímiles de concentración y pobreza en barrios menesterosos, o mejor, harapientos, mientras de la tierra zuliana brota una fabulosa riqueza. Tal contraste entre degradación miserable y opulencia vanidosa hace propicios los ánimos al estallido huelguístico. La idea del paro petrolero no surge de los círculos dirigentes del comunismo o de la socialdemocracia, únicas tendencias existentes entre la masa laboral del petróleo, o, más aún, entre las esferas de dirección de los sindicatos que de hecho funcionan en los campos petroleros desde el instante en que fallece Juan Vicente Gómez. Fue en Cabimas donde nació, no como ocurrencia sino como propósito, la idea de ir a la huelga. Un grupo de obreros discutía, ante unas botellas de cerveza, acerca de la política de

las empresas petroleras, en la cual, desde el deceso de Gómez, no había entrado la más mínima flexibilidad. Las petroleras seguían actuando a meses del fenecimiento del dictador, como si todavía hubiere un caudillo omnímodo en Maracay y un presidente de Estado en Maracaibo para la ejecución del terror. Americanos e ingleses, en efecto, siguen desenvolviéndose como si fueran una fuerza de ocupación militar en tierra conquistada. De repente, en Cabimas, ese sábado en la tarde, un obrero exclama:

—¡Coño!, esto solo tiene un remedio: la huelga, lo demás es habladera de pendejadas.

Aquellas palabras las oyó el Tío Joe, quien las convirtió en banderín de enganche o en útil de combate. «¿Verdad?», empezó a preguntarse el Tío Joe. «Tan revolucionarios ser nosotros y acobardarnos», se contesta a sí mismo. Tío Joe era un personaje medio legendario llegado a la Costa Oriental del Lago, hacía ya varios años atrás, sin que nadie pudiera decir si vino por tierra o por mar. Algunos sostenían que había llegado al terminal de La Salina a bordo de un tanquero, cuyos tripulantes querían dejarlo en un lugar como aquel, propicio como pocos, a la prédica subversivas. Sostenían unos que era holandés; otros, haberle visto un pasaporte inglés. Así como era misteriosa su nacionalidad, su manera de ser, sus ideas y toda su conducta desafiaban cuanto hubiera o pretendiera ser normal.

El Tío Joe, al oír tales palabras, empieza a reprocharse a sí mismo: «¿Cómo era posible que yo admita también el fatalismo de los comunistas que ahora se valen del miedo a la guerra para entregarle los obreros al patrón capitalista?». Desde Miraflores hasta Campo Rojo, pasando por zonas que nada tienen que ver con

el petróleo aunque pertenezcan a sus dominios, como el mercado y otras, el Tío Joe repite aquella acusación hasta transformarla en sonsonete de inconformidad. Los reformistas, los oportunistas y los cobardes siempre se refugiaron en abalorios como la patria para eludir su deber frente a los supremos intereses del proletariado. «*Yes* –repite, en su medio olvidada lengua materna–, *working class will be ever forget by social democrats or capitalist*s». No tendría que andar mucho, en aquellos momentos, para que sus palabras, repetidas en la lengua española, cayeran en los oídos ávidos de varios trabajadores que las repiten en la esquina del mercado, justo cuando llegaban los pescadores y los obreros se acercaban para comprar a precios mínimos los productos del mar o del Golfo.

El Bloque Nacional Democrático, en Maracaibo, intuye que el problema de la posible huelga desborda los límites de su campo de acción, para aparecer en su verdadera dimensión del problema continental o mundial. Las dimensiones de una huelga petrolera en Venezuela exceden, con mucho, los ámbitos nacionales. Frente a una eventual guerra entre las potencias más poderosas del planeta, aquella magnitud se torna dramática.

Una huelga –admiten los dirigentes políticos del Bloque, todos ellos– repercute o afecta hoy el panorama de la política universal. El paro de labores en el petróleo venezolano –piensan algunos del Bloque– golpea la política del presidente Franklin Roosevelt, orientada, ante todo, a persuadir a América Latina de las ventajas de una alianza con Estados Unidos para afrontar juntos el desafío totalitario de Alemania. La paralización de actividades en los campamentos

venezolanos del petróleo arruinaría de tal manera el esfuerzo de Roosevelt, que lo dejaría inane y destrozado. Sería una victoria de Hitler o en la práctica equivaldría a tal resultado. Tal situación engendra efectos inverosímiles. Los comunistas, es decir, quienes en el Bloque, tanto en Maracaibo como en los campos petroleros, encarnan o simbolizan tal posición, parecen a ratos más conservadores o más prudentes que los socialdemócratas. El Tío Joe en Cabimas ríe, hasta desternillarse, cuando constata que Manuel Taborda o José Martínez Pozo, comunistas, se comportan con extrema prudencia, tan marcada o visible en su tinte que contrasta con la de Germán Ríos Linares o el joven Luis Hurtado Higuera, ambos socialdemócratas. «Los milagros de Stalin», dice el Tío Joe, y al proferir estas palabras lanza una carcajada.

–¿Y de qué vive este tal Tío Joe? –pregunta en el muelle de Cabimas un coriano, Armando Sierra.

–El Tío Joe –responde alguien que ha escuchado aquella pregunta– es un eminente geólogo que por sus convicciones dejó un alto cargo en la Royal Dutch Shell de Londres, y aquí en Cabimas, de la cual se ha hecho hijo adoptivo, vive de las consultas técnicas que evacua para la Venezuelan Oil Concessions.

–Hasta en el petróleo hay locos –dice uno de los vendedores de pescado.

Y era cierto, el Tío Joe, británico del país de Gales, geólogo reputado y alto empleado de la Royal Dutch Shell, deja todo porque se enamora de la india Martina y, viviendo ya con ella, ve tan bella la tierra venezolana y, sobre todo, tan atractivo al Lago de Maracaibo que abandona todas las ventajas que le brindaba el elevado cargo que ocupaba en el *Exploration Department*

de la VOC (Venezuelan Oil Concessions) de Cabimas, para recorrer en un cayuco hecho por él mismo los andurriales del Lago.

–Mirá, los locos se dan en todas las lenguas y en todas las razas humanas –explica el bachiller Atanasio, secretario de la Junta Comunal de Cabimas–. El Tío Joe, muy inglés, muy estirado y muy capaz es igual a muchos otros. Los locos no le hicieron perder el paraíso a Adán, pero aconsejaron a la serpiente porque todos son muy inteligentes. La pobre serpiente, tan fea y arrastrada, si no tiene a un asesor loco no atrae o tienta a misia Eva –como llamaba Atanasio a la primera mujer.

Allí mismo, donde se vende el pescado recién capturado en el Golfo de Venezuela, nace la idea de la huelga petrolera. Pero, como sucede con todo lo audaz y primerizo, tras la idea viene el asombro acompañado del miedo.

–¡Qué molleja!, es como demasiado audaz esta vaina, pero se hace el intento. Además, ¿qué cosa es una huelga? No es tomar las armas, no es arriesgar la vida. Es dejar de asistir al trabajo. Solo eso, no arriesgaríamos, como te dije, la cabeza. No. Dejamos de esperar el autobús, eso es todo.

–Es una locura, primo.

–¿Por qué?, dígame.

–Porque no podríamos resistir ni una semana. ¿Acaso vamos a declarar la huelga sin haberla preparado?

Los cafetines, las plazas, los autobuses en los cuales son transportados los obreros, son invadidos por la discusión. ¿Vamos? ¿No vamos? De repente, algún obrero muy animoso recuerda que la compañía tiene

sus «radioescuchas», como llaman a los espías. Y callan las lenguas, pero en otro lugar y a otra hora el tema vuelve, como tentación, al corrillo vivaz.

El Tío Joe era inmune al miedo que refrenaba a otras lenguas. Vagabundeaba por toda Cabimas, yendo de Campo Rojo a Miraflores y de este a Las Cuarenta. Pasaba lo mismo del *junior staff* al *senior staff* o viceversa. «Ah, musiú más ocioso», dicen las comadres asomándose a las bardas del corral de sus casas. «¿Ocioso –replica alguien–, el mejor geólogo de la Shell en toda Venezuela?». Era, en efecto, el geólogo más estimado en toda la Shell, pero al mismo tiempo el más insólito. En Londres y en Houston, donde conocían su competencia, se le toleraba las extravagancias que le caracterizaban porque a la hora de resolver un repentino y gravísimo problema el Tío era un manojo de soluciones.

–Ah, carajo, ¿no recuerdan aquella vez que hizo de buzo en Lagunillas para llegar hasta el fondo del Lago y ver allí una estructura sobre la cual se discutía? –Aquel recuerdo mata la discusión.

La mejor opinión sobre el Tío Joe la dio Watson.

–¿Ese? –pregunta el gerente general al proferir su juicio sobre el Tío–. Un genio de la geología, pero con alma de bohemio. Joe no aceptará jamás la disciplina industrial, *industrial rule* –repite, usando ahora el inglés–. El régimen ideal de trabajo para Joe se lo sugerí yo a la compañía, andar libre por las calles y estar a la orden para el trabajo de emergencia que fuere necesario.

No podía escapar el Tío Joe al círculo entre bohemio y libertino que formaban en Cabimas o Lagunillas, según fueran su ubicación dentro de la

pauta de trabajo de la VOC, algunos criollos, como el Ñato Carrillo, el Turco Heny, Ignacio Uzcátegui y los hermanos Ristorcelli. Allí, junto al culto al *whisky* barato que podía obtenerse en el comisariato de la compañía, florecían las últimas recitaciones que oyera la tierra zuliana cuando se hundía en el olvido la figura del poeta Udón Pérez, y Andrés Eloy Blanco decidía dedicarse a la política abandonando las letras. La poesía venezolana se volvió política, pero en aquel momento cinco o seis mozos criollos y un inglés bohemio pagaban tributo a ese diálogo con la callada luna de la medianoche, que ha sido siempre conjuro de la lírica.

XII. Prepárense para la huelga

Por primera vez en la historia latinoamericana del siglo XX surgía, con la huelga petrolera del Zulia, un conflicto de alcance mundial. Para 1936, al plantearse aquella huelga, ya es inevitable, y para muchos inminente, una nueva Guerra Mundial. Hay, incluso, quienes se asombran, mediando el año de 1936, porque aquella contienda no haya estallado todavía. La guerra civil española, iniciada en julio de ese año, es vista, con criterio unánime, como preámbulo del vastísimo conflicto que no demorará mucho en desencadenarse. Esa nueva Guerra Mundial no tendrá o no tolerará neutrales, todos serán beligerantes en ella. Las izquierdas venezolanas quisieran decretar la huelga petrolera en el Zulia sin esperas ni paréntesis de ninguna índole, pero ¿tienen ellas autonomía táctica, cuando un mundo integrado en su conjunto reduce las naciones a magnitudes provinciales? Las izquierdas

en el Zulia, garita del petróleo, o en Caracas, caracol de influencias, sienten que ya no dependen de su solo criterio, sobre todo en este asunto de una huelga que va a repercutir más, mucho más, en Trafalgar Square que en la esquena de Las Gradillas.

Los socialdemócratas, agrupados en ORVE, anhelan la huelga, como todos los que fueron perseguidos por Gómez, pero... ¿decidiendo y realizando una huelga que nadie sabe cuánto durará, se afectan o no los intereses de Estados Unidos? Sí, contesta la conciencia socialdemócrata. ¿Nos sentimos solidarios o nos duele la suerte del imperialismo yanqui? No, desde luego, pero ¿Estados Unidos no es al mismo tiempo el país de Franklin Roosevelt? ¿Acaso Roosevelt no es el único dirigente que hoy puede llevar a Estados Unidos a alinearse mañana con la URSS y las democracias burguesas de Occidente, en un heterogéneo, pero invencible frente antifascista? Sin Roosevelt o con Estados Unidos debilitados en extremo, Hitler no tardará en imponerse para siempre. Los comunistas razonan casi de la misma manera, con algunas diferencias. La URSS, dicen ellos, no podría vencer de no conseguirse la alianza con Estados Unidos. Por desgracia, el fiel de la balanza, el peso decisivo radica en Estados Unidos. Una huelga petrolera en Venezuela arrojaría a las grandes empresas del ramo al campo del fascismo.

–¿Se fijan? –pregunta Isidro Vallés en el local del Bloque Democrático, a un grupo de personas allí reunidas al azar o de manera espontánea–. No ha habido ningún análisis sobre la posible huelga que no comience, no consulte o no tome de alguna manera en cuenta los factores o el marco internacional. Algunos compañeros no mencionan en sus meditaciones siquiera el

factor nacional; y en otros, ese facto entra de manera accidental.

Darío Parra, estudiante de los últimos años del bachillerato, interrumpe o se da el lujo de interrumpir con una observación:

–Entonces, el problema es muy sencillo: debemos decidir si acatamos lo nacional o lo internacional. Allí está el meollo.

–Exactamente. O nos plegamos a las conveniencias internacionales o acatamos las conveniencias nacionales –agregó, terciando, el profesor Matías Losada.

Pero ¿las conveniencias nacionales y las internacionales son antagónicas? Es la gran pregunta. ¿No es posible conciliarlas? En lo teórica sí, pero todo depende de un código de valores ideológicos que es distinto en cada grupo. No es lo mismo, en cuanto a valores, como se supone, un grupo fascista o un grupo comunista. Los fascistas privilegian hasta la temeridad o hasta la obsesión los valores nacionales; los comunistas deben acatar, ante todo, los valores internacionales.

–¿Y nosotros? –tercia ahora de nuevo Darío Parra–, en este momento, ¿debemos transarnos con lo nacional o encumbrar lo internacional? La huelga podría prestarse a la formación de un frente popular, aunque aquí la derecha moderada en ningún caso nos acompañaría, como lo ha hecho en Francia y en España. En lo internacional la cosa es diferente, allí hay que jugársela completa porque el fascismo ya se desató en Europa y nos emplaza a la guerra sin contemplaciones. Guerra o rendición, es el dilema que ya señala el fascismo. O empuñamos las armas para una guerra a muerte frente a él o nos entregamos, no hay términos

medios. Sería preferible enfrentarnos nosotros solos al fascismo que mal acompañados.

Por encima de las perspectivas internacionales, con más fuerza que las corrientes oriundas de Europa, el querer de masa petrolera anhela, en este año de 1936, dar la batalla al imperialismo anglosajón que le viene infiriendo desde 1914 heridas y rasguños de dignidad estropeada. Detrás de la proposición del Ñato Carrillo, del Turco Heny y de otros que asoman primero que nadie la idea de la huelga, hay un cuarto de siglo de humillación, de acorralamiento y de terror. Aquí, en Venezuela, empiezan a preguntarse muchos petroleros, ¿qué ha significado el petróleo? «Muchas divisas para los privilegiados, muchos recursos para el gobierno, muchas posibilidades para la gente de arriba, pero nada para los que aquí en los campamentos del Zulia movemos esta monstruosa industria».

Desde el 17 de diciembre de 1935, cuando al expirar Juan Vicente Gómez parece haber cesado el conjuro del miedo, las reflexiones de la masa adquieren un tinte ardoroso o vengativo. Todo esto –y la imaginación vaga por las cabrias que se elevan sobre el Lago o sobre la llanura que lo circunda– lo creamos nosotros, aterrorizados por el ejército, por la policía y, por lo que es peor, por los cuerpos represivos de las compañías, trabajando hasta doce horas diarias. Aquí, en estos campos –y la mente salta de Miraflores, en Cabimas, a San Lorenzo–, concentró el gomecismo su aparato

de ferocidad represiva. A los estudiantes del veintiocho, a los militares del dieciocho, les persiguieron con vesania por unos momentos, con salvajismo pero con brevedad; a nosotros, los trabajadores, no dejaron de apuntarnos jamás con la boca inexpresiva, aunque criminal, de los fusiles. Ahora, llegó el momento de vengarnos de las compañías petroleras.

Así razona, en el interior de la conciencia, oyendo el caracol de las quejas, el alma de los perseguidos y, sobre todo, de los trabajadores del petróleo que vivieron en un país ocupado. El resto de Venezuela fue aterrorizada por una incursión del ejército, aquí nos acallaron con una ocupación permanente. La exploración íntima, el razonamiento callado va perfilando caminos de rebelión. Llegó la hora. ¿Llegó, de veras, la hora? Sí, susurra la conciencia. Falta el grito que es la vereda intermedia entre la reflexión y la acción. Y el grito estalla cuando el espíritu de la masa proletaria se eleva hasta la rebelión. Porque es una rebelión, o equivale a una rebelión, el voto de los trabajadores que en una asamblea general celebrada en Cabimas asoman la posibilidad de ir a una huelga general en el petróleo. Desde abajo, como surtidor de agua caliente, el espíritu decidido de la masa desafía al destino. ¿Qué bajará de arriba? Es la pregunta cuya respuesta no solo marcará o decidirá la suerte de los trabajadores, también la de Venezuela.

La decisión de los trabajadores sorprende a la dirección del Bloque Nacional Democrático, amarrado aún a ese botalón de confianza que es el esperar que las definiciones puedan aplazarse. El grito de Cabimas los acorrala. Ahora se toma una decisión o los trabajadores dejarán de seguir las insinuaciones y pautas

del Bloque. Se acabaron las tercerías, todo se encierra en aquella disyuntiva. El Bloque convoca a una reunión de su Comité Central, o de lo que podría llamarse con ese nombre derivado de la nomenclatura de los Partidos Comunistas. Allí están, por supuesto, Valmore Rodríguez, Isidro Vallés, Felipe Hernández, Olga Luzardo y María Teresa Contreras, la pentarquía como algún maracucho, volcado en exceso hacia la antigüedad griega, ya designa a tal grupo. Pero hoy, como es día de grandes resoluciones, está allí también un radical que ya tiene títulos de relevancia, Rodolfo Quintero, y junto a él José Martínez Pozo y Rafael García Salazar.

Este grupo congregado en el Bloque Nacional Democrático no tendría toda la fuerza en este momento necesaria para alcanzar autoridad plena, si no estuvieran allí, deliberando, que es como autorizar o admitir, los muchachos del liceo. Darío Parra; Francisco Burgos Finol; Panchito Esparza, hijo de un profesor del mismo nombre; Eloy Párraga Villamaría, casi un niño; Humberto Montero, hijo del doctor José Trinidad Montero, y otros más. Las delegaciones de los campos han llegado temprano. En ellas figuran Jesús Faría y Manuel Taborda, de Lagunillas; Germán Ríos Linares y Luis Hurtado Higuera, de Cabimas; y José Uzcátegui de Casigua y el Guajiro Martínez, de la Solita. Los delegados de Mene Grande y San Lorenzo fueron detenidos por la policía, quien inventó, a propósito de ellos, una historieta medio cómica de armas y explosivos.

Los dirigentes de Maracaibo otorgan o imparten a la reunión, desde el primer instante, un carácter de consulta para lo cual tienen ellos que abstenerse de

expresar un punto de vista comprometido respecto a la cuestión suprema: ¿vamos o no a la huelga petrolera? «Estos carajos van a lavarse las manos», piensa en un rincón de local donde se delibera, Venenito Araujo. La asamblea cae en la trampa que le tienden aquellos dirigentes que no creen, llegado el momento, de pronunciarse. Es *Desfile de candilejas* de las distintas delegaciones que usan y abusan de la palabra, es como esas piezas de teatro que no parecen tener fin previsible. Quien hubiera querido formular el memorial de agravios contra las compañías extranjeras, le hubiera bastado compilar los discursos allí pronunciados. Las jornadas del plan de machete para enfrentar con ellas el reclamo colectivo contra la inestabilidad en el trabajo. La mano de obra del petróleo lleva más de veinte años, recuerdan algunos, sin gozar el derecho elemental, en cualquier sociedad moderna, de promover y organizar sindicatos. Cada vez que los trabajadores se dirigían a las compañías para presentar alguna reivindicación, casi siempre menuda y atendible, entraba en acción «la Sagrada» del petróleo.

El régimen de Gómez siempre miró con pánico o con temor a la masa petrolera. El mismo Gómez tradujo ese miedo a la esfera de la conciencia, cuando manifestó el deseo de ver instaladas las refinerías para tratar los crudos de Venezuela en las cercanas Antillas holandesas. Al saber el tirano que en la refinación era donde se daban algunas de las formas de concentración obrera de toda la industria petrolera, dio la respuesta categórica al ministro que servía de enlace entre los petroleros y el alto gobierno de la nación: «Anda y dile a los musiúes que pongan esa vaina fuera de Venezuela».

Se explica que en esta reunión de Maracaibo, las delegaciones de San Lorenzo y La Solita, donde hay pequeñas refinerías para procesar el crudo que se consume en el país, figuren entre las más modestas.

Terminada la extensa ronda de intervenciones por los delegados que no vienen de Maracaibo, llega la hora de definir posiciones. Los dirigentes supremos de la región, que han convocado y presidido aquella reunión, tienen que pronunciarse ellos también. Los delegados de los campos han sido enfáticos, la huelga es inevitable y debe empezar a prepararse. Los dirigentes de Maracaibo comparten tal criterio y quienes tienen esa condición no lo ocultan. Pero hay obstáculos que no podrían esconderse. Los jefes supremos del Bloque Nacional Democrático son sinceros. Aquí, en el camino de una posible huelga, hay tres consultas sin las cuales no debería irse al conflicto. La primera sería con las organizaciones sindicales de Estados Unidos, de Inglaterra y de Holanda, países de los cuales provienen los capitales invertidos en el petróleo venezolano. Organizaciones como el CIO de Estados Unidos, los TUC de Inglaterra y la Confederación Holandesa de Sindicatos, las cuales aportarían parte importante de los fondos que permitan convertir la huelga en una jornada de altísima resistencia proletaria, pasan a jugar un papel preponderante en nuestra estrategia.

Lo mismo cabe decir de la clase obrera venezolana y, en general, de las distintas esferas del pueblo de las clases explotadas del país: mantendríamos suspendidas las resoluciones. La necesidad y perentoriedad de las consultas dentro de Venezuela son obvias. Valmore Rodríguez, en una de las sesiones más prolongadas y agotadoras, insiste bastante en este tópico.

—Aquí —agrega Rodríguez—, sería fácil caer en el aventurerismo con un conflicto que no sea autorizado por la masa.

Las intervenciones en torno a la materia crucial van alargándose y asoman un solo tema: no hay que caer en el aventurerismo. No hay orador, proveniente de los campos o de Maracaibo, que no insista en estas advertencias sobre el aventurerismo. Hasta que se oye la voz de Venenito Araujo:

—Sí, el aventurerismo es reprobable, pero también lo es la conciliación. Tenemos la obligación de definir muy bien al enemigo en esta huelga. Es el imperialismo representado en Venezuela, ante todo, por tres consorcios de la Shell, la Standard y la Gulf. Hay que consultar a la CIO de Estados Unidos, a los TUC de Inglaterra, al papa y al emperador, al diablo y a la Santísimo Trinidad, pero me extraña que nadie en este foro haya hablado, hasta ahora, de consultar varias veces a la masa trabajadora. Pero esa consulta no debe ser un torneo acomodaticio. La directiva del Bloque debe llevar una política clara a tal consulta, proponiendo la huelga, con un determinado programa reivindicativo. En ese programa habría reivindicaciones privativas de los trabajadores y otras más amplias de las colectividades de la Costa Oriental del Lago y hasta del propio Estado venezolano, como sería la revisión de las concesiones otorgadas por Juan Vicente Gómez.

Aquellas palabras despiertan tal entusiasmo que la directiva del Bloque, y sobre todo Valmore Rodríguez e Isidro Vallés, se adhieren a ellas. Allí mismo destacaron en el horizonte de las luchas varios futuros jefes del proletariado petrolero. Cuatro de ellos inscribirían

sus nombres en los anales de las luchas sociales del país. Eleazar Gómez, Max García, ambos de Cabimas, Jesús Faría y Manuel Taborda impresionan a la asamblea por lo vibrante de sus llamamientos, por la claridad de sus exhortaciones, por la audacia de sus propuestas. Los cuatro iban a ser, en posiciones socialdemócratas o comunistas, apóstoles primigenios de la clase obrera. Aunque ninguno de ellos llevó jamás la radicalización a los niveles del ímpetu revolucionario, fueron leales especímenes de una moral proletaria que trepidó como jamás, porque tenía materiales de nítida pureza.

Venenito sale consagrado. No solo es la lengua más viperina de Maracaibo y su espíritu más disolvente, es también, cuando llega la ocasión, el estratega más lúcido. Días después de esta asamblea, en la cual se aprobó la idea de adoptar ya la huelga como alternativa casi automática, gracias a la nitidez avizora de Venenito, conversan en la esquina de R. J. Villasmil, donde se cruzan las calles Ciencia y Colón, varios peloteros del Gavilanes, del Pastora y del Centauro, los tres clubes del béisbol profesional de Maracaibo. Y allí aparece Venenito, sobre quien caen, como gotas de tinajero, las preguntas del corrillo ya establecido allí por una costumbre inveterada, o mejor, una tradición secular.

–Mirá –dice Venenito a los circunstantes–, a los comunistas, aunque son los más radicales, hay que darles látigo. Lo de las consultas con la Liga de las Naciones, con el papa y con el Santo Sínodo, era una manera de no cruzar el Rubicón, por si acaso a Moscú no le conviene una huelga en Venezuela. Había que empujarlos barranco abajo, como hacían los romanos con la gente que arrojaban por la Roca Tarpeya. No

tienen ya cómo retroceder, de modo que prepárense para la huelga petrolera. Habrá o puede haber plomo.

Antes del plomo tenían que venir, a juicio de Venenito, grandes jornadas o tareas organizativas. No se necesitaba la agudeza investigativa de un Sherlock Holmes para sospechar que la posible huelga, tal como la avizoraba Venenito, era en el fondo una declaración de guerra contra el imperio petrolero, el cual apelaría a todas las armas a su alcance para acosar a los obreros, y, declarada la huelga, aplastarla con un despliegue de terror si fuere imperativo. Las consultas aprobadas en aquella jornada tenían que ser el biombo declarativo de las misiones organizativas, que partiendo –según la proposición aprobada– de Maracaibo casi todas las semanas recorrían o visitaban los campos del petróleo. Entre otras cosas, ellas servirían para ir fijando la fecha definitiva del conflicto. Unos síntomas de plenitud organizativa servirían, sin titubeo posible, como indicio conducente a la declaración de la guerra de clases que es toda huelga.

El Bloque Nacional Democrático de Maracaibo recibe, de manera tácita aunque elocuente, el mandato de actuar como instancia organizativa y mecanismo estratégico en la conducción de todo aquel experimento de guerra social inherente a una guerra de clases, como empezó a calificar a la huelga que vendría el mismo Venenito. El año 1936 no terminaría sin que el proletariado petrolero enriqueciera sus facultades en la suprema prueba implícita en la contienda de la huelga.

XIII. ¿Intervención norteamericana?: ¡Insurrección!

N. O. Watson no se equivocó en ningún momento. La huelga general petrolera sería una de las alternativas, tal vez la más módica, que asomaba la situación venezolana desde que los agitadores fueron afluyendo a los campos del Zulia, de los cuales los habían arrojado, con nuestro consentimiento y aplauso, la policía de Juan Vicente Gómez. Watson tenía, ante todo, y ello lo diferenciaba del conjunto de los gerentes petroleros en Venezuela, una experiencia internacional y trabajaba para una compañía, la Shell, que como ninguna otra en ese ramo poseía una mirada capaz de abarcar el planeta. Como hijo de gringo y mexicana, nacido en Estados Unidos, pero criado en el cercano México, donde crepitaban las castañas de la guerra en la parrilla de la rebelión popular, N. O. Watson parecía destinado a bregar con lo excepcional, lo peligroso o lo incierto.

Con alguna vanidad, Watson piensa, desde hace meses, que la Royal Dutch Shell sigue siendo la más afortunada de todas las compañías petroleras, «pues me tiene a mí en esta Venezuela donde el caballo de la anarquía va a trotar o viene trotando desde que murió Gómez». Y su pensamiento, esbozada esta idea medio vanidosa, se fuga hacia las Indias Orientales, donde la Shell encontró petróleo desde el primer momento. «La Shell ha sido fausta, allí estamos a punto de superar a la Anglo-Persian. ¿El Imperio británico tendrá que

conformarse con Java y Sumatra? No puede ser... Un imperio que va de Trinidad y Tobago hasta las faldas del Himalaya, y aún tiene fuerza o agallas para llegar hasta Australia, no puede limitarse en el petróleo a lo que ya tiene, medio amenazado, además, como lo demuestra este peligro de huelga en Venezuela».

Watson conoce la crónica de la reunión del Bloque, de la cual no informa ningún periódico de Maracaibo por el carácter reservado que revistió. Sin embargo, una indiscreción de los delegados del Campo Mara narró toda la película, como habría de decir el doctor Castillo Barrios meses después. Fue justo en el American Bar, a tres o cuatro cuadras del edificio Las Laras, donde los delegados, conversando entre sí mientras libaban una bebida rara, Coca-Cola –que según dicen los que ya la han probado es como café frío–, soltaron la primicia. Allí cruzaron entre ellos toda clase de informaciones a propósito de la proyectada o posible huelga y, como si fuera poco, llegaron a explayar los planes del Bloque Democrático y de los extremistas en general. Y todo porque uno de ellos simpatizaba con Valmore Rodríguez, Isidro Vallés y con la señora María Teresa Contreras, tan buena moza, y el otro se inclinaba por Venenito Araujo. Pero había oídos atentos que trasmitieron después lo escuchado a la Shell. *Operational report*, así lo calificó Watson, ya que el estar en conocimiento de tales datos le hacía creer que dominaba la situación.

Watson considera tan precioso ese material, tanto por la procedencia como por la ingenuidad de quienes, al sostener aquella discusión de botiquín, hicieron posible su trasmisión hasta el *chairman of the Board* de la Shell, que opta por despacharlo a Curazao sin

esperar más tiempo que el necesario para dictárselo a su secretaria de mayor confianza. No lo envía por cable, prefiere mandar a un emisario, como en la época de la Colonia, pero no a caballo sino cruzando el mar. El emisario de Watson no es otro que el mismísimo míster Collins, quien es embarcado en el vapor *Libertador*, de la Línea Real Holandesa de Vapores, que cubre todas las semanas la ruta Maracaibo-La Guaira, con escala en Curazao. Una perfecta ruta neocolonial, como susurraba Venenito («otra vez Venenito, vea que jode este hombre, pues por haber él enmendado con una proposición polémica lo que iba a aprobarse en la asamblea del Bloque pudimos tener la información completa del asunto»).

En ese barco va el informe confidencial de Watson para el *Central Board* de la compañía en Londres y Ámsterdam. «Es terminante, habrá huelga, nada impedirá ese desenlace. Está escrito en los astros», dice un pasaje de su largo escrito secreto que, justo para asegurarse que nadie, salvo sus destinatarios, pueda leerlo, va hasta Curazao conducido por un mensajero especial. De Curazao a Londres o a Ámsterdam, el mensaje seguirá las vías normales que la compañía ha sabido crear. El gobierno venezolano, el gobierno británico o el gobierno norteamericano no tienen una información tan vasta, completa y fidedigna sobre el inminente conflicto como la Royal Dutch, gracias a este mestizo de yanqui y mexicana. «*Do you see*?», se

pregunta Watson cuando, al finalizar el largo dictado a la secretaria, embute, él mismo, las hojas de los infolios resultantes en el sobre lacrado que llevará Collins hasta las cercanas Antillas, donde los holandeses, previsores, como si hubieran vislumbrado la historia con catalejo de siglos, tienen vía segura para hacer llegar a Europa cualquier texto sin riesgos de fisgoneo doloso.

«La huelga viene», se repite Watson en la soledad de su escritorio, mientras arroja una mirada sobre el paisaje circundante que la ventana permite ver una mañana ya calurosa. Otros gerentes petroleros en Maracaibo no tienen tal convicción. Algunos, o todos los demás gerentes, creen que los del Bloque Democrático no llegarán a tal extremo. Y el otro peligro, un desbordamiento de la dirección del Bloque por la masa, es casi imposible. Solo Watson insiste, casi con firmeza vesánica, sobre su tesis de la huelga.

–Vean –dice el gerente de la Shell a sus colegas de las otras compañías o al presidente del estado Zulia–, ¿cuál es el *asset* de los izquierdistas venezolanos de todo pelambre, en estos momentos o mañana? El petróleo –contesta él mismo–. Eso aconseja la prudencia o el buen tacto hasta tanto los izquierdistas consigan obtener concesiones políticas, pero a la hora crucial de las rupturas, cuando al gobierno y a ellos solo les quede la fuerza de que dispongan, su única carta estribará en la que tenga fuerza entre los trabajadores del petróleo y esa fuerza solamente se hace evidente desencadenando un conflicto de huelga.

Las palabras de Watson, proferidas desde los primeros meses de 1936, van a recibir espléndida o total confirmación en el curso de aquel año, hasta alcanzar su consagración definitiva, cuando el obispo de

Maracaibo, el presidente del estado Zulia, los peloteros de béisbol que hacen tertulia en la esquina de R. J. Villasmil y Venenito, como dueño de la lengua más corrosiva de la ciudad, saben más tarde que sí habrá de desencadenarse la huelga petrolera.

Watson y Venenito, cada cual en su campo, son los únicos que creyeron posible la huelga y arriesgaron, el gerente de la Shell su reputación de ejecutivo habilidoso, y el irreverente su lengua dañina. Los izquierdistas que habían salido, meses atrás, de la cárcel, el exilio o el escondite no creían posible la huelga, o peor, no creían que ella fuera oportuna o eficaz. Una complicidad virtual con el mundo dominante de América y de Europa, los hacía escépticos o pesimistas cuando no los llevaba a la cabronería abierta. Entre los izquierdistas solo Venenito, por loco, según sospechaban muchos, sabía que la huelga era insoslayable y cierta, como una promesa divina o una maldición bíblica, según se prefiriera.

Entre las petroleras, el gobierno y la gente acomodada prevalecía el mismo espíritu de complacencia o la misma atmósfera de optimismo beato. Los colegas de Watson motejaban de equivocadas sus apreciaciones. Ese criterio lo condensaría en una reunión de gerentes el jefe operativo de la Standard –la Lago, como era conocida en el Zulia–, cuando dijo sentencioso:

–*See my friend* –dirigiéndose a Watson–, *here is not enough guts for a strike. A strike is a war and for war before huge companies as we are, only great powers have resources*.

Esas palabras hicieron retroceder a Watson, pero como Venenito, el gerente general de la Shell se refugió en la murmuradera. «*Eppur si muove*!», exclama Watson en la soledad de su oficina, mirando fascinado a una

guacamaya de vivísimos colores que acababa de posarse en una rama cercana a la ventana. El problema estratégico era sencillo, cohesionar el frente petrolero, es decir, unir a las compañías por un haz operativo que haga de ellas un solo bloque. Los peligros comunes se enfrentan mediante la coordinación de las víctimas. Estas observaciones elementales dieron a Watson el primer éxito en la etapa de riesgos y acechanzas que el capitalismo petrolero viviría por primera vez en aquellos días. El Comité Operativo empezó a funcionar, presidido por Watson, habiendo declinado tal honor el gerente general de la Lago Petroleum Corporation postulado por el propio Watson.

«No basta este comité», reflexionó Watson en su oficina, embebido en la contemplación de la guacamaya que con firmeza asesta los lanzazos de su pico a la rama donde está posada. Busca el animal algún nido oculto de insectos que constituyan su desayuno, pues a esa hora –y Watson mira su reloj–, siendo ya las nueve de la mañana, aún no ha pasado por el pico del ave el más miserable alimento. El teléfono saca al gerente de la Shell de este mundo medio botánico y medio sentimental. Era el presidente del estado Zulia que anunciaba el deseo del jefe de Seguridad de la Policía Regional de ser recibido por el gerente general. «*Of course*», respondió Watson, y luego, reprochándose esta respuesta en inglés que no correspondía a la circunstancia, se dijo para sí, «son los inconvenientes de ser bilingüe». La guacamaya voló, medio lleno el pico de insectos. El jefe de la Shell, con las dos piernas montadas en el escritorio y las manos anudadas detrás de la nuca, abandona su contemplación de la naturaleza y

hablando ahora en voz alta, porque necesita oírse a sí mismo, dice:

–Es una batalla de alcance mundial porque, si la huelga se cristaliza, la víctima principal será el Imperio británico y con él los intereses mercantiles de la Shell y de la Anglo-Persian, teniendo ambas sus principales o casi únicos pozos en el exterior. La huelga no debe estallar y si estalla debe ser tan fugaz como el rayo de sol que enciende el plumaje de la guacamaya. Asfixiar, asfixiar y volver a asfixiar. ¿Recuerdas las palabras de Danton que repetía nuestro profesor en México, audacia, audacia y más audacia? Para nosotros es cerco, cerco y más cerco. Acorralar a la posible huelga desde la cuna.

Para Valmore Rodríguez los preceptos estratégicos de la posible huelga imponen lo contrario, vistos desde el ángulo obrero, espacio, espacio y más espacio, diría él, si tuviera que expresarse en el estilo de Danton. Tanto las petroleras y el gobierno, a quienes Rodríguez metía en un solo saco de intereses convergentes o comunes, «porque los intereses dominantes están obligados a unirse en este trance, igual precepto reza con nosotros».

–Esta batalla que es la huelga será ganada por el bando que logre más alianzas. Y sean esas alianzas tan pertinentes como el anillo en el dedo. No lo olvidéis –dice Valmore, levantándose del chinchorro de hilos tejidos con exquisitez que le ha regalado Torito Fernández, cacique de la Guajira.

Watson y Valmore Rodríguez tratan de sumar los mayores aliados, el más completo arco iris de coincidencias teóricas y de acuerdos prácticos. Tiene Watson un solo inconveniente u obstáculo para conseguir el

frente donde estén todos los amigos de las petroleras en la persona de Agustín Baralt, fascista o falangista de convicción, director de *El Debate*, periódico de muy reciente data que es como el trueno o el cañón de la derecha. Entusiasmado o adoctrinado por algunos curas de la orden de los maristas, que son empedernidos partidarios de Franco, y los alzados contra la República Española, Baralt incluye a los gobiernos de Inglaterra y Francia entre los enemigos que han de destruirse. Para él las compañías petroleras, controladas por el capitalismo sajón, son tan proclives a las herejías como los comunistas. Habría que ignorar a Baralt. «Pero en un frente de los amigos del progreso, así se llamaría lo que estamos cocinando, no es posible ignorar a quien, como Baralt, es el artillero de la derecha. ¿Cómo convencerlo de que sin Estados Unidos e Inglaterra es imposible atajar al comunismo, nuestro verdadero y único enemigo?».

Hasta los primeros días de junio de 1936, N. O. Watson guardó el dominio de sí mismo o lo que pudiéramos llamar su compostura política. Era, después de todo, el gerente general o CEO, como dicen ahora los periodistas yanquis en su jerga de siglas. Diciéndolo con descaro incompatible con la diplomacia y sus equívocos, míster Watson era el portavoz de un imperio en tierra venezolana y ello lo obligaba a no descomponerse jamás. Pero el mes de junio sacude la serenidad que siempre se atribuyeron los ingleses, sobre todo cuando incursionan o hablan desde tierras exóticas como la India o la América Latina. El paro de varios días que los partidos de izquierda recién constituidos decretan en el mes de junio y alcanza el éxito del acatamiento unánime, impresiona como música macabra a este

hombre. Ya ni siquiera se consiente, tal es su ansiedad, los minutos de contemplación, desde la ventana de su oficina, para las guacamayas y loros trashumantes que se detienen por un momento a picotear el gajo del árbol que está frente a su ventana.

A Watson le trae la huelga de junio de 1936 el recuerdo de su media patria mexicana, estremecida por el volcán político que fue la guerra de 1911 a 1917. Él y su madre, aislados durante semanas en aquellos barrancos de Chihuahua, sin alimentos casi, sin una noticia ni una esperanza. La madre rezando, como buena católica, para que llegara el ejército del general John Pershing. Aquella esperanza rota por la noticia que trae el azar de un visitante, quien anuncia que el ejército del general Pershing fue embarcado días atrás hacia Francia porque míster Woodrow Wilson ha declarado la guerra a Alemania, por insinuación o mandato del Congreso. Vuelve a ver a su madre llorando desconsolada, al borde del suicidio, y también a los rostros de los bandidos que la guerra civil mexicana hace invulnerables por el momento y que la intervención yanqui en el conflicto mundial les brinda impunidad. Todo ese cuadro dantesco regresa a su mente en este instante venezolano cargado de incertidumbre y de peligro. «Pero –musita él, levantándose de su sillón–, hay una diferencia; no hay en este momento ninguna guerra europea que impida la intervención militar americana. Es la diferencia», repite este hombre de súbito enardecido por una idea explosiva.

–Convoque al Comité Operativo –dice Watson a su secretaria, cuando la idea que sacude a su mente como terremoto ha perdido la intensidad sísmica con que brotara.

Horas después, y ya atardeciendo, desfilan hacia la oficina de Watson los señores Collins, Osenjuck, Dandridge y Castillo Barrios.

–No voy a extenderme mucho –dice el gerente general–, aquí viene, señores una huelga petrolera que será el primer paso de la insurrección revolucionaria. Frente a tal eventualidad no hay sino una alternativa, la intervención militar de Estados Unidos.

Watson no era mal psicólogo, había calculado el estupor que causarían sus palabras. Sería o habría llegado el momento de explicar las razones y el alcance de tal proposición. Aprovechando el silencio de estupefacción, Watson pinta el cuadro de aquel México arrasado por una guerra civil donde él mismo y su madre recorren el hambre, la enfermedad y otras calamidades parecidas, mientras allende la frontera con Estados Unidos el ejército del general Pershing parte, no hacia México sino hacia Francia.

–Aquí sería peor porque estamos a miles de millas del territorio estadounidense. Propongo sugerir a la Royal Dutch Shell considerar, entre las soluciones a la crisis venezolana, una posible intervención norteamericana.

Aquella proposición no prosperó por la oposición tenaz y encrespada de Castillo Barrios, Dandridge y Osenjuck; solo Collins, con palabras presurosas o breves, se adhirió a ella. Castillo Barrios fue categórico, en caso de producirse una intervención, él saldría a la calle a repudiarla y a combatirla, empuñando el arma de la dignidad. Osenjuck emitió o interpuso razones jurídicas derivadas de las doctrinas de su compatriota Hugo Grocio, y Dandridge estuvo más vehemente aún que Castillo Barrios exaltando la autodeterminación

de los pueblos, así la proposición drástica de Watson fue rechazada.

De todas maneras, un tozudo, asustado y desfachatado Watson la envió a Londres, por barco hasta Curazao y de allí por medios más modernos.

XIV. *Alea iacta esta*

Valmore Rodríguez conoce las consultas de la Royal Dutch en Maracaibo acerca de la posible intervención militar de Estados Unidos, por vía de misia Proserpina, donde habita el gochito Higinio Contreras, de quien nos hemos olvidado. Pero la conoce de manera incompleta o con una grave poda. Como la noticia o la especie pasa por varias manos, antes de llegar hasta Rodríguez, la deformación, riesgo eterno de lo muy estirado, hace mella en ella. La historia de esta noticia y de su deformación es larga, pero no muy complicada, lo cual permite contarla ahora. El delegado de Machiques, Enrique Márquez, en el Bloque Nacional Democrático, se alojaba en la casa de doña Proserpina cuando venía a Maracaibo, pues entre esta y la madre de Márquez existen nexos de amistad desde jóvenes. Conversando con doña Proserpina, el delegado dijo que las cosas iban a ponerse tan feas que hasta la infantería de Marina gringa podría intervenir en Venezuela. Doña Proserpina convirtió aquella observación fugaz del delegado en una confidencia y así se la largó a la secretaria de míster Watson, quien la trasmitió a María Teresa Contreras, con la cual tenía lazos de amistad ocasional. Toda esa madeja se simplificó al máximo al llegar a los oídos de Valmore Rodríguez:

«Watson dijo a su secretaria, en estricto grado treinta y tres, que los marines de Estados Unidos preparaban ya la intervención».

Dado el supuesto origen de la noticia y su naturaleza y alcance, Valmore Rodríguez hizo el razonamiento que se desprendía de todo: «Frente a la intervención americana solo cabe la insurrección armada, el paso de la paz a la guerra. Nos tocará, entonces, librar aquí una guerra de liberación nacional, la primera de Suramérica», así pensó, con correcto raciocinio y admirable coraje este dirigente del Bloque Nacional, a quien las circunstancias venían a confiar una altísima tarea frente a la perspectiva desprendida de aquella información.

Preparar la resistencia armada a los marines, emparentarse con Sandino, era la única alternativa válida. Y eso implica no solo la determinación clara tras el análisis certero, también un plan de acción mínima frente al agresor. «Tenemos, a ese efecto, ventajas y desventajas», piensa Rodríguez. Y toma una resolución que no aplica de inmediato porque debe pasarla por los filtros de la reflexión crítica. Viene Rodríguez de un pasado anarcosindicalista, si quisiéramos clasificar su pensamiento, pensamiento al cual llegó en Estados Unidos donde se formó desde adolescente. Y allí se le enreda la nostalgia… El Industrial Workers of the World, el sindicato más combativo y tal vez con más conciencia de clase que haya existido en la historia; los mártires de Chicago fusilados por el delito de aspirar a una jornada de trabajo de ocho horas… El pasado anarcosindicalista de joven, radicado en Estados Unidos, lo sigue atrapando con mano sentimental. Pero hay un pasado más reciente surgido en

los carcelazos de Maracaibo bajo Pérez Soto, en los escondites, en las conspiraciones medio desesperadas de los últimos años. «Imaginate la vaina, yo estaba comprometido, desde mediados de 1935 en un complot para derrocar a Gómez y ¿vos sabéis quién encabezaba aquella conspiración? –pregunta Valmore Rodríguez a su propia mente– , pues Pérez Soto, el primer gomecista del Zulia».

Viene una lucha –que durará días en el ánimo de Valmore Rodríguez– ante las alternativas que plantea la presunta invasión americana. «Es o sería una lucha de liberación nacional. Pero ¿en una lucha de liberación nacional caben todas las alianzas? ¿Y si Vicencio Pérez Soto, quien me metió en el castillo de San Carlos, aparece de repente queriéndose incorporar a un frente patriótico? ¿Lo aceptamos? Pendejo, ya esa experiencia la habéis vivido, mirá, ¿no acabáis de recordar que en la última conspiración contra Gómez participaba Pérez Soto?».

El debate en el plan íntimo se prolonga varios días, pero era necesario, y lejos de embarazar o frustrar la acción es una tarea de limpieza necesaria. Al fin, reconciliándose el pasado anarcosindicalista y el presente socialdemócrata, Valmore Rodríguez alcanza la libertad operativa sin cargos o recriminaciones de conciencia. «Tal vez sea yo un socialdemócrata de izquierda y con este señalamiento, grano que faltaba por remover o barrer, queda el espíritu libre para actuar».

Llamar a Isidro Vallés, bien ubicado en las corrientes oficiales del comunismo, para una conversación sobre la perspectiva estratégica que se abre, sería lo conducente. Valmore Rodríguez no olvida las relaciones o las rupturas escandalosas entre socialdemócratas

y comunistas. Tal proceso ha extremado las reticencias y salvedades de unos y otros. Encima de todo, media una costra de hostilidades recíprocas que impide a ambos partidos llegar, no digamos a la colaboración, que sería casi imposible, a la simple aproximación para sencillas tareas comunes. En auxilio de Valmore Rodríguez se levanta, sin embargo, como el Cid Campeador de una batalla inverosímil, la más importante en los seis meses que van del deceso de Juan Vicente Gómez a agosto de 1936. Es la amistad y hasta la camaradería que en aquel lapso ha florecido entre unos y otros. Ahora viene la invitación a Isidro Vallés para una conversación reservada o confidencial.

Se efectuó ese contacto personal entre los dos dirigentes, sin testigos ni notas, en la histórica Villa del Rosario, señalada por Enrique Márquez como la más adecuada escena para aquel encuentro:

–Tengo informaciones –dice Rodríguez iniciando su exposición– de una gestión sugerida desde Maracaibo por la Shell, la Gulf y la Lago para que, en caso de huelga petrolera en el Zulia, se activen los planes de una intervención militar yanqui en los campos petroleros. –Así inicia Rodríguez su planteamiento estratégico.

–¿Lo saben ustedes de buena fuente? –le contesta Isidro Vallés.

–La más fidedigna, se lo dijo la secretaria del gerente general de la Caribbean en Maracaibo a una señora emparentada con uno de nuestros dirigentes en Perijá –responde Valmore Rodríguez–, más fidedigna no puede ser. Parece que los gerentes de las petroleras tuvieron varias reuniones, en las cuales, hace meses, solicitaron la intervención y fueron complacidos.

–Parece seria esa fuente.

–¿Y qué vamos a hacer ante esta perspectiva? –pregunta Rodríguez, abrochando el silencio que suele poner lo inesperado al interponerse entre dos personas.

Transcurren varios minutos. Valmore Rodríguez calla ahora porque quiere medir el impacto de la noticia en Isidro Vallés. Cuando la sorpresa o su efecto parece ya a punto de borrarse, acota entonces con un corolario.

–Frente a la intervención, insurrección, querido amigo. –La explicación viene ahora sin tardanza–. El único remedio, la única respuesta frente a una invasión yanqui radicaría en la guerra revolucionaria que en las condiciones venezolanas comenzaría con un alzamiento en los campos petroleros…

–¿Por qué en los campos, que independiente del valor económico que poseen no tienen otra virtud? –responde dejando una interrogación Isidro Vallés.

–Los campos son nuestra gran reserva humana, habita en ellos el destacamento más lúcido y combativo de la clase obrera. Desde el momento en que los gringos aparezcan en nuestros litorales, tomaríamos nosotros por asalto los cuarteles de policía, los destacamentos de los guachimanes y todo cuanto tenga un valor militar. Procederíamos a aislar los campos petroleros del resto del país y tomaríamos la defensiva, según el cariz que asuma la situación, pero siempre combatiendo. La experiencia de Sandino en Nicaragua demuestra que un grupo de revolucionarios con prestigio en la población puede atajar, en una guerra irregular, a los ejércitos más modernos. Pero nada de eso puede hacerse si no recibimos el respaldo de las dos

internacionales, la de Moscú y la de Ámsterdam, y para eso es necesario que ustedes empiecen ya a mover las cartas que detentan, querido amigo.

Valmore Rodríguez plantea entonces la necesidad perentoria de recabar, por intermedio de Isidro Vallés y de otros dirigentes de los núcleos comunistas o cercanos al comunismo existentes en Maracaibo, el apoyo de la Tercera Internacional, para la insurrección, única manera de enfrentar la agresión americana.

Isidro Vallés refiere aquella petición trascendental a un grupo de comunistas o de simpatizantes que allí, en Maracaibo, comenzaban a actuar como núcleo o con sentido de núcleo. Rodolfo Quintero, Juan Bautista Fuenmayor, José Antonio Mayobre y Kotepa Delgado reciben la consulta a la que –entre ceremonioso y lleno de misterio– les somete Isidro Vallés. A la mayoría de ellos les parece abrumadora la responsabilidad de ir a una guerra civil, a eso equivale la propuesta de Valmore Rodríguez. Solo la Internacional tiene informaciones, experiencia y recursos para asumir las responsabilidades de una contienda como la que derivaría de una insurrección.

–Digamos –sostiene Mayobre, el más joven de ellos– que vemos con suma simpatía la sugerencia de Valmore Rodríguez, pero dejamos la decisión final en manos de la propia Internacional.

Discreparon Rodolfo Quintero y Juan Bautista Fuenmayor, quienes dijeron que la respuesta del grupo a la propuesta de Rodríguez debía ser mucho más categórica.

–Creemos –dijeron ambos– que debe responderse la propuesta en los términos más positivos que sea posible. Nos traen, camaradas, el honor de participar

en una guerra de liberación nacional; si la gente de Valmore Rodríguez va a la insurrección, surgirá en Venezuela una guerra revolucionaria como la que libran los camaradas chinos en su país.

–Claro –añade Mayobre–, la única alternativa no es la guerra revolucionaria, hay otras formas de resistencia, pero la más alta es la guerra. Sería un poco sarcástico que un socialdemócrata como es Valmore Rodríguez, según entiendo, nos traiga una política radical y nosotros la rechacemos.

Aquellas palabras, coreadas por Kotepa Delgado y Juan Bautista Fuenmayor, condujeron a una rápida decisión, consultar o elevar una consulta al Buró del Caribe en Nueva York sobre este asunto, pero respondiendo ahora mismo sobre la marcha, sin dilación, de la manera más cálida a la proposición de Valmore Rodríguez. Preparar la insurrección entra a ser o se convierte en *le mot d'ordre*, como suele decir Mayobre, que ya ha hecho una pasantía en París. El mismo Mayobre entra a vivir un período de tensión íntima. Conoce, por su pasantía moscovita que abarcó o permitió el período parisiense, la lentitud burocrática reinante en aquel Moscú al cual va destinada la consulta. Aunque en teoría el destinatario de la consulta es el Buró del Caribe. «Semejante asunto no se resuelve en Nueva York, sin sondear el parecer de la gran central roja». Mayorbe estipula en sus cálculos más recónditos un plazo de tres a seis meses para que el Buró evalúe tal consulta.

Para su gran sorpresa de conocedor del Moscú de Stalin, antes del mes, para fines de agosto, según bien calcula Isidro Vallés, llega la respuesta a Curazao. «¡Luz verde!», exclama Isidro Vallés al trasmitir

aquella decisión a Valmore Rodríguez, como respuesta a su proposición de darle un matiz insurreccional a la huelga petrolera. «¿Matiz? –se interroga Rodolfo Quintero–, insurrección declarada, lo demás son argucias de pequeñoburgués».

Meses más tarde, el mismo Isidro Vallés podría saber la razón de la celeridad y del signo positivo de aquella respuesta. Cuando llegó la consulta de Maracaibo se encontraba en Nueva York, asistiendo como miembro de la delegación soviética a una de las reuniones que culminarían en los arreglos entre Estados Unidos y la URSS para normar sus relaciones políticas y sus nexos comerciales, el entonces dirigente del Politburó, Nikolái Bujarin, ya enemistado con Stalin y por ende deseoso de crearle alguna dificultad a la diplomacia soviética, o peor, de promover alguna crisis en la retaguardia de países como Estados Unidos, a los cuales estuviese cortejando Stalin en aquel momento. Una huelga petrolera en Venezuela sería el peor sobresalto que pudiera creársele a Estados Unidos en su retaguardia latinoamericana. Y Bujarin sugirió al Buró del Caribe dar la respuesta positiva a la consulta venezolana.

Ya para el 1.º de octubre de 1936 marchan, por un solo carril, lo que Juan Bautista Fuenmayor llama las dos huelgas, la pacífica e institucional, preparada por los abogados de los sindicatos petroleros, y la insurreccional, de la cual es biombo protector la ya nombrada,



Qué molleja de huelga
Se imprimió en el mes de octubre de 2026
en Editorial Metrópolis
Caracas, Venezuela
Son 1000 ejemplares

PRÓXIMOS TÍTULOS

PLUMA NEGRA
Luis Lira

QUÉ MOLLEJA DE HUELGA
Domingo Alberto Rangel

MEMORIAS DE UNA ANTIGUA PRIMAVERA
Milagros Mata Gil

CASANDRA
Ramón Díaz Sánchez



DOMINGO ALBERTO RANGEL

¡Qué molleja de huelga!

La huelga petrolera de 1936-1937

Con la muerte de Juan Vicente Gómez, en 1935, se inicia un período de reivindicaciones políticas y sociales, pero también de incertidumbre. La industria petrolera, concentrada en la región zuliana, está en manos de compañías transnacionales que operan, vigilantes, ante la posibilidad de un escenario desfavorable a sus intereses económicos. En medio de la crispación generalizada, se funda el primer sindicato de la industria petrolera que llevaría a cabo la huelga de trabajadores del gremio. En *¡Qué molleja de huelga!* —publicada por primera vez en 2007—, el autor reconstruye este acontecimiento histórico. La novela y la crónica se superponen en una narración que expone distintos puntos de vista, a la vez que disecciona los entresijos de la historia petrolera de Venezuela.

Domingo Alberto Rangel (Mérida, 1923 - Caracas, 2012)

Fue un destacado político, intelectual, economista, abogado, periodista y profesor universitario. Inició su militancia política en AD, partido con el que llegaría a ser elegido diputado en 1947. Tras el derrocamiento de Rómulo Gallegos, Rangel fue encarcelado y finalmente desterrado. Rompe con AD en 1960 y junto con una fracción de jóvenes expulsados del partido adeco funda el MIR. Bajo el gobierno de Betancourt vuelve a ser detenido y exiliado. Se desempeñó como columnista en varios medios impresos (*La Esfera, El Mundo, Últimas Noticias, 2001, Quinto Día*). Su sagacidad intelectual se manifiesta en una nutrida obra, donde predominan temas de interés nacional: *Los andinos al poder* (1964); *Capital y desarrollo: el rey petróleo* (1970); *Gómez, el amo del poder* (1975); *Socialismo: el sueño continúa* (1992); *Venezuela en tres siglos* (1998), entre otras.

9 789800 126899

Ministerio del Poder Popular para la CULTURA

www.mincultura.gob.ve | @mincultura_ve